

UN VIAJE POR LAS RUTAS ARGENTINAS DETRÁS
DE UN MISTERIOSO PORTAFOLIO.

**EL PASADO
NO QUIERE
MORIR**



GUIDO NATALE

EL PASADO NO QUIERE MORIR

Guido Natale

“Muere un poco para nacer mejor
de parto doloroso
es el cambio y la celebración
te guía la luna y te alimentas del sol”.

Enrique Bunbury

guidonatale.com

1

Las bocanadas de humo se reflejaban en la lámpara del techo. Era octubre y el calor se hacía sentir, sobre todo porque no abrían las ventanas. Noche de viernes. Noche de póker y amigos. Ahí estaban los cuatro sosteniendo las cartas sobre el paño verde de la mesa de Andrada, un veterano hombre del Ejército a punto de jubilarse. A su izquierda, Escorpión, misma edad, misma condición, un rango menor. Del otro lado, Manteca Ramírez, un ex policía instructor de la Vucetich, y el cuarto en juego, Manuel Ponzi, un ex Teniente Coronel auto excluido de la fuerza en 1976.

Hombres de tradiciones y pocas palabras se reunían desde el año 66 cuando se hicieron amigos trabajando en las oficinas del edificio Libertador. Jugaban desde las nueve de la noche hasta que uno se quedaba con todo, que no era mucho, unos cien pesos, pero para la Argentina de 2003, significaba bastante.

Andrada ganaba bien, sin embargo le preocupaba el futuro. Desde que había asumido el kirchnerismo el presupuesto de los militares no era una prioridad, les habían expropiado algunos terrenos y a la ESMA pensaban desmantelarla y convertirla en museo.

“Se vino el zurdaje”, solía bromear Escorpión, emulando a una conductora de televisión, y agregaba para distraer a sus contrincantes: “Pensar que luchamos tanto y ahora se vienen a quedar con el poder”.

Le pedían que no jodiera con eso, ya estaban grandes, los setenta habían quedado en el galpón de los recuerdos. “La sacamos barata si todo queda como está”, decía Ramírez, que durante la época de López Rega tuvo una importante participación en el grupo de la triple A.

Luego de despedir en la puerta del semipiso de Recoleta a Ramírez y Escorpión, Ponzi y Andrada se quedaron charlando café irlandés de por medio, sobre aquellos años en el Ejército, que justamente coincidieron con el casamiento de Ponzi. Andrada le recordó que a Susana la conquistó gracias a él, en referencia al velero que consiguió palpándose el revólver frente al dueño de una guardería náutica del Tigre. Lo había pasado a buscar vestido de Marino en un Falcon y se hicieron atender en la oficina al final del galpón donde descansaban las embarcaciones. Andrada inventó un operativo de seguridad a realizarse en una isla del Delta, destacó que necesitaban la ayuda de buenos civiles para que estos grupos “de zurdos” no desquiciaran la patria. Eran tiempos de Onganía y los militares tenían que ordenar el país de una buena vez. El hombre les dijo que era un orgullo colaborar con la causa y les puso a disposición un barco de doce metros de eslora, que se podía usar tanto a vela como a motor. Antes de irse, Andrada le pasó el brazo por el hombro, y le prometió que figuraría en el libro de la lucha contra la subversión.

Ponzi le pidió cambiar de tema, la nostalgia era un mal subvaluado que lo afectaba más de la cuenta. Se pusieron a bromear sobre la futura jubilación de Andrada. Le quedaba una sola cosa por hacer, le dijo, y luego lo acompañaría a darle de comer a las palomas en la plaza. Rieron. Ya era tarde. Ponzi se había quedado sin un peso. Andrada le ofreció plata pero le dijo que volvería caminando para tomar un poco de aire, aunque su departamento quedara en el barrio de Caballito.

A pesar de la trasnochada, se levantó como todos los días a las siete treinta de la mañana, una costumbre que conservaba desde su etapa como Teniente Coronel, y que no había podido cambiar con el correr de los años.

Con tantas noches de soledad tuvo que aprender a cocinarse pequeñas raciones de comida:

para el desayuno tostadas de pan integral y una taza de café, al mediodía pastas sin salsa y por las noches verduras salteadas con pollo. El menú tenía alguna que otra variante, pero en general era siempre el mismo. Más tarde sintonizaba FM clásica en el radio despertador y antes de acostarse acomodaba prolijamente las pantuflas debajo de la cama. Así era su vida, una sucesión de hechos cotidianos sin sobresaltos.

Una de las cosas que más le molestaba de vivir al límite de la pobreza, era agacharse para limpiar el inodoro, el fondo de la heladera y las alacenas de la cocina. También la falta de una buena cobertura social y sobre todo tener que conformarse con las películas gratuitas que pasaba el centro de estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras, la mayoría de un contenido político que le revolvió el estómago.

A la tarde enganchó “Rambo” en Telefé y se emocionó por enésima vez, al igual que cuando veía “El barco”, una película sobre el devenir de un submarino Alemán durante la segunda Guerra Mundial. Hacía años que no la podía ver porque le habían cortado el cable.

Como era habitual, a la noche no tenía ningún plan, por eso cerca de las diez ya estaba en la cama dispuesto a leer “*La Argentina Contemporánea*” de Felipe Pigna, cuando sonó el teléfono. Miró el aparato con sorpresa y estiró el brazo.

—Hola.

—Estoy herido, vení rápido, Manuel.

—¿Qué?! ¿Quién habla?

—Alberto.

Alberto era Andrada, su amigo de tantos años.

—No te muevas, ya voy, llamo a una ambulancia.

—¡No!, no lames a nadie, vení solo, apurate.

Cortó y saltó de la cama en busca del pantalón, el único par de mocasines que tenía y una chomba de Macowens. Evitó el ascensor, bajó los dos pisos salteando escalones, y paró un taxi sin pensar en la plata que llevaba. Cuando estuvo a diez cuadras, le dio todos los billetes que tenía e hizo el último tramo dando empujones a los turistas ante la impávida mirada de los mozos y chicos vendedores de flores. Llegó a la calle Azcuénaga y tocó timbre preguntándose si Andrada iba a poder abrirle. Retrocedió. Un objeto cayó desde el cielo. Era un juego de llaves que por poco le pega en la cabeza a una pareja que pasaba caminando. Subió al tercer piso, encontró la lámpara del recibidor en el piso. Un reguero de gotas rojas lo llevó hasta el cuerpo de Andrada que yacía entre el living y el balcón. La sangre se había apoderado de su camisa. Con las piernas temblando como un papel, se agachó, y lo dio vuelta. En un primer momento pensó que estaba muerto, pero abrió los ojos e intentó decir unas palabras que no terminaban de salirle de los labios resecos. Le puso un almohadón debajo de la cabeza, le dio de tomar un poco de agua.

—Tengo que llamar a una ambulancia, Alberto.

—No, escuchame —le pidió Andrada con un hilo de voz. Le hizo un gesto, quería algo para anotar. Ponzi agarró una birome de la repisa del living, y se la pasó junto a un cuadernito que llevaba en el bolsillo.

“Fiscal Failache” escribió Andrada con letras apenas legibles. Después dejó caer las manos sobre la alfombra como si la fuerza de gravedad lo venciera.

Al borde de las lágrimas, Ponzi le preguntó qué había pasado. Andrada le señaló la pared opuesta del living. Junto al zócalo había un portafolio de cuero marrón. Ponzi volvió a mirarlo; Andrada dijo sus últimas palabras.

—Dáselo a él —y se le cerraron los ojos.

El ex Teniente llamó a la policía y se esfumó con el portafolio en la mano. Volvió caminando, un rato trotaba y cuando se cansaba volvía a caminar. Al llegar se puso a mirar los noticieros, mientras dormitaba con la cabeza apoyada contra el respaldo de la cama. Por la mañana, la sección de policiales del diario hablaba de una confusa muerte de un Coronel del Ejército argentino a punto de jubilarse. Otros medios afirmaron que había sido abatido de un balazo, pero no había pistas certeras sobre el asunto.

A pesar de recibir llamadas de sus amigos, no los atendió. Tenía miedo de arruinar el último deseo de Andrada. No quería defraudarlo.

El lunes siguió recibiendo llamadas de Escorpión y de Ramírez, mientras leía Clarín. Después salió a despejar la mente al bar de la esquina.

El martes volvió a sonar el teléfono y esta vez atendió. Era Escorpión. La autopsia confirmaba que la causa de la muerte de Andrada fue una bala que le atravesó el corazón. Esa tarde lo enterraban en el cementerio de la Chacarita.

Se puso el único traje que tenía, (sin contar el de militar guardado en el fondo del placard), y tomó el colectivo en dirección a la estación Lacroze. Cruzó Corrientes, caminó entre los nichos hasta una sórdida capilla donde un cura oraba por su amigo delante de familiares y allegados. Se quedó a un costado, detrás de un tipo alto que lo ayudó a pasar desapercibido. Junto al féretro estaban el hijo y la ex mujer. Al pibe lo había visto por última vez cuando cumplió los dieciocho; a la ex era mejor perderla de vista, el alcohol la había dejado fuera de sistema.

Cuando llegó el momento de trasladar el cajón, Escorpión le señaló una manija, y él, a través de los lentes negros, fue saludando a los más cercanos con un leve movimiento de cabeza. Había militares vestidos de estricta fajina, periodistas, algunos políticos. Reconoció al ministro del Interior y a un diplomático, pero se mantuvo al margen, ni siquiera se acercó cuando una niña le ofreció una rosa para arrojar al ataúd.

Camino a la salida, Escorpión y Ramírez lo alcanzaron.

—¿Qué se sabe? —les preguntó luego de unos largos segundos.

—Eso te queríamos preguntar a vos, ¿dónde andabas?

—Quería hacer el duelo... a mi manera.

—O sea solo —dijo Escorpión y de reojo lo miró al Manteca—. Mirá, le dieron en la puerta del cementerio de la Recoleta, y como pasaba gente, pudo escapar. No aguantó mucho. Alguien avisó a la policía, pero cuando llegaron no había nadie.

Ponzi lo escuchaba serio.

—¿Y qué más se sabe? —preguntó.

—Nada —aclaró Escorpión—, misterio absoluto; si andaba en algo se lo llevó a la tumba. Uno cree conocer a sus amigos, y al final...

—Quizás fue un intento de robo... —dijo Manteca desajustándose la corbata.

Siguieron caminando en silencio hasta la explanada del cementerio, con las manos cruzadas por detrás del saco, cabizbajos, como si fueran detectives intentando resolver el caso. Ponzi le sugirió a Escorpión que investigara en el Ejército, para él no se trataba de un simple intento de robo. Después le pidió prestados doscientos pesos, y le hizo la venia militar desde el estribo del colectivo.

Pasó la tarde buscando información. Tres días después los medios habían reducido el espacio dedicado al caso porque las lluvias en el litoral estaban inundando los campos y poniendo en peligro las cosechas. La clave, sin embargo, decía una línea de investigación, estaba en la última época de Andrada en el Ejército. Se decía que algunos militares pensaban romper el pacto de

silencio, que la fuerza estaba resquebrajada, se especulaba con que pudieran aparecer arrepentidos. Ponzi abrió grande los ojos y se sirvió un vaso de Whisky que Andrada le había regalado para su cumpleaños. Después del tercer trago, el cansancio lo venció, se durmió entre las hojas de los diarios con la tele encendida.

Despertó a las siete con un fuerte dolor de cabeza. En la ducha trató de aclarar la mente. Dudaba entre llevarle el portafolio al fiscal, contarle a Escorpión y a Ramírez, o entregarlo en el Ejército. Ninguna de las tres opciones lo terminaba de convencer.

Después de almorzar caminó hasta el palacio de Tribunales. ¿Cómo averiguar dónde trabajaba Failache? Cruzó la plaza Lavalle, subió las escalinatas, miró de costado la estatua de la justicia, sin dejar de avanzar dio con el patio y sus columnas clásicas. Mientras leía en una placa de mármol a los próceres que sancionaron la Constitución Nacional de 1853, vio en un banco del pasillo una revista de actualidad que no parecía tener dueño. Esquivó a un par de personas y se sentó a ojearla para pasar el tiempo hasta que un título le llamó la atención: “Los crímenes de lesa humanidad no prescriben”, y debajo un largo artículo firmado por Carlos Antonio Failache. Cerró la revista de golpe, como si hubiera recibido un cachetazo que lo dejara con la mente en blanco. Preguntándose qué hacía Andrada relacionado con ese tipo, miró hacia ambos lados, y la guardó en un bolsillo del chaleco de pesca. Abandonó Tribunales, cabizbajo; ya no tuvo ganas de disfrutar de la belleza arquitectónica del edificio. Paró un taxi. Al llegar al departamento leyó la nota de un tirón. El fiscal actuaba en Villaguay, provincia de Entre Ríos, y estaba decidido a investigar el pasado. De alguna manera Ponzi se sentía protagonista de aquellos años de “botas largas”, por más que se haya retirado pronto. Lo mejor sería quemar el portafolio dentro del horno, cocinarlo a cien grados y pulverizar cualquier evidencia que pudiera revivir causas comprometedoras. ¿Pero por qué Andrada se quería retirar del Ejército dándole el portafolio a ese fiscal? ¿Acaso se había vuelto loco?

Pasó la noche en vela, las pantuflas torcidas por las tantas veces que se levantó para ir al baño. El portafolio al costado de la cama y la radio que, más que música, emitía un ruido perturbador. Antes del amanecer, tomó una decisión, temblando, con un frío seco en el esternón.

Anotó la dirección y se preparó algo para comer. Mientras se terminaba de vestir, sacó del placard un sobre con los pocos ahorros que tenía: setecientos pesos. Esa tarde se dio cuatro duchas, un poco por el calor, y otro poco por los nervios que lo hacían transpirar más de la cuenta.

Cenó con el noticiero de fondo y escuchando tangos de Cadícamo cantados por Gardel. Después puso algo de ropa en un pequeño bolso, y se acostó con la certeza de que tenía que partir.

2

Chapas de galpón oxidado como lenguas ondulantes de serpiente mitológica. Una lámpara amarilla que apenas permitía distinguir las caras de los tipos alrededor de la mesa de madera. Y un cenicero en el centro, cerca de la panza del Gordo Balanza, que vestía uniforme del Ejército argentino. Frente a él, con los bigotes mullidos e impecables trajes negros, lo escuchaban dos tipos de mediana edad.

—Hay que encontrar el portafolio sí o sí —ordenó el Gordo prendiendo un habano.

Los hombres de traje lo miraron sin pestañar, como si fueran máquinas cargándose de datos.

El gordo agregó:

—Investiguen a sus allegados, familiares, amigos, conocidos, todo lo que pueda ayudarnos a encontrarlo.

Los tipos amagaron levantarse pero el Gordo Balanza les hizo un gesto de “alto” con la mano, y con la otra atendió el pesado celular. Del otro lado de la línea, Manteca Ramírez le pidió que pusiera atención:

—Su mejor amigo era Manuel Ponzi, ¿te acordás de él?

—Andrada no era de tener amigos.

—Claro que sí, nos juntábamos a jugar póker todos los viernes.

—¿Quiénes?

—Andrada, Escorpión, Ponzi y yo. De Escorpión y de mí no podés dudar.

Balanza se acarició el bigote y largó una bocanada de humo que bailoteó bajo la tenue luz de la lámpara.

—¿Ponzi? ¿El famoso desertor?

—El mismo. Seguilo de cerca, puede que lo tenga él. Cualquier novedad te aviso.

El gordo cortó y se quedó mirando el sucio cenicero, con los ojos inyectados en sangre.

3

Apoyó el portafolio en el asiento del acompañante, el bolso en el baúl, separó cincuenta pesos para la nafta. Con suma prolijidad controló el nivel de aceite cuidando de no manchar los mocasines recién lustrados, y se acomodó la gorra sobre las bolitas chinas del asiento. Llevaba un cortaplumas y una botella de agua en el espacio debajo del pasacasete. Era un día de pleno sol, aunque todavía tenue; los pájaros empezaban a cantar. Puso las llaves en el contacto y rezó. El Sierra hacía años que no cruzaba la General Paz. Por suerte al tercer intento, arrancó.

Mientras el bolsillo se lo permitió lo cuidó como a un hijo, pero con el tiempo los repuestos se fueron disparando al igual que la inflación, y no pudo seguir manteniéndolo como el auto necesitaba. El amor hacia el Sierra empezó en 1985. Un amigo le había pasado el dato de una concesionaria donde vendían uno cromado con una franja gris que lo atravesaba de lado a lado. Gracias a los ahorros que le quedaban de su época como Teniente Coronel del Ejército, pudo comprarlo. Cuando Susana lo vio estacionar el auto en la puerta de la casa, puso el grito en el cielo. Sabía que “esa bola de fierros inmunda” le restaría dinero para la cuota alimenticia de Martín, el hijo que ambos tenían en común. Ponzi hizo todo lo posible para cumplir siempre con lo dictaminado por el juez, pero llegados los noventa, algunos inconvenientes financieros derivaron en que Susana le restringiera al máximo la posibilidad de ver a su hijo.

Enterado de la situación, Andrada intentó darle unos pesos, pero Ponzi se negaba. Terminaron arreglando que el ex Teniente, a cambio del dinero, le resolvería algunas cuestiones domésticas, como llevar el auto al mecánico, asistir a las reuniones de consorcio, o pagar las expensas.

Llegando a Guleguay, las estaciones de servicio ya no aparecían tan seguido y la fila de autos y camiones se empezaba a distanciar. Saboreaba un sándwich de jamón y queso, mientras le pasaba la franela al espejito retrovisor de donde colgaba la vieja foto de su pequeño hijo. Ahora, con veintiséis años, Martín apenas se acordaba de que tenía un padre biológico, además de un padrastro.

Miraba el asfalto escuchando un casete de Atahualpa Yupanqui en medio de la modorra de la primera tarde. El bocinazo de un camión lo sacó del letargo. El portafolio descansaba en el asiento del acompañante junto al mate sin preparar. Confiaba ciegamente en Andrada, pero temía a Escorpión y a Ramírez. En todos esos años compartiendo el póker, solo había aprendido a admirar su capacidad de mentir.

Empezó a salir humo por el capot; al principio pensó que se trataba de un espejismo, siguió unos metros, pero terminó parando en la banquina. Al abrir el capot el vapor lo encegueció. Alrededor vacas pastoreando en el campo. Sacó la botella de agua y la echó en el radiador cuestionándose no haber optado por viajar en micro. El Sierra era tan viejo como él, ya no estaba para esos trotes, menos en una ruta en la que solo se veían publicidades de vinos baratos y hoteles alojamiento.

Avanzó con la mitad del auto metido en la banquina, como si eso ayudara a conseguir un mecánico con mayor celeridad.

Cuando vio una flecha sobre una madera que apuntaba hacia una casilla con una rueda de auxilio en el frente, aminoró la velocidad. Al lado había una casa precaria. Después de palmear varias veces, un gordo parecido al tío de los Dukes de Hazzard, abrió la puerta refregándose los ojos. Ponzi le señaló el Sierra. El tipo le pidió que destragara el capot, metió la mano dentro del motor y, como si la mala noticia fuera para él mismo, dijo que había que cambiar la manguera del

radiador.

Ponzi miró al cielo.

—No se preocupe, alguna me debe quedar —le dijo el gordo, bostezando.

En la casilla había chapas, pinzas, gomas de camión, caños de escape, cucarachas, muchas cucarachas. Se puso a revolver entre la mugre mientras Ponzi fumaba, nervioso.

El viento era una caricia para los oídos pero no alcanzaba a refrescar. Al rato, el gordo se acercó con un mate al sauce donde Ponzi leía el libro de Pigna, y le sugirió que fuera a la banquina, quizás alguien se apiadaba de él. El dueño del Sierra en un principio se negó, sin embargo terminó pateando piedritas durante una hora, a la vista de los autos que pasaban inalterables y de los camiones que le regalaban bocinazos.

El sol se había convertido en una bola naranja que abandonaba el día con parsimonia.

—Don —le gritó el gordo desde el taller, con las manos en altavoz alrededor de la boca—, ¡yo sabía que una me debía quedar!

Como había dedicado su día de trabajo exclusivamente al Sierra, el viejo de los Dukes de Hazzard le pidió más plata. El ex Teniente miró alrededor buscando otros clientes, pero el gordo se secó la transpiración de la frente, y le dijo que si no le gustaba, podía ir a otro lado.

No tuvo más remedio que pagar. Su consuelo fue la brisa que ahora refrescaba, Piazzola en el pasacasete, y la paz de la noche.

En una bifurcación de la ruta 12 con la provincial, las luces del Sierra descubrieron un monolito blanco y celeste que decía “Kirchner 2003”. Con ese apellido impronunciable el sureño no va a llegar muy lejos, pensó Ponzi, aunque no tenía tiempo para preocuparse de eso, a él solo le interesaba mantener los ojos abiertos y al Sierra en su carril. Sin embargo, en los setenta la política ocupó un gran espacio en su vida. Más de una vez le escucharon decir que por culpa de andar persiguiendo Montoneros, había perdido a su familia. Pero eso formaba parte de un pasado que deseaba olvidar. Dobló en una rotonda, y a lo lejos distinguió un cartel que formaba la palabra “Mot l”, la letra “e” no encendía. Estacionó detrás de una ligustrina, y atravesó un camino de canto rodado con el portafolio en la mano y el bolso en la espalda. Lo atendió un flaco colorado con cara de dormido. Le dijo que guardaba las habitaciones para parejas. Ponzi se acarició el mentón, recordó que en el baúl tenía la insignia militar que tanto resultado le había dado en los setenta. Volvió del auto convencido en que lograría persuadirlo, pero terminó sacando un billete extra de cincuenta pesos.

A pesar de que las luces del cuarto iluminaban poco, contó la plata que le quedaba antes de darse una ducha. Luego se acostó para seguir viaje temprano, ojeó el catálogo de juguetes sexuales, y el sueño lo fue introduciendo en la pesadilla recurrente: está mirando televisión en el living, una figura difusa se refleja en la pantalla. Susana y Martín duermen arriba, para llegar a ellos el intruso tiene que subir la escalera. Antes podría interceptarlo. Apaga la lámpara de pie. De la cocina llega un sonido áspero, como de un metal raspado contra la pared. Se desliza por el suelo hasta el escritorio, saca el revólver del cajón. En la vitrina hay varias escopetas, pero están descargadas. El intruso –le adivina un metro cincuenta-, se refleja en la ventana como una sombra. Aprieta el martillo del revólver. La sombra no se mueve, tiene algo en la mano, aunque no distingue si es un cuchillo o una pistola. Poco le importa. Se cubre detrás de la puerta: “Alto”, dice con voz firme. La sombra desaparece. Él se queda en silencio hasta que suenan uno, dos, tres, cuatro, cinco disparos. Es el momento de actuar antes de que cargue el arma. Le grita a su mujer que no baje, que cierre con llave. Martín, llora. La sombra gana el sillón cercano a la escalera. Ponzi lo oye respirar. Transpira. Ha estado en situaciones de peligro, pero siempre fuera de casa. Si estuviera solo..., se lamenta. No puede dejar que avance más. “Acá plata no hay”, dice. La sombra responde con un tiro. Quizás se le escapó, no tenía sentido disparar en ese momento, pero se asusta porque tal vez aprovechó para acercarse al primer escalón. Asoma la cabeza, y otro disparo rompe parte del revoque de la pared. Con los ojos llorosos ve que algo con forma de ángel se apoya en la baranda. Dispara, el ángel cae. Enciende la lámpara, la sangre del intruso se desparrama por el piso.

Lo despertó el crujido de una cama vecina. Descalzo, con los pelos revueltos, y apenas cubierto por el calzoncillo, salió del cuarto decidido a reclamar en la recepción. Pero en el pasillo vio a una pareja del otro lado del mostrador, y se escondió detrás de una pared. Ella era alta, al tipo le sacaba una cabeza. Cuando le pasaron por al lado, confirmó con el pecho congelado que se trataba de una travesti.

De vuelta en la habitación puso los brazos debajo del cuello y los pensamientos le pasearon por la mente como hojas sueltas danzando en el viento: el portafolio, los amigos en los que no podía confiar, la incertidumbre de si lo que llevaba podía cavarle su propia tumba. Recién pudo conciliar el sueño cuando recordó que se había jurado cumplir con el pedido de Andrada.

Despertó gracias al ruido de una aspiradora. Con los ojos semi abiertos prendió la televisión y, para su espanto, comprobó que eran las diez. Se suponía que a las siete tenía que haber sonado la alarma de su Nokia 210. Evidentemente no tenía batería. Antes de irse, el colorado, que se mostró más simpático, le permitió al menos cargar una rayita del celular.

Hizo marcha atrás, y vio un manchón de aceite en el suelo. “La puta madre”, dijo. De la gaveta del auto manoteó una pastilla para la acidez que bajó con la botella de agua.

Vio a la travesti alejándose por la banquina con los zapatos de tacos altos al hombro.

Se puso a manejar mirando el espejismo en el asfalto, el campo interminable y algún que otro cartel de Menem, sonriendo. El aire acondicionado hacía años que no funcionaba; para colmo la brisa que entraba por la ventanilla no alcanzaba a refrescar. Cuando el indicador de aceite empezó a titilar, decidió parar en la banquina. Abrió la puerta y un golpe seco lo hizo acurrucarse en el asiento. El cuerpo de un muchacho salió volando por el costado del auto y cayó en el medio de la ruta. Todo sucedió muy rápido, pero él lo vivió como si fuera una toma en cámara lenta de un caprichoso director de cine que quería que el muñeco de goma cayera en un determinado lugar. Corrió la bicicleta de carrera que había quedado junto a la puerta, y dio unos pasos tímidos con la vaga ilusión de que realmente se tratara de un muñeco de goma. Pero era un chico de carne y hueso de no más de veinte años. Debajo del casco le sobresalían mechones de pelo rubio; por la frente le corría un hilo de sangre. Llevaba puestas unas calzas verdes, camiseta de lycra rosada y zapatos de ciclista. Le tocó el brazo: nada. No podría cargar con otra muerte en la conciencia, se dijo.

El bocinazo de un camión lo sacó del letargo. Agarró al pibe por los brazos y lo arrastró hasta la banquina. Pasado el sofocón, prendió un pucho para intentar aclarar la mente; la cabeza le hervía. Le tiró un poco de agua en la cara, pero el chico seguía sin reaccionar. Dio una pitada con un ojo puesto en un cartel de Menem que parecía reírse de la situación. Cuando se agachó a buscarle el pulso, los dedos del ciclista se movían. Lo escuchó balbucear, le dio de tomar agua, y luego de aclarar la garganta, el pibe lo insultó.

—Casi me matás —le dijo con una mano apoyada en el pasto.

—Te puedo llevar a un hospital.

—Sin la bici no voy a ningún lado.

Ponzi se deshizo del pucho y fue a ver la bicicleta. Lo más afectado era el volante pero con una pinza se podía arreglar. La metió en el baúl, se vio obligado a dejar la puerta abierta porque no entraba. Un benteveo parado sobre el poste de teléfono, parecía controlar sus movimientos.

Ayudó al chico a sentarse en el auto y, tras varios intentos, logró que el Sierra arrancara, a pesar de la luz indicadora de falta de aceite.

—Lo vas a fundir —le dijo el pibe.

—Tengo que llevarte a un hospital, ¿te acordás?

—Pero si lo fundís va a ser peor, por qué no te tranquilizás, viejo.

Ponzi volvió a estacionar en la banquina meneando la cabeza.

Lo miró serio. Casi con odio. El chico dijo:

—Mirá, acá cerca vive Don Arturo, en una de esas tiene algo de aceite, y tiramos hasta lo del doctor Segurola.

—¿Y a cuánto queda?

—¿Qué cosa?

—Lo del tipo ese.

—A un par de kilómetros por el camino ese que nace ahí —le señaló con un dedo—. Vos no

sos de acá, ¿no?

—No.

—Con razón, tu cara de porteño engreído te delata... —se rio pero solo un segundo porque le dio tos.

—Mejor voy ya —dijo Ponzi abriendo la maltrecha puerta del Sierra. Dio unos pasos y le preguntó por el camino de tierra que tenía que tomar. El pibe se lo señaló con la cabeza.

—¿No tiene auto el tipo este? —quiso saber Ponzi haciendo una especie de altavoz con las manos alrededor de la boca.

—No —le dijo el pibe asomado a la ventanilla.

Ponzi dio dos pasos más, se detuvo otra vez.

—¿Cuál es tu nombre?

—Maru —le dijo el pibe.

Manu, entendió Ponzi y empezó a correr pensando que había accidentado a un tocayo. A los pocos metros le entró un frío escalofriante. ¡El chico estaba solo con el portafolio! Meditó unos segundos, y se convenció de que en esas condiciones no podía ir a ningún lado. Entonces siguió trotando hasta dar con un rancho rodeado de gallinas y un tractor oxidado en el frente. Tras aplaudir apareció un viejo con cara de pocos amigos por la puerta descascarada. Ponzi lo saludó con la mano, y el hombre se le acercó apoyado en un palo que usaba de bastón. Cuando lo tuvo a tiro, levantó las cejas.

Después del relato de Ponzi, se metió en la casa y volvió con un bidón en la mano.

—Tomá —le dijo—, más te vale que a Maru no le pase nada.

Ponzi se sorprendió de que dijera Maru. Pero no dijo nada, lo saludó levantándose la gorra, y volvió a paso acelerado.

Al divisar el Sierra vacío, terror. Se acercó lentamente, como si no pudiera creerlo, deseando tener un revolver en la cintura como en los setenta.

—Al fin, che —le dijo el pibe terminando de subirse las calzas detrás de los yuyos.

El ex Teniente recuperó el aliento y chequeó que el portafolio estuviera debajo del asiento. Más tranquilo volcó el aceite en el motor.

—Antes era José, pero desde hace un tiempo a esta parte decidí llamarme Maru, Maru Lamiña —le dijo el pibe extendiéndole la mano. Espero que lo entienda, viejo.

Ponzi lo miró creyendo que tal vez todavía estaba dentro de una pesadilla producto de la impresión que le había causado ver a una travesti la noche anterior.

—Manuel Ponzi —le dijo, finalmente—, ahora subí que no quiero que te mueras acá.

Del techo de la casa del doctor Segurola colgaba una pequeña cruz de color verde. Era una construcción modesta con dos ventanas en el frente, rodeadas de enredaderas y un par de faroles coloniales.

Dos Bulldogs les dieron la bienvenida. El doctor, un hombre de unos cuarenta años, de pelo mullido y bigote prolijo ayudó a Maru a caminar hasta el consultorio. Ponzi se quedó en el living mirando los certificados médicos, pero enseguida la escopeta de caza colgada en la pared, acaparó su atención.

Diez minutos más tarde Segurola se lavaba las manos en la cocina, de espaldas a Ponzi, comentándole que Maru se pondría bien.

—¿Quiere una cerveza?

—No, gracias.

—Vamos, un vaso no le va a caer mal. Se lo dice un médico —y le ofreció una copa.

—Ufff —dijo Ponzi dando un soplido—, fue algo de lo más... insólito.

—Sí —dijo el doctor—, Maru me contó. Justo en esta ruta que no pasan tantos autos... pero bueno, no se quede mal, el chico se va a poner bien. ¿Quiere comer algo?

Ponzi recordó que no había ingerido nada desde el desayuno y eran más de las tres de la tarde.

El doctor le trajo un sándwich de milanesa.

—¿Sabe cuál es el problema de este pueblo? Acá nadie se preocupa por la inseguridad —le dijo como al pasar—, pero los pibes como Maru se aburren, se la pasan queriendo rajar.

—Ajá —dijo Ponzi preocupado. Necesitaba recuperar horas de viaje.

—Lo vi mirando la carabina ¿le gusta cazar?

—No, alguna vez tuve una colección de escopetas, pero la caza no es lo mío. Fui militar, siempre anduve con un arma encima pero...

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

—Algo que no me gusta recordar.

—Entiendo. ¿Así que fue militar? Qué raro que no le guste la caza... una pena porque si no lo invitaba, es época de perdices.

—Le agradezco, doctor, pero sabe... —le dijo apoyando la servilleta de papel sobre el plato vacío— ando apurado. Recogió la gorra que había dejado en el perchero, y se quedó esperando que le abra la puerta.

—¿Usted conoce la historia de Maru? ¿Sabe por qué es famoso en la zona?

—No, la verdad no, pero tengo que...

—Siéntese que le cuento, son dos minutos nomás.

Ponzi lo miró, volvió a dejar la gorra en el perchero, y dio unos pasos resignados hasta el sillón.

—Hace un tiempo pescaba en el río cuando algo me picó en la frente...

—Ajá —asintió Ponzi afligido por como avanzaba el segundero del reloj de la pared.

—... y me desvanecí, la corriente hizo que el bote chocara contra una roca. Empezó a entrar agua... Cerca de la orilla se esconden, los hijos de puta.

Ponzi deseaba fumar un cigarrillo.

—Me tiró un tarascón, se ve que el tipo estaba durmiendo y se asustó —le explicó el doctor.

—¿Un tipo? —trató de interesarse Ponzi.

—El yacaré, amigo, el yacaré. Diga que el pibe pasó con la bici y me vio, si no... no la contaba.

—¿El pibe lo salvó?

—Claro, hombre. ¡No le estoy diciendo! Me subió a la bici y me llevó al hospital.

—¿Se metió al agua y lo sacó? —preguntó Ponzi, sorprendido.

—Un pequeño héroe —dijo el doctor, y se apoyó en el respaldo del sillón con la mirada perdida, como si su mente aún estuviera rememorando la escena.

Ponzi no salía de su asombro, era un hombre al que le gustaban los actos de valentía, hasta tenía cierta admiración por la manera en que el Che Guevara se había jugado la vida, a pesar de que lo detestaba por su intención de expandir el socialismo.

—Bueno —dijo, poniéndose de pie —, espero que se ponga bien.

—Mañana va a estar mejor, me va a costar que no agarre la bici.

Cuando estaba por subirse al Sierra, Ponzi miró a los ojos al doctor para asegurarse de que se trataba de un hombre serio, y le preguntó por qué llamaban al pibe “Maru”.

—¿Y cómo quiere que le digan si se llama María Eugenia?

Entonces Ponzi se arrepintió de haberlo preguntado.

—¡Soy un hombre grande, doctor, no me tome por pelotudo!

Segurola no pudo contener la risa.

—No sé cómo explicarle...

—¿Es puto?

—Digamos que está buscando su identidad sexual.

Ponzi prendió un pucho y dio una pitada. Por suerte no lo veo más, se dijo.

5

Iba con un brazo fuera de la ventanilla controlando a cada rato el indicador de aceite. Se arrimó a un paisano a caballo, y le preguntó por un taller mecánico. “Pa’delante”, le dijo el tipo señalando con el rebenque. Ponzi aceleró bajo el sol naranja del atardecer. Al celular le quedaba poca batería otra vez; se maldijo por haber olvidado el cargador. Respiró una buena porción de aire, y metió un cambio. Los postes de teléfono junto al campo eran el paisaje principal.

Llevaba el pie apenas apoyado en el acelerador, debía tratar al Sierra con sumo cuidado, la aguja del indicador de aceite estaba del lado de los problemas.

Las casillas que bordeaban la ruta parecían deshabitadas, sin embargo tenían la antena de Direct Tv en los techos. Cuando leyó “Mecánico” en un pedazo de madera se acomodó en el asiento, hizo un rebaje, y estacionó el auto junto a un rancho de ladrillos que tenía una silla mecedora en el frente. Tocó bocina hasta que una gorda petisa con vestido a lunares, apareció entre la ropa colgada como si fuera una actriz entrando al escenario de un teatro.

—Buenas tardes —dijo Ponzi—. ¿Está el mecánico? —le preguntó bajándose del auto.

La gorda se metió en la casa con cara de fastidio, Ponzi miró un galpón que le recordó los percances en el taller anterior, y ella volvió con una bermuda de jean manchada de grasa y una musculosa agujereada.

—Hay una pérdida en la junta —le dijo luego de revisar el motor. —Te va a salir caro.

Ponzi metió la mano en el bolsillo, contó los billetes.

—Si tenés hambre, a un kilómetro hay un parador —le dijo ella, pero a él le pareció más prudente quedarse a controlar el arreglo.

La gorda deslizó un cartón por debajo del Sierra y se acomodó con una pinza en la mano. Le quedaron las piernas peludas a la vista.

Ponzi cambió de opinión escudándose en que tenía hambre. Fue a buscar el parador.

Hizo unos metros con la vista clavada en la pantalla del celular. La transpiración le había adherido la camisa a la piel. Delante de la cafetería había un árbol que daba sombra a los ventanales del frente. Se alegró porque pensó que el lugar estaría fresco. El Nokia 210 hizo un zumbido y mostró un mensaje de Escorpión: “te está siguiendo un \$%W#”# bord4“. A pesar de la extraña simbología, entendió que su amigo lo estaba advirtiéndole de algo. Intentó llamarlo pero la señal no era lo suficientemente estable.

En la pared del fondo del bar había un teléfono público naranja. Parecía solo un adorno, sin embargo el petiso de cabeza grande y pelo duro que estaba acodado detrás de la barra, le pasó un cospel.

Ponzi levantó el tubo con extrañeza, marcó los números a disco.

—Hable.

—Escorpión ¿sos vos?

—¿Manuel?

—Sí.

—¿Dónde mierda estás? Tené cuidado, una facción del Ejército te está buscando.

—¿Para qué?

—Vos tenés el maletín de Andrada, ¿no?

Ponzi dudó y su silencio lo delató.

—Salieron a buscarte en un Corsa bordó. Lo que llevás es pesado, Manuel.

—Bueno, te agradezco, cualquier cosa llamame al celular, lo tengo prendido.

—Probé pero no pude comunicarme. ¿A dónde estás?

—En la ruta, voy a ver al fiscal...

La comunicación se cortó y para Ponzi fue un alivio porque no estaba seguro de brindar esa información; a pesar de que Escorpión parecía querer ayudarlo, confiaba en Andrada y en nadie más.

Se sentó en una mesa junto a la ventana para controlar el exterior. Era el único cliente. El petiso le tomó el pedido con parsimonia de pueblo. Lo único que se oía era el motor de la heladera.

—No crea que esto fue siempre así —le dijo el tipo cuando se acercó con el café.— Hasta habitaciones teníamos...

—No me diga nada —lo interrumpió Ponzi—, el cierre del ferrocarril.

El petiso apuntó con la mirada hacia donde estaban las vías muertas, los restos de hormigón y una zorra abandonada. Pero la mirada de Ponzi se concentró en un Corsa bordó que abandonaba la ruta levantando polvo. El ex Teniente se puso en cuclillas detrás de la mesa, y miró al tipo implorándole algún escondite. El hombre le señaló los baños del fondo.

Del auto se bajaron los hombres que habían recibido órdenes del Gordo Balanza. Llevaban puestos los mismos trajes y los mismos anteojos de sol. Se diferenciaban porque uno era rubio y el otro morocho. Ponzi los miraba parado sobre la tapa del inodoro. Supo que eran militares o de la Side, en cualquier caso se trataba de profesionales. Apoyó los dedos sobre el teclado del Nokia e intentó enviarle un mensaje a Escorpión, pero el aparato se le resbaló y rebotó contra los azulejos del piso. En un primer momento pensó que quizás no lo habían oído pero después de levantarlo, volvió a subirse al inodoro, y los vio caminar hacia el baño con los revólveres en la mano. El petiso se escondió detrás de la barra. Ponzi encontró una claraboya que daba a las vías. Si pasa la cabeza pasa el cuerpo, se dijo mientras las orejas se le enrojecían contra los bordes. Los tipos abrieron la puerta y alcanzaron a verle la suela de los mocasines. Le dispararon, sin embargo logró salir y empezó a correr por el descampado con miedo a resbalarse. Al rubio le quedó la panza atascada en la claraboya, el otro volvió al salón para dar la vuelta por afuera. Eso le dio tiempo a Ponzi de esconderse detrás de la zorra. Cuando se asomó vio que avanzaban en su dirección. No queda otra, se dijo. Contó hasta tres y salió en carrera alocada hasta una plantación de girasoles. Logró sacarles una considerable distancia, pero un impacto lo tiró al suelo. Se palpó el cuerpo buscando la herida hasta descubrir un agujero del lado izquierdo del chaleco. Gotas de sangre resbalaban por una hoja de girasol perdida en el suelo. Como si fuera un ciego estudiando un rostro ajeno, se palpó la cara. La sangre provenía de la ceja derecha.

Intentó seguir avanzando con los codos sobre la tierra húmeda. Detrás no parecía haber nadie, solo la plantación y un moscardón merodeando. No le quedaban fuerzas, el sol desaparecía lentamente. La noche lo cobijó.

6

“Despertate, Ponzi, despertate”, escuchó que le decía una voz. Al abrir los ojos distinguió a Maru mirándolo encandilado por el sol.

—Esa herida necesita un par de puntos —le dijo, y le pasó una botella con agua.

—¿Qué hacés acá?

—Ahora el que tiene que ver al doctor Segurola sos vos. ¿Dónde tenés el auto?

Ponzi recordó que el Sierra había quedado en el taller de la gorda.

—Te recuperarás rápido —le dijo mientras se sacudía el polvo.

—No, me duele todo...

—¿Cómo me encontraste?

—Pasaba con la bici y vi un cuerpo tirado; no sabía que eras vos.

Ponzi se lo quedó mirando.

—Vamos —le dijo el pibe acomodándose el vendaje que llevaba alrededor de la cabeza—, subí.

—¿Adónde?

—Acá, ¿a dónde va a ser? —y le señaló el cuadro de la bici.

—¿En el caño?

—Claro, dale.

Le dio vergüenza pero no tenía opción.

Al agarrar la ruta Maru esquivó una lagartija aplastada contra el asfalto, y el caño se incrustó en los cantos del ex Teniente. Ponzi cerró los ojos conteniendo las ganas de mandar todo al demonio, pensó en el bueno de Andrada y su pedido.

Llegaron al rancho y palmearon hasta que la gorda salió de la casilla refregándose los ojos envuelta en una toalla gastada. Los miró con desprecio, molesta, como si la hubieran interrumpido.

—¡Esto no es un garage! —se quejó.

—Tuvo un accidente —le explicó Maru.

La gorda se encerró dando un portazo, y volvió metida en un camisón con dibujos del canario Tweety. Levantó la persiana del galpón, resoplando.

Lo primero que hizo Ponzi fue corroborar que el portafolio estuviera debajo del asiento; después le dio unos billetes, y se subió a testear el auto.

Fueron hasta lo del doctor Segurola con Maru pedaleando detrás del Sierra, por la ruta semi desierta. Cuando llegaron no salieron los perros a recibirlos y las persianas estaban bajas.

—Seguro se fue a pescar —dijo Maru haciéndose visera con la mano.

El ex Teniente se tocó la ceja.

—El hospital más cercano está en Nogoyá. Tenés que ir, viejo —le advirtió Maru.

Ponzi no sabía si ofenderse o agradecerle.

—No es nada, ya va a cicatrizar.

—No seas cabezón.

—Te agradezco, pero ando medio apurado. Tengo que llevar el portafolio a Villaguay —y apenas lo terminó de pronunciar se arrepintió.

—¿En serio? —dijo Maru, sorprendido.

—Bueno... me voy yendo... —trató de despedirse, Ponzi.

—Pará, una pregunta: ¿me podés alcanzar?, me dejarías cerca del pueblo de mi abuela.

Ponzi se pasó la mano por la incipiente barba canosa, y lo miró con la parquedad del solitario invadido.

—¡Sabés qué linda sorpresa le daría! —agregó el rubio —, hace un montón que no la visito.

—¿Y yo qué culpa tengo? Hubieras ido antes —le reclamó.

El pibe juntó el pulgar y el índice haciendo referencia al típico gesto de dinero, y puso cara de pollito mojado.

Ponzi pensó que para pobre ya estaba él.

—Mirá, no te conozco, no sé nada de vos, además esto se puso peligroso; no sé qué carajo hay en el maletín, pero dos tipos me están siguiendo, y yo... este... prefiero hacerlo solo.

—Bueno —dijo Maru, con las manos en jarra sobre la cintura—. Lo peor es que ahora voy a tener que gastar la poca plata que tengo en arreglar la bici y mi abuelita que no sé cuánto le queda tendrá que seguir esperando mi visita. Está bien, gracias igual, viejo.

Ponzi llegó a pensar en darle algo de plata, la culpa era su talón de Aquiles, pero como el pibe lo llamaba “viejo”, se quedó callado. Además le quedaban pocos billetes, el Sierra se había comido gran parte de sus ahorros.

Encaró para el lado de auto, y se subió.

El chico se lo quedó mirando hasta ver que la decisión era irreversible, y recién entonces empezó a pedalear por la banquina.

Cuando el Sierra le pasó por al lado, Ponzi lo miró:

—Vas a ir calladito ¿no? —quiso saber.

—Por supuesto, viejo, una tumba, los pibes del interior no somos unas lenguas sueltas como los de Buenos Aires. Quedate tranquilo.

Ponzi volvió la vista al parabrisas mugriento.

—No sé... te puede pasar algo.

—Si supieras las que yo pasé..., no tengo miedo. Lo único que temo es no llegar a tiempo para ver a mi abu —comentó el chico.

El ex Teniente meneó la cabeza.

—Bueno, en ese caso, que tengas buen viaje —le dijo Maru y empezó a pedalear más fuerte. Tras un par de segundos, el Sierra lo alcanzó nuevamente.

—¿Qué hacemos con la bici? —le preguntó el ex Teniente, y detuvo el auto en la banquina.

Maru le señaló el techo del auto; Ponzi recordó que en el baúl tenía unos tensores que podían servir para sujetarla.

—No se va a caer por más que vayamos a ciento cuarenta kilómetros por hora —dijo el chico, orgulloso después de terminar de ajustar los elásticos.

—No te preocupes, mi querido Sierra no supera los noventa —le explicó Ponzi.

Se subieron y pusieron primera. Luego segunda, y tercera, pero el ex Teniente prefirió no forzar la caja e hicieron ciento treinta kilómetros a sesenta. Cuando el chico quiso poner música en la radio, Ponzi casi le arranca la mano.

—Bueno, viejo, qué carácter —dijo Maru, y Ponzi volvió a cuestionarse su decisión de viajar acompañado.

Para colmo el pibe parecía con ganas de hablar:

—Nos tenemos que desviar un poco, pero Nogoyá queda más cerca que Villaguay —dijo —. Y yo te recomiendo hacerte ver esa herida cuanto antes.

Ponzi asintió apenas con la cabeza. Miraba la ruta concentrado, como con miedo a que el pibe se lance a preguntar más de la cuenta.

Pero cumplió, quizás porque se quedó dormido contra la ventanilla tratando de recibir una brisa que contraste con el calor sofocante que hacía ahí dentro del auto sin aire.

En el cruce con la ruta 39 doblaron a la izquierda e hicieron cincuenta kilómetros con el sol todavía picante. Maru se limitó a cebar mate, y Ponzi respiró aliviado: el Sierra no había ocasionado nuevos gastos.

Las calles de Nogoyá se abrían como ramas hacia las avenidas que desembocaban en frondosas plazas donde la gente descansaba refugiada en la sombra. Se bajaron en una que tenía una calesita cuyo dueño mostraba anchos brazos dorados y sudor impregnado en la piel, al tiempo que agitaba una sortija a los niños montados en sonrientes caballos de plástico. Entre vuelta y vuelta, les dio un par de indicaciones para facilitarles la llegada al hospital San Blas. Ponzi aprovechó para recargar la botella con agua en un bebedero, y se metieron por unas calles tranquilas hasta dar con el nosocomio municipal.

En la guardia esperaban chicos en pantalones cortos, madres amamantando, viejos apoyados en bastones, gente con heridas cortantes, y dos que parecían estar perdidos, al menos tenían la mirada en otro lugar. De los tres consultorios disponibles, a uno lo estaban refaccionando, aunque no se veía obrero alguno. La enfermera les indicó que sacaran un número de la pared. “Van por el cincuenta y cinco”, les dijo un viejo con cara de fastidio mirándolos desde un banco de azulejos rosados. Ponzi pensó que tendrían tiempo para comer algo, y fueron hasta un patio que tenía un solo asiento ocupado por un par de señoras que se abanicaban bajo las ramas de un ombú.

El humo los condujo a un puesto de comidas rodeado de moscas. Al parrillero apenas se le distinguía la cara; pidieron dos sándwiches de milanesa, soda, y se sentaron junto a unos médicos. A Ponzi lo aterraron las manos grasientas de los profesionales de la salud.

El parrillero rodeado de humo les sirvió los sándwiches y Maru aprovechó, ni bien dio el primer mordisco, a preguntarle qué había en el portafolio.

—No sé —le contestó Ponzi con la esperanza de que no repreguntara.

—¿O sea que si llevás droga, un muerto, o un bebé acribillado, a vos no te importa...?

—Si me vas a romper las pelotas, te dejo acá.

—Eh, viejo, es solo un comentario, no te cabreés.

El chico comprendió que lo mejor sería limitarse a comer el sándwich. Ponzi intentó encender el celular para ver si tenía mensajes nuevos, pero sin batería no había nada que hacer. Dejó unos billetes sobre la barra.

—Vamos, que se hace tarde —ordenó.

De vuelta en la sala de espera, el viejo les dijo que recién habían llamado al número 62. “Quizás para Navidad los atienden”, agregó dejando al descubierto su dentadura postiza.

—Los que dicen que las cosas en el Estado funcionan bien, me gustaría que estén acá —murmuró Ponzi por lo bajo, y se encorvó contra la pared de azulejos.

Maru se le acercó. Medía unos veinte centímetros menos.

—¿Por eso te siguen? ¿Por el portafolio? —inquirió sin vergüenza.

Ponzi se limitó a mirarle la melena rubia desde lo alto.

—¿No te da curiosidad saber qué hay adentro?

—Vos como cartero serías una deshonra.

—¿Sos cartero acaso? ¿Cartero de portafolios? Dale, soy un pendejo del interior, pero no boludo —le dijo e hizo una mueca moviendo la mejilla hacia el costado.

—Es un encargo, confío en quién me lo pidió, no necesito saber nada más, tiene que ver con el Ejército, no entenderías. No se habla más.

—Debe ser algo importante ¿no?

—¿Sos boludo, che? Puede ser, pero no me importa, hace rato que me retiré de la política.

—¿Qué política?

—¿Cómo qué política?

—¿Qué tiene que ver el portafolio con la política?

—Vos crees que hay guita ¿no? Pibe... dejame que te diga algo: no todo en la vida es guita. Te comiste el verso de las películas yanquis.

Estuvo a punto de reír, si no fuera porque lo hizo el chico.

—Sí, ya sé, no..., pero... ¿sabés qué bien me vendrían unos pesos!

Ponzi le regaló una mirada cómplice, como diciendo “te entiendo, a mí también”.

—Además... ¿quién te caga a tiros si no es por guita? —agregó Maru.

—Cuando crezcas un poco más lo vas a entender, pero si querés pensar que hay plata, nadie te lo impide. Eso sí, mantenete alejado, no vaya a ser que...

Dos enfermeros pasaron por el medio del pasillo empujando una camilla con un hombre al que le temblaba el cuerpo.

Ponzi y Maru se miraron sabiendo que no los atenderían más. Ponzi se dio vuelta y sin decir nada empezó a caminar por el pasillo; Maru, después de observar a la gente que esperaba con una resignación que parecía venir de tiempos inmemoriales, lo alcanzó en la puerta de salida.

—No me gustaría estar en tus zapatos —le dijo al subir al auto.

—Estás a tiempo de dar marcha atrás.

—No —dijo el ciclista—, quiero ver a mi abuela.

A pesar de que viajaban con las cuatro ventanillas abiertas, el calor era sofocante. En veinte kilómetros pararon dos veces a echarse agua encima. Maru iba encorvado para evitar que el raspón de la espalda tocara la cuerina del asiento. Ponzi fumaba con el brazo apoyado en la ventanilla disfrutando de Piazzolla en el pasacasete. El pibe miró la foto del nene que colgaba del espejo retrovisor, iba a preguntar algo, pero Ponzi se tocó la herida, y estacionó junto al cartel de la ruta que decía “Villaguay a 80 kilómetros”.

Se bajó, dio la vuelta alrededor del auto y, mirándolo a través de la ventanilla, le dijo:

—Abrí la gaveta y sacá el botiquín, pibe.

—¿Qué?

—Ahí —le señaló con el dedo—, hay aguja e hilo.

—¿Te volviste loco?

—No tengas miedo, son un par de puntos nomás.

—¿No estarás hablando en serio? ¡Te dejaría como Frankenstein!

—No importa, no tengo a quien gustarle.

—¿Sin anestesia? ¿Quién te crees que sos? ¿Rambo?

Ponzi abrió la puerta y lo obligó a bajar.

—Se nota que no hiciste el servicio militar. Dale —le dijo —y cerró los ojos.

El chico tragó saliva. Sabía que no tenía opción. Con un movimiento tímido empezó a acercar la mano a la ceja de Ponzi, hasta que algo lo hizo detenerse.

—Mirá —le señaló con la aguja hacia la ruta —, un auto, quizás puedan ayudarnos.

Ponzi frunció el ceño, se hizo visera con la mano, y se quedó duro durante unos segundos.

—Mierda —dijo de repente —Subí pibe, subí —le gritó.

Ganaron el auto como si fueran a largar en una carrera de Indianápolis. Aceleraron cuanto pudieron, pero el Sierra estaba lejos de ser un auto de competición. Muy pronto el Corsa se les puso tan cerca que hasta pudieron ver los bigotes de los tripulantes de traje negro.

—Acelerá —le rogó Maru.

—¿Sos boludo? ¡Es todo lo que da!

Los sorprendió un golpe seco contra el paragolpes de atrás.

—Agachate —le ordenó Ponzi, y Maru se acurrucó en el piso con las manos sobre la cabeza, casi temblando. Tres disparos fallaron, pero el cuarto dio en el parabrisas trasero y el estallido los hizo morder la banquina del lado contrario. Tardaron unos cuantos metros en acomodarse de nuevo en el carril. Pero el Corsa no les dio tregua, los envistió de costado. Además de protegerse, Maru se persignaba. Lo único que Ponzi intentaba era mantener el Sierra en la ruta. Cuando el Corsa empezaba a arrinconarlos, apretó el freno de golpe y en una ráfaga de segundo los bigotudos siguieron de largo como unos principiantes. Ahora queda una sola opción, pensó el ex Teniente, y apoyó el pie en el acelerador a fondo. Como un kamikaze lo chocó desde atrás, luego giró el volante y lo pasó por el costado arrancándole un farol. El peligro parecía haber pasado, pero en pocos minutos, sin que tuvieran tiempo para respirar, lo tenían pegado a la cola, dando pequeños toques como aviso de lo que se venía.

Entonces Maru sacó una mano fuera de la ventanilla.

—¡Te dije que te agacharas, pendejo! —lo reprimió Ponzi, mientras veía que los bigotudos volvían a empuñar las armas. Un par de balazos dieron en el baúl, otro en una vaca que

pastoreaba al costado de la ruta, y que cayó como una bolsa de papas. De a poco, estirando al máximo su pequeño brazo, Maru alcanzó a desatar el tensor que sostenía a la bici del techo, y esta salió impulsada hacia atrás para estrellarse contra el parabrisas del Corsa.

Ponzi creyó oportuno desacelerar. Pero era tarde, el motor escupía humo como un viejo puntano fumando ayahuasca. Se bajaron en la banquina y miraron para atrás. Era difícil que el Sierra pudiera seguir con vida. Al menos divisaron a lo lejos al Corsa incrustado contra el alambrado.

Revisaron el motor como si supieran. El único y no por eso menos grave problema que encontraron fue que el radiador lucía como un acordeón. Ponzi dijo que no podían ir en busca de un mecánico, los bigotudos avanzaban por la banquina, aunque era evidente que se habían quedado sin balas porque no disparaban. Entonces Maru se iluminó: sacó un puñado de chicles del bolsillo, los masticó hasta formar una gran masa de goma blanda, y la pegó rodeando el agujero por donde salía el agua en el radiador.

—Si no lo apurás, puede aguantar un rato —le dijo.

—Sí, claro —le contestó Ponzi desconfiado.

Se llevó un yuyo a la boca.

—Ni siquiera nos queda tu bici, che.

El pibe lo miró serio y se metió en el auto con la vista apuntando al horizonte.

Avanzaban lentamente. El truco del pibe había funcionado, aunque el humo del motor se esparcía como un fantasma. A los costados, campo y más campo, interminable, dejaban atrás vacas que no se cansaban de arrancar pasto del suelo. Ponzi pensó que lo mejor sería deshacerse del chico cuanto antes. Los hombres de negro en algún momento volverían. El rasgo de la Fuerza: “La misión no se termina hasta que se elimina al enemigo”, recordó que le decía su tutor cuando estudiaba en la Armada.

Suspiró. Miró por el espejito retrovisor para asegurarse de que no los siguieran. Necesitó prender un pucho.

A lo lejos, las pocas edificaciones de Villaguay. El último mojón que habían pasado decía que faltaban veinte kilómetros. Las nubes, apoderadas de la tarde, les permitieron cerrar las ventanillas y escucharse al hablar.

—¿Tenés familia? —le preguntó el chico.

Ponzi lo miró, después se acomodó contra el respaldo sabiendo que esta vez no podría escaparse, el chico era un cabeza dura.

—Estoy separado. Tengo un hijo que no me da bola.

El pibe se quedó esperando que le preguntara a él.

—¿Vos? —le dijo Ponzi.

—Yo solo tengo a mi abuela.

Otra vez un silencio incómodo. Ponzi miraba la línea a rayas de la ruta. El pibe trataba de volver a la charla.

—¿Cómo se llama? —le preguntó señalando la foto que colgaba del espejito retrovisor.

—¿Mi pibe? Martín —y para sorpresa del ciclista, siguió—, en un tiempo fuimos muy unidos, pero ahora es como un iceberg.

—¿Por?

—No sé, está en un lugar al que no puedo llegar. No tenemos de qué hablar, a mí me gusta leer y él...ni sé lo que le gusta.

—Ahora está internet, viejo. Seguro le gusta eso.

—Esa mierda de internet nos va a llevar a la locura.

—Es el futuro, viejo.

Ponzi se juró que si le decía “viejo” una vez más, lo bajaba en el medio de la ruta. Hizo un rebaje áspero. A los costados, tambos desolados. Cuando pasaron por una hacienda con un aljibe y una escultura femenina que escupía agua por la boca, Maru le explicó que esa era la casa de fin de semana del Gobernador.

—¿Y cómo es ser militar? —quiso saber y le pasó un mate recién cebado.

—¿Cómo sabés que fui militar?

—Me dijo Seguroola.

—Ah —dijo Ponzi, chupó la bombilla y se quedó unos segundos en silencio. —Hace muchos años... —agregó.

—¿En el Ejército trabajabas?

—Más que trabajar, lo mío era vocación de servicio. Desde que vi la primera película de guerra, supe que sería militar para servir a mi país.

—¿No dicen patria ustedes?

—A mí me gusta decir país —le dijo, bebiendo un poco de agua de la botella—. El primer año te hacen sentir el rigor, pero después te acostumbrás y se te vuelve carne.

—¿Por eso sos tan estructurado?

—¿Y vos qué carajo sabés?

Maru lo miró con una mueca cercana a una sonrisa.

—Alguien nos tiene que adoctrinar —se justificó Ponzi—, sobre todo cuando sos joven.

—Suena medio fuerte eso, Coronel.

—La disciplina es fundamental en la vida.

—En esa te doy la derecha, mi padre me levantaba todos los días a las seis de la mañana para entrenar.

—Así debe ser.

—Pedaleábamos por la ruta porque decía que el Tour de France se corre en ruta.

Ponzi no descuidaba la retaguardia por el espejo retrovisor. El cansancio se le notaba en las ojeras, necesitaba estirar las piernas. Tanteó el maletín debajo del asiento, y le pidió a Maru que le alcanzara de adentro de la gaveta el papelito con la dirección del juzgado. Pensar en el fiscal le hizo recordar a Andrada; sintió un nudo en el estómago.

—Tengo hambre —dijo Maru y Ponzi pensó en los tiempos en que Martín le pedía un juguete y a él no le alcanzaba la plata.

—¿Cómo es eso del Tour de France? —le preguntó para distraerlo, más que por real interés en una competencia que se corría a doce mil kilómetros de Argentina.

—Algún día voy a ir.

—Claro... —murmuró siguiéndole la corriente.

—Estoy ahorrando para eso.

—Ahora vas a tener que invertir en una bici nueva —bromeó, pero al ver que el pibe se puso serio, se arrepintió.

—Voy a tener que volver a métodos del pasado.

—¿Qué métodos?

—Dejalo ahí.

Ponzi lo miró sorprendido, le pareció que el pibe estaba un poco loco, y en cierto modo, para viajar con un viejo al que seguían a los tiros, debía estarlo.

8

La ciudad de Villaguay comenzaba a encender las luces. Del capot todavía salía un poco de humo, pero no tenían plata para otro mecánico. Lo único que le importaba a Ponzi era cumplir con el pedido de su amigo y regresar a Buenos Aires cuanto antes. Después de los sesenta, estar dos días fuera de casa era como seis meses a los veinte, pensó.

Los negocios con las persianas bajas, los chicos jugaban a la pelota y se daban vuelta para mirar al Sierra que llevaba un farol colgando y el parabrisas trasero astillado. Maru dijo que podía conseguir que arreglaran el auto, pero el ex Teniente besó el volante, y dijo que el Sierra aguantaría hasta su vuelta a Buenos Aires.

En la avenida principal le preguntaron a un viejo que tomaba mate en la vereda, cómo llegar al Juzgado de familia y menores. El paisano se acarició la barbilla y con el pulgar hacia atrás les indicó que doblaran en la primera esquina.

Hicieron dos cuadras y pararon a la altura que decía el papel, delante de un portón cerrado de un edificio de dos pisos. Ponzi le preguntó qué día era.

—Do...min...go —le contestó el pibe dudando.

—Claro —dijo Ponzi, y apoyó las manos sobre el volante —. ¡Qué pelotudo, cómo no me di cuenta!

—¿Y ahora qué hacemos?—quiso saber Maru.

—Yo voy buscar un lugar donde dormir, ¿te dejo en la terminal?

—A esta hora no debe estar ni el que limpia.

Ponzi miró su reloj. Empezaba a oscurecer.

—Recién son las ocho y media, pibe.

—¡Qué te pensás, que hay colectivos a cada hora como en la Capital...!

—No sé ni me importa, habíamos dicho que te traía hasta acá y cumplí, así que...

—Está bien, está bien, dejame en la esquina que me voy a buscar un hotel.

Ponzi hizo un repaso mental de la plata que le quedaba. Poca, muy poca, y necesitaba dormir en una cama.

Cuando Maru estaba a punto de bajarse, le apoyó una mano en el hombro.

—Pará, pará. ¿Dónde vive tu abuela?

—En Esperanza.

—¿Dónde carajo queda eso?

—En Santa Fe.

—¿No me pediste que te dejara en Villaguay?

—Algo es algo, al menos me acerqué un poco.

Ponzi se rascó la cabeza, bebió lo que quedaba de agua en la botella, y le propuso que si pagaba el hotel, después de dejar el portafolio en el Juzgado, lo llevaría hasta la ciudad de la abuela.

Maru se alegró, pero al sacar del bolsillo los billetes que le quedaban, la sonrisa se le borró.

—Tengo cuarenta y tres pesos.

Ponzi hizo una mueca de resignación.

—Vamos a tener que buscar uno bien barato.

Dieron vueltas por las calles apenas iluminadas. Tenían hambre pero no podían pensar en eso hasta conseguir una habitación. A lo lejos vieron una marquesina roja que decía “Hotel”, y debajo

el dibujo de una estrella.

—Este es el nuestro —dijo el pibe.

Ponzi estacionó en la puerta. En la recepción había dos sillones de pana alrededor de una mesa ratona y una lámpara de metal con pantalla oscura. Detrás de una barra de madera se acodaba un hombre que parecía un polaco perdido en la Mesopotamia. Maru le preguntó por una habitación con dos camas. El tipo revisó la planilla y les dijo que solo tenía una matrimonial.

—¿Y cuánto cuesta? —se interesó el ciclista.

Ponzi se dio vuelta y enfiló para la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó Maru agarrándolo del brazo.

El ex Teniente se lo sacó de encima de un tirón y se refugió en el Sierra.

—Me quedo —le afirmó Maru al polaco, luego de escuchar una tarifa que podía pagar.

Se dio una ducha larga y se puso a preparar una sopa instantánea con un calentador eléctrico que sacó de la mochila. Transpiraba. Pasadas las diez pensó en salir a dar una vuelta. El Sierra seguía en el mismo lugar. Se acercó a la ventanilla, y vio a Ponzi recostado en el asiento.

—Preparé sopa —le avisó golpeándole para que bajara el vidrio.

El ex militar se incorporó de golpe, tenía los cachetes rojos por el calor y los ojos emocionados porque había escuchado a Yupanqui en el pasacasete. Se refregó la cara con las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó el ciclista.

—Sí.

—No podés dormir sin comer algo. ¿Por qué no subís a tomar sopa?, todavía debe estar tibia.

—Insisto, a vos te hubiera venido bien el servicio militar.

—Pero ya no existe, viejo, dejate de hinchar con eso —le dijo, y abrió la puerta del Sierra para que no tuviera opción.

Ponzi lo miró con odio, pero cedió. Pasaron por delante del polaco mesopotámico, atravesaron el pasillo de alfombra roja con quemaduras de cigarrillos, y llegaron al segundo piso por escalera. Ponzi apoyó el bolso y el portafolio sobre la cama. Aprovechó para estudiar sus dimensiones: 1,40 de ancho, máximo. Pensó que ahí no podría dormir. Con el pibe al lado, claro.

Maru le acercó un vaso de sopa recalentada.

—¿Anda ese aire de mierda? —se quejó Ponzi.

—No creo que haya funcionado nunca.

Al rato cada uno estaba recostado en las puntas de la cama. Maru se puso a hacer zapping hasta detenerse en una imagen que mostraba a varios presidentes sentados en un salón de las Naciones Unidas. Cuando la cámara enfocó a Néstor Kirchner, le preguntó qué le parecía.

—Ya te dije, pibe, me retiré de la política.

—Yo espero que le vaya bien.

—¡No creo, no lo apoya ni la mamá, ganó con el 23 por ciento de los votos!

Maru sonrió, y abrió un paquete de galletas saladas.

—Pero ganó, ahora depende de él.

—Che, —dijo Ponzi, sin darle importancia al comentario —¿Tenés celular vos?

—No, cada peso que gano lo invierto en el ciclismo.

—Claro, claro —le dijo como si estuviera frente a un loco.

—Hablando de guita —dijo el pibe—, me queda la gran suma de quince pesos con veinticinco centavos.

El ex Teniente metió las manos en los bolsillos.

- Entonces, entre los dos sumamos cuarenta y cinco.
—¿Nos va a alcanzar para la nafta?
—No sé, mañana vemos, quizás le puedo manguear algo al fiscal.
Maru se levantó, caminó hasta el baño.
—Pibe... —lo llamó Ponzi estirándose en la cama.
—¿Podrías llamarme por mi nombre alguna vez?
—No, no puedo. ¿José era?
—Sos cabeza dura, eh.
—¡Mirá quién habla!
—Bueno, dejémoslo ahí.

Ponzi cambió de canal, ahora la pantalla emitía en colores flúor a unos jóvenes de melenas largas que hacían rugir guitarras eléctricas. Después pasó por un dibujo del Pato Donald vestido de cartero, y terminó en un canal local donde un hombre bien peinado anunciaba los datos del tiempo.

—Va a seguir haciendo calor, parece.

Maru se deslizó como una serpiente hasta la cama. El ex Teniente se sobresaltó.

—No te voy a comer, tonto. ¿Qué me ibas a decir?

Ponzi lo miró como si el chico fuera un perro rabioso.

—Te iba a preguntar por qué los ciclistas se afeitan las piernas.

—Para evitar infecciones en caso de caída. No tenés cura vos, eh. Seguro pensás que los ciclistas somos todos putos ¿no? ¿Los militares tienen así de cuadrada la cabecita? —y sin darle tiempo a contestar, estiró las piernas como si fuera una sirena queriendo seducir a la tripulación de un barco pirata.

—Una seda, mirá, tocalas.

—No te pases, pibe —le advirtió Ponzi, y le dio la espalda. Muy a su pesar, se quedó dormido en pocos minutos, con el recuerdo de Susana deformando el sueño, una sensación de estar a fines de los sesenta en la fiesta del edificio Libertador, queriendo seducirla a pesar de estar con el Teniente General del Ejército. Él era Teniente Primero y se había ganado fama de hombre serio, pero esa noche las palabras le brotaban como el agua de una fuente. Las copas de champagne habían hecho más efecto de lo esperado. Preguntó por ella a los que lo rodeaban, todos coincidieron en recomendarle que se olvidara, pero Ponzi no podía quitarle la vista de encima: Susana era alta, de piel transparente, ojos celestes y pelo rojizo. Cuando las corbatas se desajustaron y las ganas de estirar las piernas se hacían inevitables, la vio levantarse de la mesa que compartía con el Teniente General del Ejército y otros miembros superiores de la fuerza, y caminar hasta el balcón que daba al jardín interno. No dudó en ir tras ella, abrió el ventanal, y se acodó en la baranda a su lado. Le hubiera gustado ser un militar resuelto como los de las películas de guerra que tanto conocía, pero no le salió nada, o peor, las frases pensadas le sonaban a órdenes; prefirió permanecer callado y disfrutar de su compañía mirando el silencioso jardín. Metió la mano en el saco en busca de los cigarrillos, ella lo miró como si recién notara su presencia. “Usted no parece militar”, le dijo, y cuando iba a agregar algo más, el Teniente General del Ejército irrumpió por el ventanal como si fuera Humphrey Bogart entrando al Ritz. La llevó a la pista de baile con una sonrisa amplia y de ocasión. Ponzi quedó fumando sobre la baranda viendo cómo al alejarse ella encontraba el momento para girar la cabeza y dedicarle una mirada.

Apagó el pucho con la suela del zapato, una tarjeta con un número de teléfono brillaba en el piso.

Despertó con el primer haz de luz. Corrió el brazo de Maru de encima de su abdomen, y se metió en la ducha. Cuando volvió, el chico fue a lavarse la cara y él aprovechó para vestirse.

Luego de un humilde desayuno buscaron el Sierra y recorrieron las calles semivacías hasta estacionar delante del juzgado. Eran las ocho de la mañana, el sol no alcanzaba a picar y los pájaros sonaban como una alarma que invitaba a enfrentar el día.

Ponzi sacó el maletín de abajo del asiento y le dijo a Maru que lo esperara en el auto.

Una señora ancha barría el piso principal del juzgado mientras un policía fumaba y ojeaba el diario. Se acercó a un joven que le daba a la máquina de escribir, le preguntó por el fiscal Failache. Sin dejar de mirar el teclado, el funcionario le contestó que aún no había llegado. El policía lo invitó a esperar en el banco que había junto a la pared, el fiscal era un hombre puntual y no tardaría en llegar. Sacó el celular con muy poca batería, pero con un mensaje de texto en la bandeja de entrada. Escorpión le advertía: “Lo secuestraron. Rajá que van por vos”. Ponzi miró para ambos lados. Volvió a leerlo, aún incrédulo. Las piernas le temblaron, el desayuno le subió por el esófago. Corrió hasta el baño más próximo a vomitar. Después se lavó la cara y respiró profundo. Lo primero era salir de ahí.

Inventó una cara de “aquí no ha pasado nada” lo más creíble que pudo, y bajó la mini escalinata. El chico no estaba en el auto. Metió el portafolio debajo del asiento y buscó el número de Escorpión en los contactos. Pero el celular se apagó, la batería había llegado a su fin. “Mierda”, dijo y levantó la vista en busca de un locutorio.

Las calles bucólicas lo llevaron hasta un kiosco que tenía un teléfono público. Chicos con guardapolvos se gritaban de computadora a computadora sin sacar la vista de las pantallas. La cabina no tenía puerta para que el calor no fuera tan intenso. Después de ser transferido a través de varios sectores, logró que lo comunicaran con la oficina de Escorpión.

—¿Si?

—Cristian, ¿sos vos?

—¿Quién otro si no?

—Soy Ponzi.

—¡Ponzi! —exclamó Escorpión—, ¡escuchame lo que te voy a decir! Pueden haber pinchado la línea porque saben que anduve investigando. ¿Fuiste a buscar a Failache?

—Sí, estoy a dos cuadras del juzgado, vi tu mensaje pero murió mi celular.

—También murió el fiscal, Ponzi. Llevás S5, ¿te acordás lo que significa?

Después de unos segundos el ex Teniente dijo que sí.

—Sacátelo de encima, Manuel, quema.

Las fichas pasaban, si seguía hablando gastaría la poca plata que le quedaba. Cortó. La herida en la ceja comenzaba a cicatrizar, pero las piernas le pesaban tanto como la incertidumbre. Hubiera dado lo que no tenía por estar en su casa, sin más preocupaciones que acomodar las pantuflas debajo de la cama.

Volvió al auto, cabizbajo, con la mente nublada de especulaciones. No lograba dejar de pensar en Andrada y su deseo de entregar S5 a un fiscal de la provincia, justo antes de su retiro. Lo más seguro sería quemar el maletín y tomarse unas largas vacaciones en algún lugar oculto, pero algo que no podía controlar en su interior, lo hizo seguir adelante.

De vuelta en el Sierra se encontró con Maru comiendo un pancho sentado en el asiento del

acompañante. En la radio sonaba una canción de música latina. La apagó, y sin mirarlo le dijo:

—¿Adónde vive tu abuela?

—En Esperanza, ya te conté.

—Vamos — le dijo —, te debo lo del hotel.

—¿Qué hacés todavía con el portafolio?

—No lo entregué.

—¿Por qué no?

—El fiscal no estaba.

—Y bueno... esperemos a que vuelva.

—No va a volver.

—¿Por qué no?

—Lo mataron.

—¡Me jodés! —esta vez el chico parecía asustado de verdad.

Ponzi lo miró como diciéndole “nada más lejano a eso”.

—¿En qué carajo estás metido, viejo?

—Te dejo en la estación, pibe, otra cosa no te puedo ofrecer. Es cierto, estoy metido en algo complicado. A esta edad no esperaba pasar por algo así.

Puso el auto en marcha y circularon a baja velocidad por las calles algo más transitadas.

—¿Y la nafta? —le preguntó el pibe.

Ponzi se tomó unos segundos en contestar.

—Te llevo hasta donde alcance ¿querés? No creo que sea mucho —le dijo y se quedó con la mirada perdida en la llanura que se abría a ambos lados de la ruta. Volvían a ver alambrados, mojones de cemento, banquina...

Al mediodía pararon en un puesto de sandías. Comieron sentados sobre el capot. Si no podía cumplir con el encargo de su amigo, que el viaje sirviera al menos para que el pibe visite a su abuela. Volvieron al auto. Arrancaron. Había lagunas producidas por la inundación. El sol se reflejaba en el agua.

—No puedo creer lo que le pasó al fiscal —le comentó Maru.

—Lo deben haber chupado.

—¿Chupado?

—¿Sabés lo que significa?

El pibe se tomó su tiempo, después lo miró de costado:

—Sí, lo que hacían los milicos.

Ponzi no le contestó, la vista siempre clavaba en la ruta.

—¿Vos tamb... -intentó preguntar el chico.

—¡Yo no soy ningún hijo de puta! —gritó Ponzi con las manos aferradas al volante. Aceleró a fondo, el auto perdió el control, atravesaron la banquina. Maru intentó enderezarlo con ambas manos, pero no pudo evitar que se estrellaran contra un montículo de tierra. Otra vez humo saliendo del motor.

10

Cuando Maru abrió un ojo se encontró con un caballo pastoreando a metros del auto. Lo sorprendió un golpecito en la ventanilla. Parpadeó sobresaltado, y se llevó las manos a la cara intentando recordar dónde estaba. Abrió la puerta, un paisano lo ayudó a bajar. Con pasos tímidos dio la vuelta alrededor del Sierra para revisar los daños, el golpe había dejado al motor en ruinas. Después fue a ver cómo estaba Ponzi: tenía la mano aferrada al portafolio y le corría una línea de sangre por la frente. El paisano le pasó un pañuelo, Maru se lo puso en la cabeza, y Ponzi abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo, pibe? —refunfuñó.

—Te limpio la herida ¿no ves?

Ponzi lo miró serio, se bajó y le dedicó una mirada parca al hombre de campo. Inspeccionó el estado del Sierra con el ceño fruncido, hizo un gesto como de rayo horizontal con el brazo para que se corrieran y volvió a sentarse dentro del auto. Giró la llave de contacto, imploró a Dios, pero no hubo caso. Lo intentó tres veces con el mismo resultado. El motor emitía un mínimo grito de ahogado y luego se quedaba mudo.

—Es inútil, Don, está acabado —le dijo el paisano.

Ponzi le clavó una mirada asesina. El tipo creyó oportuno subirse al caballo y alejarse.

Maru se sentó en el asiento del acompañante. Los arbustos danzaban con la brisa. Eran las dos de la tarde, el sol invitaba a quedarse entre cuatro paredes.

De repente Ponzi salió corriendo por la banquina y le pidió al hombre que se detuviera. El tipo tiró de las riendas hacia atrás, y se lo quedó mirando. El ex Teniente le preguntó cuánta plata llevaba encima. El paisano abrió grande los ojos, le dijo que había tenido una mala noche de truco y que apenas contaba con unos pesos para alimentar “a los gurises”.

Ponzi puso los brazos en jarra sobre la cintura.

—Está bien —le dijo —, te lo cambio por dos platos de comida.

El hombre lo miró con sus ojos negros, penetrantes, hasta que una mueca de aceptación seguida de una sonrisa selló el acuerdo.

Ataron el Sierra con nuevos tensores que Ponzi extrajo del baúl y el pobre caballo lo empezó a arrastrar a lo largo de un camino de tierra que luego de dos kilómetros desembocó en el rancho de adobe del paisano.

Dos niños salieron a su encuentro precedidos por una morocha de pelo largo y lacio con facciones dulces como el atardecer. Su delgadez le permitía lucir sin tapujos una bombacha de campo y una camisa floreada sin mangas. Con una sonrisa amplia y de dientes materos les ofreció unas galletas caseras y hospitalidad sin preguntas.

Se sentaron en un banco junto a la cuna de un bebé; otro, de unos tres años, hacía deslizar un autito de madera por la mesa. Los “gurises” resultaron ser cuatro.

Maru sacó de la mochila un chupetín y se lo ofreció al más grande, pero la madre amablemente le explicó que no acostumbraban.

Después de comer empanadas y tomar vino de damajuana, el paisano les dijo que si se quedaban a pasar la noche, por la mañana podía ayudarlos a cruzar la parte inundada de la ruta que iba hacia Santa Fe. Ponzi miró la hora. La morocha sonrió para que no pudiera negarse. Maru largó un eructo y los niños rieron. Los adultos también, menos Ponzi que no veía la hora de volver a su rutina porteña.

Se acostaron sobre unos catres que la mujer les preparó en el comedor, luego de correr la mesa, las sillas y la mesada. Ponzi se sintió avergonzado, la intensa luz de las estrellas y el canto de los grillos le impedían conciliar el sueño. Se puso a probar distintas combinaciones del portafolio, sabía lo que era S5, pero quería leer en detalle la documentación para ver quiénes estaban involucrados.

A la mañana la mujer del paisano les preparó mate y tostadas con manteca y dulce. Maru lucía fresco. Ponzi tenía la mirada apuntando hacia la llanura de la Mesopotamia.

El paisano se acercó arriba del caballo y les dijo que podían partir.

—¿Los tres en el mismo? —se sorprendió Maru.

—No, qué va, ahora traigo al petiso —dijo el tipo y volvió del establo con un caballo enano de pelo marrón que no dejaba de buscar pasto para comer.

Ponzi rodeó al Sierra sin dejar de mirarlo. Con la mochila al hombro, Maru se le acercó.

—No vayas a olvidarte el bolso, Manuel.

Ponzi se limitó a dar una larga pitada.

—Hace treinta años que lo tengo.

—Qué te parece si vamos yendo, así no lo hacemos esperar —señaló para donde estaba el paisano, pero el ex Teniente seguía mirando el auto. El chico tuvo que agarrarlo del brazo.

Se despidieron de la familia y emprendieron una cabalgata a paso de hombre por un camino embarrado, la tierra no terminaba de absorber el agua de la creciente del Paraná. El sol producía espejismo, en la superficie asomaban los bordes de los palos de los alambrados, el resto estaba bajo el agua. A los caballos les llegaba hasta la panza, daban pasos lentos y temblorosos guiados por el paisano. Cada vez que se quedaban quietos, les daba un tacazo. Ponzi iba con los pies chapoteando. La laguna tenía las dimensiones de un estadio de fútbol, era larga pero no tan ancha; sobre el pastizal vieron un auto y a dos tipos que los observaban con binoculares. Ante el primer disparo el caballo del paisano se sacudió y los mandó al agua. Ponzi se dejó caer para protegerse de la balacera. El paisano sujetó las riendas y logró que el caballo lo arrastrara frenético por el ruido de las balas. El petiso huyó en dirección contraria. Maru se aferró a la espalda del ex Teniente.

—Sumergite.

—¿Qué?

Ponzi le apretó la cabeza y lo obligó a meterse debajo del agua; con una mano sostenía el portafolio y con la otra braseaba hacia adelante. Maru iba colgando sobre él. Patalearon hasta alejarse de la zona de los tiros. Cada tanto salían a la superficie para respirar y volvían a sumergirse tratando de ganar metros en dirección a los pastizales.

En el borde de la laguna se quedaron en cuatro patas para que el agua los camuflara. Ponzi le señaló el monte que nacía en el frente y a la cuenta de tres le ordenó correr hacia ahí. Alcanzaron a protegerse detrás de un tronco. De a poco los disparos se extinguieron.

—¿Y ahora? —le preguntó Maru mientras veían que los tipos se subían al auto y se perdían en el horizonte.

—Seguimos —dijo Ponzi con los zapatos llenos de barro.

—Pero... ¿de qué manera?

—Caminando, ¡cómo va a ser!

Avanzaron en silencio, matando mosquitos, esquivando charcos, pozos, lagartijas, iluminados por el encendedor que andaba de milagro porque estaba mojado. En el agua habían quedado las mochilas con la ropa, pero el portafolio seguía colgado de los dedos de Ponzi. Después de tres

horas de andar, encontraron un árbol donde recostarse. Armaron un pequeño fuego y se miraron como diciendo “esto es lo mejor que podemos conseguir hoy”. El chico se durmió pronto, pero el ex Teniente se quedó boca arriba meditando bajo las estrellas.

11

La pileta tenía los bordes blandos como los relojes de Dalí. “Es posible la felicidad”, le decía Maru y se tiraba de panza al agua. Unos motores invisibles creaban olas constantes y poderosas. Sobre el final se veía una caída pronunciada, hacia donde se dirigía el chico, que por cómo sacudía los brazos dejaba en evidencia que no sabía nadar. Ponzi lo miraba preocupado, sin lograr que el cuerpo le respondiera. No lograba quitarse el chaleco para tirarse al agua, lo tenía como adherido con pegamento. Tampoco podía levantar los pies del piso. Maru sonreía. Los separaban un metro, si cada uno estiraba el brazo podían tocarse. “Se puede ser feliz”, repetía Maru, “los problemas no son problemas, Ponzi, son circunstancias, nada parece tan engorroso como lavarse los dientes tres veces por día y sin embargo lo hacemos”.

Ponzi seguía viendo cómo el chico iba hacia el precipicio sin poder hacer nada. Despertó agitado.

—¿Estás bien? —le preguntó Maru.

—Creo que sí.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No sé.

Había amanecido. Maru lo ayudó a levantarse. Orinaron detrás del árbol y buscaron la ruta corriendo las ramas con un palo.

—Nadás bien.

—En el Ejército aprendés de todo.

—¿A matar también?

—También —dijo Ponzi, luego de dudar un segundo.

—Y a salvar vidas, ¿o eso lo aprendiste solo?

—Vos deberías aprender a nadar. Yo te enseñaría, pero vivimos lejos y estoy viejo.

Después de andar durante horas por los matorrales dieron con un camino asfaltado. Ponzi quiso prender un cigarrillo para espantar a los mosquitos pero el paquete estaba mojado. Maru, en calzoncillos, escurría las calzas.

Al ver que un auto se acercaba, le dijo que podían hacer dedo, pero Ponzi le ordenó que corriera a esconderse con el portafolio. Cuando el vehículo paró, lamentó que su intuición no fallara. Los bigotudos bajaron apuntándole con los revólveres.

—Aristoi y Wanax, Comando Ejecutivo 2 de Abril —dijeron y le pidieron el portafolio.

—No lo tengo.

El gordo Balanza se asomó por la ventanilla.

—Súbanlo, ya vamos a hacer que hable.

Antes de que arrancaran, Ponzi alcanzó a ver la melena rubia de Maru asomada detrás de un arbusto.

El auto tomó por un camino de ripio y luego de andar un par de kilómetros se detuvo frente a un galpón. Lo obligaron a caminar por un pasillo oscuro y lo encerraron en un cuarto con catre y silla.

Aristoi prendió la luz.

—Pensar que fuimos colegas —le dijo apuntándole con el revólver.

Ponzi sentía la boca pastosa, antes de que un soldado lo atara a la silla, distinguió un escarapate de ventilación en el techo.

Balanza apareció dando un portazo, acompañado por Wanax.

—¡Querido, Ponzi! —le dijo con un potente tono de voz.

Ponzi sabía lo que venía, había realizado varios interrogatorios durante su época como Teniente Coronel. Su método era duro pero no tanto como el que se aplicó a partir del golpe del 76. Nunca usó la picana, cuando le ordenaron que lo hiciera para sacarle información a un montonero capturado, presentó la renuncia indeclinable al Ejército. Los mandos superiores lo invitaron a rever su decisión, le explicaron lo que él ya sabía: que era una guerra interna, que luchaban contra el demonio, que querían instaurar el comunismo, que lamentablemente había que utilizar todos los métodos posibles... Pese a todos los argumentos y amenazas indirectas, esa fría noche de agosto de 1976, dejó de pertenecer al Ejército y se llamó a retiro.

Su vida dio un giro de ciento ochenta grados. Pasó al más profundo ostracismo. Salía solo a comprar lo indispensable, el resto del tiempo lo dedicaba a leer poesía, escuchar música y ver crecer a Martín, su hijo. Suponía que Videla no duraría mucho, pero pasaban los años y los crímenes de Estado se agudizaban cada vez más. Deprimido, se dejó crecer la barba y el pelo, se volvió un ermitaño que no quiso ni siquiera seguir en contacto con sus viejos amigos de póker. Pasó días enteros durmiendo, viendo programas de chimentos en la televisión. Llegó a pensar en colgarse con una soga o conseguir una pistola y pegarse un tiro, pero la depresión no le permitió ni siquiera esa posibilidad. Una mañana se miró al espejo y se encontró parecido al Che Guevara. Fue tal la impresión, que ese mismo día se dijo que tenía que hacer algo con su vida.

Empezó saliendo a caminar por Parque Centenario, después se animó a ver una película en el cine del barrio y finalmente tomó el hábito de recorrer la Avenida Corrientes en busca de libros baratos. Nunca se permitió tomar un café en La Giralda “ese reducto de subversivos”. Se anotó en clases de tenis en Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, pero llegados los noventa no pudo seguir pagando la cuota. Con los pocos ahorros que le quedaban se compró el Sierra modelo ochenta y tres. “A un hombre puede faltarte plata para las expensas, pero jamás un auto”, sostenía. Lo que le faltaba era compañía. Alejado de la mayoría de los viejos colegas, y sin reconstruir su vida sentimental, volvió a encerrarse entre cuatro paredes. Se convirtió en un melómano gracias a los casetes que le pasaba Andrada con lo mejor del folklore argentino. A Horacio Guaraní no lo toleraba, cantaba bien, pero era demasiado zurdo. Sin embargo, el que lo emocionaba hasta hacerlo moquear era Atahualpa Yupanqui, otro “zurdito”, pero formidable.

Tomó la costumbre de asistir a las proyecciones del centro de estudiantes, corrían los años noventa y su trunca jubilación (no había reunido la cantidad de años necesaria de aportes), le impedía disfrutar de los modernos complejos cinematográficos que habían construido en los shoppings. Se paseaba por el cine Lorca y el Cosmos, que cobraban barato y daba películas de autor, pero la Facultad le quedaba a pocas cuadras y era gratis; alguna que otra vez enganchó un ciclo de cine de la Novele Vague o de neorrealismo italiano, pero cuando pasaban cine político revolucionario, salía con los pelos de punta.

12

—¿Dónde está el portafolio? ¡¿Dónde está?! —le gritaba el gordo Balanza rodeado por Wanax, Aristoi y el soldado.

Ponzi se mantuvo en silencio.

—No seas pelotudo. Hablá.

—¿Qué pasa? ¿Tienen miedo de ir en cana? —alcanzó a decir con la voz rota de dolor.

El gordo levantó la mano pesada y le estampó un sopapo que le dio vuelta la cara.

—No te hagás el héroe, maricón, no van a conseguir nada, nos vamos a ocupar de hacer desaparecer cada prueba.

Ponzi se dobló sobre la silla. Tenía la cara hinchada y le sangraba el labio.

El gordo le ordenó al soldado que le acercara esa especie de celular primitivo con dos patitas parecidas a las de un enchufe, llamado picana. “Castigo sin perdón”, “Viva Perón”, “Viva el cáncer” pintado en las paredes de las fábricas, los allanamientos a punta de pistola, las detenciones en plena madrugada en casillas verdes de la General Paz, las requisas en colectivos, los pelilargos detenidos por tener el pelo largo, los palazos para abrirles las piernas y que se dejaran palpar... difusos recuerdos de su época en el Ejército se le cruzaron por la cabeza cuando le dieron el primer shock. Luego viajó a una especie de paraíso, como si su mente buscara consuelo recordando los mejores momentos de su vida: Susana sentada en una plaza con Martín en brazos, las mañanas con orgullo enfrentando el entrenamiento militar, el primer diez en el colegio, la pulpo entrando por donde duermen las arañas en un picado, el beso a oscuras a la primera novia en la fiesta del club, la medalla al mejor desempeño en el Regimiento Patricios, y luego un zumbido, una interferencia, una piedrita metida en el zapado. Quería seguir soñando, sobre todo ahora que Susana golpeaba la puerta y pedía volver.

De tanto “pssst, ppsht, pssst” terminó por abrir los ojos.

—Acá, arriba, acá —repetía Maru detrás de la reja de ventilación.

—¿Qué hacés ahí? —le dijo Ponzi levantando la cabeza. —¡Mirá si serás pelotudo, eh!

—Parece que te hubiera pasado un tractor por encima —le dijo el pibe sin rasgos de temor en la voz, y desapareció.

Ponzi apoyó un brazo sobre el catre. Pudo verse las marcas de la picana a los costados del abdomen, en el pecho, en las costillas. Tenía un ojo morado y sangre hecha costra en el labio. Se levantó y fue hasta la puerta a buscar la camisa. Se preguntó a dónde estaría el pibe. Movié el picaporte. Cerrado. Deseaba un cigarrillo tanto como salir de ahí. Pensó en el portafolio. Volvió a recostarse.

De pronto se abrió la puerta, el soldado apoyó un plato de arroz y un vaso de agua en el suelo. Maru le saltó encima como un gato y le aplicó una patada en la cabeza que lo dejó inconsciente. Ponzi aprovechó para sacarle la pistola.

—Por la tubería —dijo el pibe y le pidió que le hiciera piecito para alcanzar el escaparate desde donde había saltado. Una vez arriba, se dio vuelta y extendió los brazos para ayudarlo a trepar; Ponzi no terminaba de entender lo que estaba pasando. Al subir se le cayó el revólver. No creyó conveniente volver a buscarlo. Avanzaron cuerpo a tierra, el pibe se movía como un ratón, pero a Ponzi le costaba desplazar su metro ochenta. Al final del trayecto vieron la luz del día a través de la reja. Maru la hizo volar por el aire de una patada. Ponzi sintió que volvía a vivir. Se arrojaron sin pensar en los metros que los separaban del suelo, después corrieron, corrieron sin

mirar atrás, pero al rato, con las manos apoyadas en las rodillas, se detuvieron.

—No puedo más —le dijo Ponzi y se dejó caer sobre el pasto.

Maru pensó que debía estar muy mal para que no preguntara por el portafolio. Se lo quedó mirando como a un perro perdido, le estudió las heridas, buscó algo con que limpiarlo, pero solo había tierra, ramas y hojas sucias. Cuando el ex Teniente cayó rendido, pensó en salir corriendo a buscar el portafolio, pero él también estaba cansado. Se echó a dormir.

Al abrir los ojos, enceguecido por el sol de la mañana, vio a Ponzi mordiendo pasto recostado sobre el hombro.

—¿Querés?

—Tonto, ahora te vas a morir de sed.

Como si fuera un mago, Ponzi sacó de atrás de la espalda media botella de plástico con agua marrón.

—Yo de ahí no tomo ni loco.

—Entonces el que se va a morir sos vos. Agarrala, dale.

Maru lo miró con el ceño fruncido, aceptó mojarse los labios.

—¿Cómo hiciste para encontrarme? —le preguntó Ponzi.

—No fueron lejos, los miré desde un árbol.

—¡Te podrían haber matado!

—No pensé en eso.

—¡Una locura! Mirá si te picaneaban...

—¿Te torturaron? —se sorprendió Maru.

—Están desesperados por tener el portafolio.

—Debe haber mucha guita.

—¿Seguís pensando eso? Ya te dije que hay otras cosas importantes.

El pibe bajó la mirada.

—¿Dónde está el portafolio? —quiso saber, Ponzi.

—No me acuerdo.

—¿Me estás jodiendo?!

—No.

Ponzi se alejó unos metros meneando la cabeza. Cuando volvió, Maru no estaba.

Las pantorrillas le resaltaban en su pequeño cuerpo de piel dorada. Iba rememorando las pedaleadas junto a su padre. Quería competir en el Tour de France por él, porque su padre le había transmitido la pasión por la bicicleta. Recordó la época en que los compañeros de clase le gritaban “maricón”, y él le decía que no les diera bolilla, que hiciera lo que le gustara, que siguiera su deseo. También recordó a su madre, una persona tranquila que no se alarmaba por la falta de dinero, en verano agarraba dos mudas y se tomaba el tren a Buenos Aires para trabajar en casas de familia. Volvía con regalos, la revista “Gente”, “Para Ti”... Maru se sorprendía con las fotos de hombres en calzoncillos, pero desde chico el objeto máspreciado fue la bicicleta. ¡Qué bronca perderla por culpa del viejo! ¿Y el portafolio ese de mierda? ¿Y si lograba abrirlo y se rajaba a oler billetes a París comiendo una baguete a la vera del Senna? ¿Y si le pedía que lo acompañara? Seguramente sacaría a relucir su moralina.

Llegó al lugar de la captura con un cosquilleo en el cuerpo. El portafolio estaba detrás del arbusto donde lo había dejado. Se pasó el brazo por la frente transpirada y trató de abrirlo. Suponía que no debía ser un número al azar, los militares no funcionan así. Quizás alguna fecha

patria. Tironeó enfurecido por el hartazgo de soportar viejos babosos, panzas que lo aplastaban, mal aliento, olores hediondos. Era hora de hacerse de una buena cantidad de dinero para empezar otra vida. De los trabajos que intentó cuando los padres pasaron a mejor vida, el peor fue el de recolector de cosechas: en un mes casi no podía agacharse del dolor de espalda y lo que le pagaban apenas le alcanzaba para comer. Notó que cuando volvía del colegio algunos tipos le tocaban bocina desde el auto y le sacaban la lengua o le guiñaban un ojo o hacían un gesto con la cabeza invitándolo a subir. Él no respondía, bajaba la mirada y aceleraba el paso. En una oportunidad, tuvo un noviecito que ganaba mucha plata yendo a dar vueltas con los “clientes”. Le dio repugnancia, pero necesitaba comprar una bicicleta profesional, una con la que pudiera competir de verdad. Se había anotado en la “Vuelta de San Juan” y ni siquiera tenía para el colectivo. Tenía diecisiete y los trabajos que conseguía eran por dos migajas. Una tarde se paró en la esquina a ver qué pasaba. En diez días juntó para una bicicleta nueva. ¿Vender sexo o fuerza de trabajo? ¿Qué es peor? Decidió volver a trabajar en las cosechas y adiós al dinero fácil y al boleto para poder visitar a su abuela.

Con el portafolio apretado contra el pecho, chocó con un ligustro. Corrió las ramas y vio una austera plantación de pepinos. Se quedó unos segundos mirándolos, pensando en Ponzi, en sus labios finos, en su piel áspera. Después empezó a correr. ¡La millonada que debe tener este portafolio!, se convencía mientras las hojas filosas le pinchaban las piernas. No más lamento, no más carencias, no más frustraciones, el Tour de France a la vuelta de la esquina, solo entrenar y la gloria asegurada, porque lo había visto en las películas, el que se esmera, el que se esfuerza, aquel que cumple con la ley y es ordenado logra el cometido, llega a la meta. Pero mientras huía se le colaron imágenes menos agradables, tenían que ver con un viejo masacrado, perdido en el bosque, sin plata, sin comida, sin portafolio...

Hizo el camino de vuelta con los pies hinchados. A modo de consuelo, se dijo que quizás en el maletín solo había documentación inservible.

Lo encontró durmiendo debajo de un tronco.

—¿Por qué no lo abrís y te dejás de joder? —le dijo.

Ponzi se acurrucó como si fuera a recibir una golpiza.

—¡Qué te pasa, viejo! Soy yo.

El ex Teniente le sacó el portafolio de un tirón.

—En vez de agradecerme... yo no quiero nada, quedátela vos, pero dejemos de correr como dos delincuentes —le recriminó, Maru.

—Los delincuentes son los que nos siguen.

—¿No te da curiosidad, al menos?

—La única curiosidad que tengo es saber por qué mierda me tuve que topar con vos.

Se pusieron a caminar en busca de una ruta, un camino, de alguien que pudiera sacarlos de ahí antes de que se hiciera de noche. El hambre empezaba a ser un problema, masticaron algunos yuyos con cuidado de no ingerir una planta venenosa. Dos horas más tarde encontraron una ruta con el asfalto carcomido. Las rayas amarillas lucían entrecortadas, como si las hubieran serruchado. El cielo estaba encapotado pero seguía haciendo calor. Lo peor era la deshidratación. Maru se acordó de los pepinos, le sugirió visitar la plantación. Ponzi no estaba en condiciones de pensar en nada.

Al llegar al invernadero, le preguntó si efectivamente se trababa de pepinos.

—No, consoladores, ¿no te diste cuenta de que es un sexshop?

Ponzi tuvo ganas de pegarle una trompada, pero se contuvo.

—Mirá allá —le dijo.

—¿Adónde?

—Allá, la luz.

Siguieron un sendero con huellas humanas hasta un alambrado que rodeaba una casa con las luces encendidas. El ladrido de unos perros los hizo retroceder, y un tronco atravesado los mandó al piso.

—¿Quién anda ahí? —gritó una áspera voz de mujer.

Maru intentó levantarse pero el caño de una escopeta y la amenazante presencia de los perros, se lo impidieron.

—¿Este nene quién es?

—Hola —dijo Maru.

—¿Y este viejito?

—No somos ladrones —se apresuró a explicar Ponzi.

—Mmmm —murmuró la mujer, alta, morruda, de pelo negro enrulado.

Se pusieron de pie sin que ella dejara de apuntarles. Tenía marcas de haber sufrido un severo acné; sus ojos eran negros, vivaces. Debía andar por los cincuenta.

Cuando le contaron que llevaban dos días sin comer y que tenían que entregar el portafolio a un fiscal desaparecido, los invitó a pasar a un living con ladrillos a la vista. El piso tenía grandes baldosas, del techo colgaban varios helechos. Se sentaron en unas sillas rasgadas por los perros. Ella fue a la cocina y volvió con dos sándwiches de pollo y pepino.

—Disculpen lo de la escopeta, pero en estos días... una no sabe con qué se puede encontrar.

Ponzi asintió.

—¡Está muy bueno! —le dijo Maru masticando el sandwich.

—¿Te gusta? Le puse bastante pepino —sonrió y dejó ver un diente dorado—. En realidad es más que nada un pasatiempo para no aburrirme, porque desde que mi marido partió —dijo mirando hacia arriba—, los días se me hacen eternos cuando no estoy en la ruta. ¿Vos qué hacés?

—Soy ciclista, quiero correr en el Tour de France.

—¿Y eso?

—La competencia de ciclismo más importante del mundo.

—Qué lindo—. Y tu abuelo, ¿a qué se dedica?

—¿Mi abuelo? —Maru rió—. No es mi abuelo, es militar.

—Ex militar —aclaró Ponzi.

—Ah. Qué interesante, debe ser todo un caballero —y se tocó el pelo como si le indicara el corte al peluquero—. Esto hay que celebrarlo, señores.

Abrió una botella de vino.

—Vamos a brindar.

—Yo no tomo —dijo Maru.

—Muy bien, sos deportista.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el chico comiendo las últimas migas de pan.

—Alicia. ¿Y vos?

—Maru.

—Me gusta esa determinación —le dijo y le guiñó el ojo—. Bueno, General, entonces tendré que brindar con usted. Arriba esa copa.

Ponzi no tenía ganas de tomar alcohol, pero menos de desahuciarla.

—Se llama Manuel Ponzi —dijo Maru.

—Manuel Ponzi, lindo nombre. Juan Domingo Perón, Manuel Sábado Ponzi, ¿qué le parece?

—¿Me está comparando con Perón?

—No, pero siempre me gustaron los militares, y los peronistas más... pero no vamos a hablar de política ahora. Vengan que les voy a mostrar a Osito.

—¿Osito? ¿Quién es osito? —le preguntó Maru.

—Está afuera. Vengan.

Rodearon la casa acompañados de un simpático coro de sapos. Alicia tenía puesto un jean ajustado, Ponzi le notó una abundante cola.

Dentro de un tinglado descansaba un camión de cinco ejes con acoplado metalizado.

—¿Y esta bestia? —exclamó Maru.

—Una preciosura, ¿vieron?

Maru lo tocó como si acariciara una mascota.

—¿Y quién lo maneja?

—Yo.

Ponzi la miró sorprendido.

—¿En serio, lo maneja usted?

—Tuteémonos, General, ya tenemos edad suficiente.

—Así que osito es el camión —dijo Maru.

—Exacto. ¿Quieren subir?

Después de acomodarse en las mullidas butacas de la cabina, les contó que su marido había sido camionero por todo el continente, en especial por el sur de Brasil, y al pronunciar ese país la cara se le transformó. Empezó a jugar con la yema de los dedos en el parabrisas murmurando el nombre de “Oscar”, como si hubiera entrado en una especie de trance alucinógeno. Maru y Ponzi la miraban sin animarse a interrumpirla. De repente levantó la voz: “La culpa la tuvo esa puta”. “Putá”, repitió con los ojos vidriosos. Maru le apoyó una mano en el hombro, pero no logró calmarla. “Esa puta lo metía en la cama cuando iba a Brasil, mi pobre Osito, tanto tiempo arriba del camión, semanas sin verme, lo entendía, es hombre, y los hombres, ¿viste?, bueno, ustedes me entienden”, dijo mirando de refilón a Ponzi. “Pero que lo dejara viajar con esa lluvia... yo jamás le habría permitido salir, lo ataba al sillón si era necesario o me cortaba las venas, por decirte algo, pero las amantes son así, cogen bien, pero quieren con resentimiento, y eso a la larga brota por algún lado”.

—¿Un accidente? —preguntó Maru.

Alicia asintió con la cabeza.

—Un derrumbe en la BR 101.

—¿Qué es eso?

—Una ruta brasilera —le explicó Ponzi poniéndole la mano en el hombro para que no hiciera más preguntas.

Se quedaron en silencio. Ponzi no sabía qué decir, y Maru se limitó a acariciarle la espalda mientras ella miraba hacia un punto fijo a través del parabrisas. Tenía los ojos rojos. Uno de los perros ladró y la sacó del letargo. “Tengo que darles de comer”, dijo. Fue como si volviera a ser la mujer alegre y vivaz que los había recibido.

Se ocupó de que estuvieran cómodos. Les preguntó si querían algo más de comer. Por la mañana debía viajar con el camión, pero ellos podían quedarse a desayunar tranquilos. Después les trajo unas sábanas y les mostró el baño. Ponzi le agradeció, le dijo que ellos también debían seguir viaje. Sonriendo, Alicia se metió en su cuarto. Cuando Manuel entró a la habitación que

compartiría con Maru, lo esperaba un pequeño botiquín sobre la cama.

A la hora del desayuno encontraron una bandeja con cuatro tostadas y un frasco de café instantáneo. “Pueden llevarlo”, decía la nota firmada que solo agregaba “buena suerte, compañeros”.

—¿Qué me decís, Ponzi?

—Buen día —y se puso a cepillar los dientes con un dedo.

—De Alicia —le dijo Maru, mordiendo una tostada —, ¿y ahora qué hacemos?

—Terminá el café y vamos —le ordenó Ponzi; antes de salir se robó un paquete de Parliament de la mesa del living, y Maru metió dos pepinos en una bolsa que adoptó como mochila.

Avanzaron por un camino rodeado de pinos opuesto al que habían recorrido para llegar al invernadero. Las hojas secas amortizaban las pisadas, el sendero se volvía cada vez más ancho, los árboles se esparcían alrededor. En un charco vieron la cola de una culebra. Ponzi se puso delante del chico, y la esquivaron por el costado sin dejar de mirarla.

Parados en la banquina de una ruta, vieron que un auto se acercaba. Ponzi quiso que Maru se escondiera con el portafolio, pero no fue necesario porque cuando les pasó por adelante aumentó la velocidad.

El ex Teniente se recostó en el pasto, y Maru se puso a dar vueltas acomodándose las calzas que empezaban a perder brillo. Pasaban camiones que al verlos huían como de la peste. El atardecer los encontró comiendo un pepino al costado de la ruta. Ponzi le contó su plan para lograr que un camionero los levantara, pero Maru le hizo un gesto de desprecio y se alejó. Sin embargo, al volver, arqueó la cintura parado en la banquina, y Ponzi aprovechó para esconderse detrás de un tronco.

Un camión que parecía iba a seguir de largo, finalmente frenó unos metros delante. Maru subió del lado del acompañante, mientras Ponzi, cuidando no ser visto, puso un pie en el estribo, y al asomarse a la ventanilla del conductor, recibió una trompada.

13

Miraba a las vacas quedar detrás a medida que “Osito” avanzaba por la ruta. Iba sentado entre Maru y Alicia, con el portafolio junto a los pies. Le dolía un poco la nariz.

—¿Cómo se te ocurre prostituir al chico? —le recriminó Alicia.

—Era solo para hacer de señuelo —se defendió.

—Yo no tengo problema —le restó importancia Maru.

—Ayyy, nene, no digas eso, no quiero escucharlo.

—¿Pero cómo, trabajaste de eso? —le preguntó Ponzi a Maru.

—Yo solo quiero ser ciclista —dijo Maru y se puso a mirar por la ventanilla.

Estuvieron un rato en silencio. Alicia cada tanto meneaba la cabeza como si aún no pudiera creerlo. Ponzi no tenía ganas de hablar pero creyó que era lo mínimo que podía hacer.

—¿Vive sola?

—¿Me viste con alguien en casa? Sos medio lelo eh. Hace diez años que estoy sola, hombres ya no quedan, querido. Ninguno como los de antes. Para estar con un perejil, mejor solita con mi alma.

Esas palabras lo incomodaron. Cebó un mate y cuando se lo pasó a la camionera sus manos se rozaron; ella volvió a menear la cabeza, pero esta vez con una sonrisa.

—Voy para el lado de Paraná. ¿Les sirve?

—¡Claro! —dijo Maru.

Ponzi se encogió de hombros.

El viento rebotaba contra la cabina generando un leve silbido. Maru jugaba con la mano fuera de la ventanilla.

Durante una hora estuvieron en un silencio apenas interrumpido cuando Alicia metía un cambio o cuando chupaban la bombilla.

—Dígame, General, ¿es casado usted?

—Divorciado —dijo Ponzi —, desde el setenta y cinco, imagínese.

—¿Nada después? —le preguntó, sorprendida.

—”Si no hay amor que no haya nada”, leí una vez en la pared de la facultad de Letras, entre otras barbaridades. Pero esa frase me gustó.

—Como todo militar, un fundamentalista, aunque en esta estoy con usted; uy, no lo estoy tuteando —dijo ruborizada.

Ponzi le alcanzó otro mate.

—¿Y cómo era ella? —le preguntó Alicia después de succionar la bombilla.

—Una bella perra —dijo Ponzi sonriendo melancólicamente—, perdón por la mala palabra, pero con usted me siento libre de hablar así, no sé por qué.

—Si realmente tuviéramos confianza, me tutearías.

—Un vicio de la academia.

—¿Y cuál fue la falla?

—La grieta, diría yo. La relación se fue resquebrajando ante cada infidelidad.

—¿Tuya?

—De ella; le faltó cuernearme con el canillita de la esquina y cantábamos “Bingo”.

—Las rupturas son siempre de a dos, Manuel, deberías saberlo a esta altura...

Ponzi asintió.

—En esa época mis energías estaban metidas en perseguir zurdos, si pasaba por casa cuatro horas era mucho.

—Mmm, los setenta.

—Y antes también, pero esa década fue nefasta, sin límite alguno. Bah, sí, la muerte de miles de personas.

—Te lo voy a decir por más que no te guste: soy peronista, yo quería la vuelta del General más que a mí misma, ¿entendés? Pero de ninguna manera avalé la violencia de los muchachos del ala izquierda.

—Veo que sabe de política...

—De historia, una no es vieja solo para tener arrugas.

—Está impecable, Alicia.

La camionera se ruborizó. El sol desaparecía anaranjado en el horizonte. Unos minutos de silencio. Maru dormía apoyado contra la puerta.

—Este silencio me hace acordar a una película —dijo Ponzi.

—¿Sí?, ¿a cuál?

—Una sobre unos forajidos norteamericanos, pero tiene un buen diálogo, déjeme recordarlo.

—Tómese su tiempo, General, es lo único que sobra en la ruta, se lo digo por experiencia.

—Era algo así: Ella y él recién se conocen y están charlando en un bar, de repente, luego de un largo silencio, ella le pregunta si no le fastidia eso, ¿el qué?, pregunta él, los silencios incómodos, le explica ella y agrega “¿por qué nos parece necesario hablar sobre cualquier cosa para sentirnos cómodos?”; él le dice que no lo sabe, entonces ella le dice: “Cuando se es capaz de mantener el hocico cerrado durante un rato y compartir cómodamente un momento de silencio, es entonces cuando se sabe que se ha encontrado a alguien especial”.

—Guau, es el piropo más lindo que escuché en años —le dijo ella y le apoyó la mano en la rodilla antes de meter un rebaje para encarar la curva.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Maru desperezándose.

—¿No era que vos conocías el camino al dedillo, pibe?

El chico se encogió de hombros. Ponzi quiso fingir que estaba defraudado, pero le revolvió la melena con la mano. Por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba con gente que le hacía bien. Le dieron ganas de fumar, pero sacar los cigarrillos robados a Alicia podía arruinar el momento.

14

Al anochecer pararon a cargar gasoil en una estación de servicio que detrás tenía una cafetería. Unas pocas personas comían en las mesas. Se sentaron contra la ventana para que Ponzi pudiera controlar el exterior; Alicia lo rozó sin querer por debajo de la mesa con los zapatos. Pidieron un par de tostados de jamón y queso y una gaseosa. Los sacó del silencio un viejo que se llevó por delante a Ponzi con el bolso.

—Ey.

—No hay mal que por bien no venga —le dijo el viejo y siguió de largo.

Ponzi frunció el ceño; Alicia y Maru rieron.

A la hora de pedir la cuenta, a Ponzi lo avergonzó no tener plata. Alicia sacó unos billetes y los apoyó sobre la mesa.

—Vamos —dijo y se puso de pie.

Caminaron por una zona de troncos para que Alicia pudiera estirar un poco las piernas. A un costado había un auto abandonado y del otro lado de la ruta las luces de una casa en refacción. El resto eran grillos cantando en la oscuridad. Sentado debajo de un cartel al que no le quedaban ni los restos de las letras, el viejo que chocó a Ponzi murmuraba frases al viento como un loco: “No tengo más religión que cuerpo de mujer”, le escucharon decir. Después se acomodó la boina y, dejando ver sus dientes desalineados, le dijo a Alicia que era la reina de la ruta.

—Cómo estoy con los hombres, nene, vos me traés suerte —dijo mirando a Maru.

—Todo lo que hace el hombre es para levantar minas —señaló el viejo.

—Y hombres —agregó Maru.

El viejo se levantó la boina en señal de aprobación.

—¿Qué hace acá afuera? —le preguntó Alicia.

El viejo miró para un costado, distante.

—Vamos —dijo Ponzi—, parece un loco.

—Esperá. ¿Se encuentra bien?

—Chiflado y obnubilado —dijo el viejo.

—¿Cómo se llama?

—Todos me dicen Discepolín.

—¡Ah, bueno! —dijo Ponzi.

—¿Dónde vive?

—Número 7, calle melancolía —dijo y arrancó una flor del suelo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Maru.

—Llevarlo, qué vamos a hacer.

—¿A dónde? —se alarmó Ponzi.

—A la casa.

El viejo le ofreció las flores a Alicia.

—Bueno, bueno —dijo ella, apoyándolas en el pasto—, ya está bien, vamos.

Lo ayudaron a subir al camión. Permaneció callado hasta que en un momento señaló un camino de tierra que nacía al costado de la ruta.

—No va a pasar —dijo Ponzi.

—Silencio —ordenó Alicia y dio un volantazo.

—Tiene suerte de tener una mujer así —le susurró el viejo a Ponzi.

Maru no pudo evitar sonreír.

—Oiga, Discepolín hubo uno solo, ¿por qué se hace pasar por él? —le recriminó Ponzi intentando desviar la conversación.

—Yo quiero ser a la zurda más que a diestro.

—¿Qué dice? —preguntó Alicia.

—Es una frase de una canción —le explicó Maru.

—¿Cuál?

—No me acuerdo.

—No les digo, está loco —sentenció Ponzi.

—Por allá —indicó el viejo que parecía recobrar la cordura al estar cerca de su hogar. Apareció una casa de madera con un porche en el frente y una huerta al costado. Daba la sensación de que podía desmoronarse en cualquier momento. No tenía muebles o, mejor dicho, los muebles eran libros. Había pilas de libros y sobre ellos una pava, un mate, una radio, algunas macetas, hojas y un peine. Las paredes estaban escritas con tiza:

“*Ahora que recuerdo, que reconstruyo nuestro diálogo con esa precisión que me ha dado el infierno en forma de memoria*”, decía en el living.

En la cocina, entre la alacena y la mesada, podía leerse a trazo grueso: “*Me preocupa el futuro porque pasaré ahí el resto de mi vida*”.

Al techo lo atravesaba la siguiente frase: “*La medida del amor es amar sin medida*”.

—Esa me la escribió un italiano que era medio romancón, pero ahí quedó —les explicó el viejo sentándose sobre una pila de libros que terminaba con la *Divina Comedia*. Alicia y Maru se acomodaron en otro montón de ejemplares cuya cubierta eran las obras completas de Borges. Ponzi se quedó de pie, creía que aplastar libros era por lo menos indecoroso.

Discepolín les contó que lo de las paredes era para no tener que buscar las frases en los libros; tenerlas a simple vista lo ayudaban a no olvidar las cosas importantes de la vida.

—Yo no creo que esté loco —dijo Maru—, para mí se hace para que no lo anden jodiendo.

—El niño sí que sabe —reconoció el viejo—. El mundo real no me gusta, prefiero andar perdido entre las páginas de ficción.

—¿Por qué no pone una librería? —le propuso Ponzi como si hubiese descubierto la pólvora.

—Porque no quiero verlos transformados en ladrillos.

—¿Qué dice?

—Vender es siempre vender. El día que se vendió algo por primera vez, se arruinó el mundo.

—¿Ah... sí?, ¿de qué vive usted? —lo apuró Ponzi.

—De la huerta que vieron al entrar.

—Con eso come, pero cómo compró esa radio: ¿acaso brotó de la tierra? No sea caradura —lo acusó el ex Teniente.

—Me la dejaron unos noruegos antes de irse.

—Ah, seguro que les cobró por dormir acá, ¿no?

—Claro que les cobré, necesito plata como todo el mundo, pero solo para algunas cosas que yo no puedo producir, como el jabón para bañarme, por ejemplo.

—¿Y la comida?

—De la huerta.

—¿Y los muebles?

—No ves que no tiene —dijo Alicia.

—Ahhh, todo esto es ridículo —dijo Ponzi y se puso a hojear *El Quijote* para no tener que

escucharlos.

—Cualquiera puede cultivar en mi huerta, pero no muchos lo hacen.

—Es que te mata la espalda —señaló Maru pero el viejo ya estaba en la cocina.

Ponzi cerró *El Quijote* y leyó una frase que atravesaba el living: “*La originalidad es la única cosa cuya utilidad no pueden comprender los espíritus vulgares*”. Le pareció un poco pedante. Abrió la puerta y tras dos pasos se apoyó contra la baranda del porche. Prendió un cigarrillo mirando el círculo perfecto de la luna llena.

Alicia se le sumó cuando daba la segunda pitada.

—Es una linda noche, ¿no? —le dijo —. Sacó un Parliament y Ponzi estiró el brazo para ofrecerle fuego.

—¿Y el pibe?, ¿por qué no nos vamos? Este tipo está loco, puede ser peligroso.

—Están charlando de bicicletas, no sé, se ríen, quedémonos a dormir.

—¿Cuánto nos va a cobrar? Yo no tengo un peso.

—Nada, dijo, por haberlo traído.

Ponzi se encogió de hombros, lo hacía siempre que se quedaba sin palabras y no le quedaba otra que aceptar una oferta que no lo convencía del todo.

—¿Qué frase le gustó más? —le preguntó, mirando hacia la inmensidad de la noche.

—No sé —dijo ella, acercando su cuerpo al de él.

—Alguna le tiene que haber gustado más.

—A mí me gusta una que acá no está.

—¿Cuál?

—No te burles, eh.

Imposible, pensó Ponzi.

—Bueno, ahí va: “Amor no es mirarse el uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección”.

A Ponzi le pareció cursi, pero le dijo que era linda.

—¿Por qué sos tan serio, Ponzi? ¿Qué ganás con eso?

—¿Serio? Qué macana, le juro que no lo puedo evitar.

—Ahí está, ves, te cuesta tutearme. ¿Tan vieja te parezco?

—No —dijo sin poder evitar que un fuerte calor le subiera por la espalda —, para nada, sos encantadora. No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por nosotros.

—Ya se te va a ocurrir algo —le dijo Alicia y se metió en la casa sin darle tiempo a una respuesta.

Ponzi se puso a caminar por el campo, los ombúes le parecieron pequeños paraísos, el tronco en donde se sentó, un cómodo sillón, y la primera pitada de otro Parliament, un oasis de placer. Se acordó de esa película donde un tipo gritaba “la puta que vale la pena estar vivo”. Quiso hacerla suya, gritarla, pero no le salió, se limitó a gozar en silencio. Las risas de Maru y Alicia le llegaban desde la casa como una dulce melodía, le hubiera gustado mirarse en un espejo: juraría que estaba sonriendo.

El caño de una escopeta se posó en su nuca y una voz le ordenó levantarse, caminar hasta el camión, y entregar el maletín. Después recibió un culetazo en la nuca que lo dejó inconsciente.

Escondido detrás de una viga del porche, Maru pudo ver cómo lo subían a un Peugeot 505.

Despertó en el asiento de atrás con los ojos vendados y las manos atadas. Sonaba música clásica. La suave brisa le pegaba en la cara.

Olió tabaco.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

Una mano le puso un cigarrillo en la boca y le convidó una pitada.

Pensó que debían haber salido de la ruta y tomado un camino de ripio porque el auto se tambaleaba.

Alicia junto a él en el frente del porche; la sonrisa de Maru; el Sierra arrastrado por el caballo del paisano; la bicicleta incrustada en el parabrisas del Corsa. Las imágenes se le aparecían una tras otra. Apretó el puño.

Cuando se detuvieron sintió pasos, ruido a portón corredizo, y el auto que recobraba velocidad para frenar poco después. Lo bajaron e hicieron caminar unos metros. Unas manos lo dejaron solo con los zapatos y los calzoncillos. Pudo percibir aroma a rocío. Le soltaron la venda de la cara: estaba en una cancha de fútbol, atado al poste de un arco.

Wanax, Aristoi y un joven soldado le apuntaban con ametralladoras.

Un auto verde apareció raudamente al mejor estilo hollywoodense, pero no bajaron soldados rubios, altos y elegantes, sino el Gordo Balanza portando anteojos negros como la noche.

—Es una lástima, Ponzi, que te tengamos que matar, pero sabés más de lo conveniente —le dijo mientras levantaba el portafolio del piso.

El ex Teniente parecía tener la mente en otro lado.

Alicia, Maru y el viejo miraban la escena escondidos entre los arbustos de la colina que rodeaba la cancha.

El Gordo Balanza prendió un habano y le ordenó al soldado que procediera, pero al muchacho le temblaban las manos. El gordo lo corrió de un manotón y le dijo a Aristoi que lo hiciera él.

—No es fácil —dijo —, este tipo me formó.

—Lo hago yo, la puta madre —se interpuso Wanax—, a mí me chupa un huevo. Hasta nunca, traidor hijo de puta —gritó.

A Ponzi le dio bronca que su vida valiera lo que cabía en un maletín, pero más le dolía irse del mundo sin haber besado a Alicia.

El bocinazo de “Osito” hizo que los captores se dieran vuelta. Venía por el descampado rugiendo como un toro y frenó junto al poste donde estaba Ponzi. Wanax no sabía a quién apuntar, el Gordo Balanza abrió grande los ojos y el habano se le cayó de la boca.

—El portafolio —le ordenó el viejo al gordo, apuntándole desde la ventanilla con una escopeta de caza. Lo levantó y atrajo hacia sí con el caño.

—Subí, Ponzi, qué esperás —gritó Alicia.

Ponzi le indicó con la mirada las muñecas atadas, ella dobló el camión como una serpiente alrededor del poste, y Maru cortó la soga con un cortaplumas. Después le dieron un toque a la trompa del auto pero al alejarse un disparo les reventó una cubierta del camión.

Tras manejar un kilómetro como pudo, Alicia paró en la banquina para revisar los daños.

—Atrás hay un bolso, ponete algo, Manuel —le dijo.

—¿Podemos seguir con la goma así? —preguntó Maru.

—No creo, voy a ver cómo quedó —afirmó Alicia.

—Voy con vos —agregó Maru; el viejo bajó tras ellos.

Ponzi agarró un amplio pantalón de lino blanco y una blusa con una rosa estampada en la parte de adelante. La miró unos segundos y se la puso.

16

—¿Qué fue todo eso? ¿A qué estamos jugando? Espero que tengas una explicación convincente porque esto así no puede seguir, si no decís lo que está pasando los llevo a todos a la comisaría —le advirtió Alicia al tiempo que metía un cambio, con la cara fuera de sí.

—Soldado que huye sirve para otra batalla —acotó el viejo buscando descomprimir el ambiente.

—Tranquila, Alicia —le pidió Maru.

Las luces del camión se mezclaban con el incipiente amanecer; los árboles recibían una efímera iluminación y luego desaparecían.

—Vamos, Ponzi, explicale para que entienda —opinó Maru.

—Es una cuestión del Ejército, ustedes no tienen por qué saber.

—Del Ejército las pelotas —se enojó el chico —, para mí está lleno de plata.

—¿Plata? Cada vez me gusta menos este asunto —acotó Alicia.

El viejo abrió grande los ojos.

—Entonces para qué querían matarte si ya tenían el portafolio ¿eh? —comentó Maru.

—Eso también es raro —coincidió Alicia y se quedó pensativa hasta que el camión se fue a la derecha y tuvo que enderezarlo de un volantazo.

Ponzi apretó el maletín entre las piernas.

—¿Alguien quiere mate? —preguntó Maru.

—Yo —dijo Ponzi, un poco más distendido.

—¿Y qué pensás hacer con el famoso portafolio? —quiso saber Alicia.

—Todavía no sé, pero no quiero que quede en manos de estos tipos. Por los archivos que hay acá adentro son capaces de matarnos a todos —les explicó.

—A mí déjenme en casa —pidió el viejo.

—¿No es peligroso? —preguntó Alicia.

—No creo, ¿qué me van a sacar?, ¿libros?

—Algún dato sobre el portafolio —dijo Alicia.

—Me morderé la lengua, lo juro.

—No joda con eso, le aseguro que si lo quieren hacer hablar, saben cómo hacerlo —le advirtió Ponzi.

—Ya sé, ni se imagina la cantidad de libros que quemé durante la dictadura.

Pararon en una estación de servicio que tenía un surtidor quedado en el tiempo. El playero les dijo que en la casilla de atrás vendían café. Entraron. La atendía un flaco esmirriado y barbudo. Ponzi le preguntó si tenía un teléfono; ninguno de sus compañeros de viaje usaba celular. El tipo sacó de abajo del mostrador un aparato con restos de telaraña.

—¿Quién habla?

—Ponzi. ¿Escorpión?

—No, soy el Manteca, estoy en su despacho.

—¿Por qué?

—¿No te enteraste? Escorpión está internado.

—¿Cómo?

—Nada grave, pero de repente se empezó a sentir mal y hubo que llevarlo al hospital. Algo que comió quizás, le están haciendo chequeos.

—¿Qué bárbaro! Una tras otra, che. Bueno, mandale saludos, yo estoy de viaje.

—Sí, ya sé, ¿por dónde andás?

—La verdad, ni idea, en el medio de la nada misma.

—¿Tenés el maletín de Andrada?

—¿Qué?

—Dale, no te hagás el boludo, estoy al tanto.

—No sé de qué hablás.

—Escuchame, Manuel, no van a parar hasta conseguir el maletín, y si te seguís haciendo el héroe te van a liquidar a vos también.

Ponzi siguió en silencio.

—Mirá, hay un Coronel que puede darte protección a cambio del portafolio, es lo mejor que te pude conseguir para que no seas boleta; haceme caso. Se llama Gonzalo Gumi, Coronel del Regimiento primero de Paraná, Entre Ríos. Llévalo ahí que va a estar seguro, y tu vida también.

—Estoy sin plata...

—¿No querrás estar sin vida? —fue lo último que escuchó del Manteca.

Se quedó pensando si podía confiar en él.

Maru se acercó y le palmeó la espalda.

—Vamos —le dijo.

El viejo estaba dentro del auto de un tipo que por unos pesos se había ofrecido a llevarlo.

—Ve que todo se resuelve con dinero... —le dijo el ex Teniente, apoyándose contra la puerta —y agregó—. Tengo una frase para su pared.

—Dispare, General —le dijo el viejo a través de la ventanilla.

—“El hombre es el uso que haga de su libertad”.

—Ah, pero qué fácil, hombre, Cortázar, un uruguayo que paró en casa la tenía impresa en la remera. Un poco romántica, ¿no le parece?

Ponzi se encogió de hombros. El viejo besó la mano de Alicia, le guiñó un ojo a Maru, y el auto se perdió ante la mirada de los tres.

—¿Qué te dijeron? — quiso saber Maru.

—Me ofrecieron dejar el portafolio en el Regimiento de Paraná.

—¿En serio? —le preguntó Alicia —¿Eso es bueno?

—Sí, a cambio me dejan tranquilo.

—Entonces, vamos, Manuel, me parece una buena opción —concluyó Alicia.

Al mediodía Alicia propuso parar a comer. Maru despegó la cabeza de encima del estampado floreado de la remera de Ponzi, y éste contó la plata que le quedaba: cuatro pesos, cinco, incluyendo las monedas.

Encontraron una parrilla rodeada de árboles y estacionaron junto a otros camiones. Se sentaron debajo del quincho de paja en unas sillas de plástico. Pidieron parrillada para tres y una gaseosa tamaño familiar. Maru se puso a contar unos chistes que hicieron reír a Alicia. A Ponzi no le causaban gracias, pero si alguien la hacía callar estaba dispuesto a agarrarse a trompadas. El tipo de la mesa de al lado tenía la billetera sobre la mesa, miraba a Maru de forma libidinosa. Se le ocurrió una idea oscura que trató de sacarse de la cabeza probando distintas combinaciones del portafolio. Molesto, caminó hasta el baño, puso la traba e intentó forzarlo, pero alguien golpeó y le pidió que se apurara.

De vuelta en la mesa los nervios le jugaron una mala pasada: no podía dejar de golpear los zapatos contra el piso de tierra.

—Te noto inquieto, ¿te pasa algo? —le preguntó Alicia.

—No, nada.

—¿En serio?

—Es que hoy mi vejiga está con poca retención.

—¡Qué fino, viejo! ¿Nos vas a invitar vos hoy?

—Muy gracioso, pibe.

—No seas malo, nene —le recriminó Alicia.

—Voy al baño —dijo el chico, limpiándose la boca con una servilleta.

—Te acompaño —dijo Ponzi con el portafolio en la mano.

—¿Van a ir juntas como dos señoritas? —alcanzó a decirles Alicia riendo.

El tipo de la billetera los miró con los labios manchados de helado.

—Tengo una idea —le dijo Ponzi mientras Maru hacía pis.

—¿Qué hacés!, ¿querés verme la cola?

—No, pero el gordo de la mesa de al lado, sí.

—¿Qué?

—No te hagás el boludo, vi cómo te miraba.

—No es problema mío, no puedo evitar ser lindo.

—Perfecto —le dijo y lo agarró del brazo cuando se subía la calza.

—¿Qué querés, che? ¿No pensarás...? ¡No, otra vez no!

—Quiero pagar el almuerzo, el resto es tuyo.

—¿Estás hablando en serio? Si Alicia se entera te mata.

—¿No viste la billetera del gordo?

—Claro que la vi, pero va a pagar Alicia, quedate tranquilo.

—No, voy a pagar yo. Quiero hacerla feliz.

—¿Así hacés feliz a las mujeres? ¿Con plata?

—Sí, ¿algún problema?

—Te volviste loco, Manuel.

—Está bien, olvidate, disculpame.

Cuando Ponzi daba unos pasos en dirección a la mesa, Maru lo llamó.

—Pará, algo podemos hacer, pero quiero toda la plata que sobre.

—Es tuya.

—Y me vas a deber una.

—Te debo unas cuantas.

Además de la plata, Maru le pidió que comenzara a llamarlo Maru. Ponzi le dijo que por la plata no había problema, pero lo otro era más difícil.

Repasaron el plan cuando Alicia fue al baño. Ponzi se escondió entre dos acoplados cercanos a la arboleda que nacía detrás de la parrilla, y Maru se acercó al gordo guiñándole un ojo. Después caminó hacia los árboles como si fuera una modelo en la pasarela de Milán. El gordo lo alcanzó junto a un sauce llorón y empezó a manosearlo, mientras él intentaba detenerlo sin éxito. Cuando el gordo se bajó la bragueta, un golpe seco lo hizo caer como una bolsa de papas. Con el cuchillo en la mano, Ponzi parecía un perfecto asesino.

—¡Lo mataste, boludo!

—¡Qué lo voy a matar, le pegué con el mango! —le explicó Ponzi mientras le chequeaba el pulso. —Va a dormir un rato, nomás —agregó y sacó la plata de la billetera.

Mientras Alicia revolvía el café, Ponzi le contó que había encontrado plata en el suelo cuando fueron al baño. Ella miró a Maru preguntándole si era cierto; el chico asintió, y Ponzi pudo pagar el almuerzo. Sin embargo, la propina la tuvo que dejar Alicia porque la billetera del gordo estaba llena de papeles sin valor.

Las luces de Paraná ganaban en intensidad. Ponzi fantaseaba con meterse en un hotel con Alicia y que el mundo desapareciera. Como Maru parecía estar distraído disfrutando del paisaje, aprovechó para mirarle el escote mientras ella manejaba. Vio poco, la remera no dejaba casi nada de piel al descubierto, pero la presión de los pezones contra el corpiño lo puso como a un adolescente con granos. Alicia se hizo la tonta durante un rato y después le preguntó por su hijo. Ponzi dio una bocanada. Admitió que la adolescencia de Martín lo tenía preocupado. Alicia quiso saber por qué y él le señaló con la cabeza a Maru, que ahora dormía pegado a la ventanilla.

—El pibe este es más chico que mi hijo.

—¿Y?

—Y es más maduro, parece que tuviera treinta y creo que ni veinte tiene.

—¿Y tu hijo cuántos tiene?

—Veintisiete.

—Grandecito ya —le dijo Alicia y lo miró—. Lo mejor que podés hacer es dejarlo tranquilo, yo sé lo que te digo.

Ponzi iba a repreguntar, pero ella quiso saber dónde estaba el portafolio.

—Acá —dijo Ponzi, señalando con el pulgar debajo del asiento.

—Ah, qué susto, ¿te imaginás perderlo justo ahora que casi llegamos?

—No puedo tener tanta mala suerte.

—Yo creo que tenés suerte.

—¿Yo?

—Sí, venir a conocerme a mí en estas rutas perdidas... imaginate.

Ponzi la miró y ella le sonrió.

Cuando los párpados se le caían de cansancio al punto de costarle sostener el volante, dijo que esa noche no llegarían.

—Está bien, de todas maneras no me pusieron una fecha límite.

—¿Vamos a un hotel? —preguntó Maru.

—No, querido, acá en la cabina podemos dormir perfectamente —y señaló para atrás con el pulgar.

Giraron las cabezas y se sorprendieron al ver una colchoneta de una plaza.

Alicia les explicó que todos los camioneros lo hacían y ninguno había muerto por eso.

Se desviaron por un camino de tierra hasta un espacio reservado para el descanso. Bajaron una mesa de plástico con cuatro bancos desplegables, y Maru llenó el termo del mate con agua. Comieron pan con manteca, sopa instantánea y una manzana partida en tres, bajo la luz de un farol a gas. Al rato el pibe levantó los brazos y dio un largo bostezo; le dio un beso a Alicia mientras Ponzi terminaba de armar una fogata.

Alicia estiró las piernas y se acomodó cerca de las llamas.

—¿Entonces esto termina mañana? —le preguntó.

—Supongo que sí, no soy un héroe, no puedo seguir poniendo en riesgo la vida de todos.

—No me vas a decir lo que hay adentro ¿no?

—Sí, papeles confidenciales del Ejército.

—Deben ser sobre algo importante.

—Muy. No te puedo dar detalles para no involucrarte, ¿entendés?

Alicia asintió con un gesto.

—¿Por qué se lo vas a dar ese Coronel? ¿Le tenés confianza?

—No tengo opción, no van a parar hasta tenerlo, mejor que lo tenga él. Me dieron buenas referencias.

—Hacés bien, eso de que los buenos siempre ganan pasa solo en las películas.

—Claro —le dijo pasándose la mano por el escaso pelo —, y esto no es una película, si no yo sería más joven y buen mozo.

Sonrieron. Ella se paró y dio una vuelta alrededor de la fogata aplastando hojas secas. Después volvió a sentarse, y rodeó las rodillas con las manos.

El fuego flameaba invitándolos al sosiego.

—Las cosas no son siempre como uno quiere. A mí me gustaría que Sofía viniera a visitarme.

—¿Quién?

—Mi hija.

—¿Hace mucho que no la ves?

—Diez años, siete meses y veinte días. Todas las noches lo anoto con un palito como los presos.

—¿Y por qué no la ves?

—Porque está enojada conmigo.

—¿Dónde vive?

—En algún lugar del Sur, con su marido.

—Lo lamento —dijo Ponzi sintiéndose un tonto por lo poco que podía hacer ante el dolor que ella debía sentir.

—Por eso te decía que dejes tranquilo a tu hijo, no vaya a ser que se aleje como lo hizo Sofía conmigo. Lo peor es que con la distancia el amor se agranda día a día, por ella superé lo de Oscar, si no me quedaba tejiendo escarpines y regando la huerta. Tenía diez años cuando fue el accidente, un tiempo después empezó a preguntar por su padre, yo no sabía qué decirle, quería que me tragara la tierra. Al final le dije la verdad. Por suerte los chicos se olvidan, cambian de tema como de juguete, ríen, un minuto después lloran, es fantástico, los adultos no deberíamos perder esa capacidad. ¿Viste cómo te sentís después de llorar?

Ponzi asintió agitando el fuego con un palo.

—No sé si debería contarte, Manuel, es una historia que pocos saben...

—Contame —le pidió Ponzi.

Ella prendió un Parliament y le convidó uno.

—Cuando cumplió dieciséis pasó algo, diría yo, maléfico, como un castigo divino. Repitió mi historia.

Ponzi abrió grande los ojos.

—¿Qué historia?

Alicia dio una patada buscando acomodar los hechos.

—Después de clases yo repartía sándwiches en Paso de los Libres. Sabrás que es frontera con Brasil y que circulan muchos camiones. Bueno, cuando paran en la aduana aprovechan para tomarse un descanso y comer algo. Una vez me asomé a la ventanilla de un Scania y el tipo que estaba adentro me impactó, no sé si fue su mirada o qué, pero sentí algo que me hizo vibrar. Tenía quince años, por eso cuando me invitó a tomar algo, me asusté. Pero al año siguiente volvió y le dije que sí. Te la voy a hacer corta porque es tarde, ese hombre era Oscar, el único hombre en mi vida. Me llevaba muchos años, pero no me importó. Pasó el día de descanso conmigo charlando junto al río. Antes de irse me preguntó la edad, y yo le dije dieciocho porque ya estaba desarrollada, era alta como ahora. Me acuerdo que él me dijo: “¿Terminaste el colegio, Jirafa?” y yo le dije que iba a rendir libre, que estudiaba de noche hasta la madrugada antes de ponerme a preparar los sándwiches. Empezó a venir seguido. Tenía la certeza de que sería el hombre de mi vida, pero había dos problemas: decirle a Oscar mi verdadera edad, y la aprobación de mi padre —dijo y largó un suspiro sacudiendo la cabeza.

Ponzi fumaba saboreando cada una de sus palabras; el cansancio ya no le importaba.

—Me acuerdo que cuando le dije a Oscar que tenía dieciséis —continuó Alicia —, me miró como diciendo “eso no va a cambiar nada”. Solo quedaba enfrentar a mi padre. Esa noche, después de la cena, en el momento en que se disponía a resolver su crucigrama, le confesé que estaba enamorada. Se levantó de la silla y me pegó un cachetazo —apagó el Parliament con el zapato—. Ahora me rio, pero me dio bronca. A la mañana volví a insistir, le rogué que me dejara presentárselo para que viera que era un buen hombre. No solo me dio otro cachetazo sino que me prohibió salir durante una semana.

Ponzi la escuchaba inmóvil mientras ella recordaba con la vista clavada en el fuego.

—Escuchá lo que hizo mi padre. Me obligo a decirle cuándo Oscar llegaría a la ciudad y luego de esconder un cuchillo en el bolsillo de la campera y de dejarme encerrada en el cuarto, fue a buscarlo al parador de la frontera. Al entrar preguntó en voz alta quién era Oscar y se sentó en la mesa del que primero levantó la vista. Oscar sabía que algún día iba a tener que enfrentar ese momento, por eso se mostró sereno y le invitó un trago. Mi padre le dio una oportunidad, solo una, le permitió hacer su descargo. Oscar no lo desaprovechó, le contó que se había casado con una prima que al perder el embarazo se suicidó; desde aquel día se puso a viajar intentando ganarse la vida y el olvido. Lo que le quedaba por vivir lo quería pasar conmigo, le dijo finalmente, y se quedaron mirándose a los ojos. Mi padre tenía la mano sobre el mango del cuchillo, pero pasaron los minutos y nunca lo sacó. Se limitó a decirle que si me lastimaba lo buscaría por todo el mundo. Puso muchas condiciones, verse de día, un par de horas, ¡un padecimiento...! Oscar tenía un encanto fuera de lo común, sus ojos grises, su mirada decidida, yo ya no quería vender sándwiches ni ir a la escuela, el día que rendí la última materia de cuarto año, me fugué con él.

Alicia hizo una pausa y sacó otro Parliament.

—Me queda uno, ¿lo fumamos a medias?

Ponzi asintió con una leve mueca.

—Sofía también se escapó a los dieciséis —dijo Alicia—. ¿Podés creerlo? Parece mentira ¿no?

Ponzi no se animó a decir nada.

—¿Y qué hice?, ¿acaso la entendí?, ¿la escuché?, ¿respeté su decisión? No. No aprendemos nada del pasado, Manuel, llamé a todas las comisarías, hice cerrar las fronteras de la zona, la busqué por cielo y tierra con una escopeta en la mano.

Ponzi la miraba anonadado, sin mover un solo músculo del cuerpo.

Alicia fue hasta la cabina del camión y controló que Maru estuviera tapado porque habían aparecido mosquitos.

—Estoy sorprendido —se animó a confesarle el ex Teniente cuando ella volvió y se sentó a su lado.

—Una vez me mandó una carta con insultos y malos augurios, pero yo la conservo como un tesoro.

—El amor de los padres parece no tener límite.

—Claro que no, no lo tiene —aseguró Alicia.

—Es curioso, hasta este momento yo pensaba que mis padecimientos eran los más terribles del universo.

Alicia sonrió.

—Porque te crees el centro del mundo.

—Puede ser —dijo Ponzi y se quedó mirando el fuego.

—Igual fui feliz —dijo ella al rato.

—Para mí la felicidad viene de viejo —sentenció Ponzi.

—¡Qué vejez ni vejez! La vejez trae dolores, arrugas. ¡Por Dios, Manuel!

—Pero usted tiene la piel de un bebé.

—Eso no te lo cree nadie.

Ponzi supo que había dicho una tontería y optó por el silencio. Ella aprovechó para ir al camión y volver con una manta sobre los hombros. Se había levantado viento.

—¿Qué pensás hacer después de dejar el portafolio? —le preguntó.

—Acompañar al chico a ver a su abuela.

—¿Y después?

—No lo sé —le dijo Ponzi, tímidamente—. ¿Y usted, qué piensa hacer?

—Tuteame, Manuel, cuántas veces te lo voy a pedir.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

—Después de nosotros, digo.

—¿Qué pasa con nosotros?

Ponzi se encogió de hombros.

—Seguiré trabajando —dijo Alicia, simulando estar entretenida mirando las estrellas.

—¿Qué llevás ahí? —le preguntó Ponzi, apuntando con el mentón hacia el tráiler del camión.

—Dulce de leche, parece que los brasileros se enveciaron con nuestro invento.

—Brasil, muito gostoso —dijo Ponzi con la mayor gracia que pudo.

Ella le regaló una sonrisa melancólica.

—Entonces, ¿mañana no la veo más?

—Mejor, así no me seguís tratando de usted —¿Siempre sos así?

—Lamentablemente, sí.

—Pero siempre hay tiempo para cambiar ¿no te parece?

Ponzi la miró no muy convencido.

—Claro que hay que ponerle un poco de ganas.

—Supongo —dijo Ponzi y bajó la mirada.

Ella hizo lo mismo, como si estuviera esperando que él avanzara, pero Ponzi perdía el tiempo imaginando que dejaban todo, que se subían al camión y que recorrían miles de kilómetros con el único objetivo de estar juntos.

—Vamos a dormir —dijo Alicia cuando los párpados empezaban a pesarle tanto como la desilusión.

—¿Estás bien? —le preguntó Ponzi.

—Sí, me hizo bien contártelo.

—Eso es bueno —dijo él y aprovechó para rodearla con el brazo por sobre los hombros.

18

Alicia calentaba agua para el mate en una pava sobre un improvisado fuego matutino, mientras Ponzi orinaba detrás de un árbol. El crujido de unas ramas lo asustaron, giró la cabeza y vio la sonrisa de Maru.

—¡Qué hacés!

—¿Cómo la pasaste anoche? —le preguntó el pibe sin dejar de sonreír.

Ponzi frunció el ceño y se subió la bragueta.

—Vamos, querés —le dijo.

Tomaron mate y comieron galletitas de agua al lado del camión.

Dos horas más tarde entraron a la ciudad de Paraná por la ruta 18 bajo un intenso sol. En una intersección de calles angostas, Alicia dijo: “hasta acá llega Osito” y los miró resignada.

Ponzi apretó fuerte el portafolio, un poco para asegurarlo y otro poco de bronca. Se bajó y prendió un cigarrillo mientras veía cómo Maru y Alicia se abrazaban.

—Fue lindo —le dijo ella, después de bajarse.

Él se aseguró de que el chico no escuchara y le confesó que la iba a extrañar.

—Sí, yo también, pero tenés que sacarte ese portafolio de encima.

—Lo sé.

—No me gustan las despedidas.

—Entonces volvamos a vernos.

—Tengo que entregar la mercadería, pero si me dejás tu dirección, cuando vaya a Buenos Aires te visito, ¿qué te parece?

Maru se subió a la cabina y regresó con una birome y un papel.

—Anotá, lerdo —le dijo a Ponzi.

El ex Teniente escribió su dirección y después tomó a Alicia de las manos.

—Ojalá sea pronto—le dijo y la besó en los labios.

—Sos valiente, Manuel —le dijo ella y sin darle tiempo a nada, se subió al camión y arrancó. Ponzi vio cómo se alejaba por la calle hasta que Maru le pidió terminar con el asunto del portafolio.

Caminaron en dirección a la costa, allí se expandía una amplia costanera de cemento adornada con pequeñas fuentes y canteros de pasto bien cuidado. El agua marrón del río Paraná se mostraba calma y serena; del otro lado, la ciudad de Santa Fé, una larga mata verde y sus torres de electricidad como enormes vigilantes. Le preguntaron a un hombre que pescaba sobre un muelle de madera cómo llegar al Regimiento I. El tipo los miró de reojo, apoyó la caña sobre la baranda, y les habló de un destacamento militar ubicado entre la costa y el parque Urquiza. Le agradecieron y subieron una pequeña colina de frondosa vegetación. Ponzi lamentaba tener que presentarse a una institución militar, con esa pinta de pordiosero.

—Vos esperame acá —le dijo al pibe frente a un galpón de dos pisos que tenía el escudo del Ejército en la puerta.

—Putá madre —dijo el chico por lo bajo.

—Es una orden —le advirtió Ponzi vestido de un repentino tinte autoritario.

Aseguró el maletín, se acomodó el pelo hacia atrás, y emprendió una caminata lenta pero segura. Detrás de un mostrador de roble lo recibió una rubia de escote amplio y excesivo maquillaje. Preguntó por el Coronel Gumi.

—El Coronel hace rato que lo espera —le dijo la rubia con la firmeza de las Fuerzas Armadas a flor de piel.

Ponzi enrojeció.

—Sígame —le ordenó después levantándose de la silla.

Subieron por un antiguo ascensor de rejas negras desde donde pudo observar a varios soldados sentados sobre bolsas de arpillera sacándole brillo a unas pistolas. Llegaron al primer piso y recorrieron un largo pasillo de madera; a través de un ventanal vio a otro soldado cortando el pasto que rodeaba al galpón. Los tacones de la rubia marcaban el ritmo y contrastaban con los gastados tablones. Sobre el final había una puerta de chapa verde que decía “Coronel Gumi”. Ella le puso el escote delante y le pidió que esperara señalándole un sillón de tres cuerpos junto a la pared. Después entró a la oficina cerrando la puerta con ímpetu.

Ponzi apoyó el portafolio en el sillón y miró a través del ventanal la reja de dos metros que separaba al cuartel de los peatones que caminaban por la costanera.

La puerta se abrió de golpe, y la rubia lo invitó a pasar con una simpatía inusitada. La oficina del Coronel parecía un palacio perdido en el medio de un desierto africano. Del techo colgaba una araña dorada, el ventanal dejaba ver un islote selvático a orillas del río. Estaba sentado detrás de un amplio escritorio plagado de papeles y fotos familiares; de las paredes colgaban cuadros de marcos gruesos con diplomas de honor, y una foto de las Islas Malvinas recordaba que eran posesión Argentina.

—Adelante, Ponzi. ¿Cómo le va? —le dijo Gumi poniéndose de pie y extendiendo la mano por sobre el escritorio; con un gesto despidió a la rubia y volvió a su silla de cuero negro.

—Siéntese, por favor. ¿Qué tal el viaje?

—Algo agitado.

El rostro del Coronel se puso un poco más serio, como si le hubieran robado el buen humor en un instante.

—Ya está grande, Ponzi, no debería haberse lanzado así al vacío.

—¿Usted lo conoció a Andrada? —le preguntó el ex Teniente.

—Sí, un buen Teniente que de grande se volvió loco.

—Tal vez yo también estoy loco, entonces.

—Usted no lo está, al menos no tanto, si no, no habría venido a verme.

Ponzi le regaló una sonrisa socarrona.

—Hasta el 76 era de los mejores, Ponzi, ¿qué le pasó después?

—Quizás lo mismo que a Andrada de viejo.

—¿Culpa?

—Yo lo llamaría buscar un poco de justicia antes del final.

Gumi meneó la cabeza con una mueca cercana a una sonrisa.

—En fin, vamos terminando, el portafolio, por favor —le pidió.

Ponzi dudó pero luego lo deslizó por el escritorio.

—Ha hecho bien, Ponzi.

—¿Ya me puedo retirar?

—Solo un momento más, por favor.

El Coronel se levantó, caminó hasta la repisa junto a la pared y se puso a revisar unos papeles.

—Escuché que anduvo acompañado por una mujer...

Ponzi frunció el ceño, tuvo un mal presentimiento, estiró la mano hasta el portafolio.

—Le ruego que lo suelte, ha sido valiente, pero no tiene salida —le dijo el Coronel sacando un

revolver del cajón de la repisa.

Para ganar tiempo y poder pensar en algo, le pidió un habano.

—Es mi último deseo —le dijo.

Gumi lanzó una carcajada.

—Qué sentido del humor, usted debió ser cómico, no militar —y un poco más serio, agregó—, ¡porque para ser militar hay que tener huevos!

Pensó que le dispararía en ese momento, pero abrió un cajón del escritorio y le ofreció un cigarro.

—Tiempo es lo que me sobra —le dijo

Ponzi hizo un gesto indicándole la falta de fuego.

Gumi levantó unas hojas, después se palpó los bolsillos y terminó llamando a la rubia por el intercomunicador para que trajera un encendedor. Esperaron en silencio, mirándose a los ojos como si estuvieran en un concurso de aguantar sin pestañear. Cuando la rubia entró, Ponzi la empujó y aprovechó para agarrar el portafolio. Gumi disparó y la bala hizo estallar el ventanal. Ponzi vio el pasto y saltó sin pensarlo dos veces. Cayó con las dos piernas para adelante, cubriéndose la cabeza y fue rengueando hasta la reja. Los que caminaban por la costanera se asomaron a mirar. Maru corrió hacia donde se agolpaba la gente. Ponzi le arrojó el portafolio.

—¿Estás bien? —le preguntó el pibe.

Ponzi se dejó caer del otro lado. Maru volvió a preguntarle cómo estaba, pero él ex Teniente tenía la mirada fija en un hombre que ataba un bote con motor fuera de borda, a la baranda que bordeaba el río.

Los soldados se pusieron a correr por el jardín con las pistolas en la mano.

—Me cago en la ostia —dijo Ponzi al verlos. Con una mano sostenía el portafolio y con la otra arrastró al pibe hasta el bote. El tipo se persignó.

—A la otra orilla —le ordenó Ponzi.

El hombre encendió el motor y soltó la soga. De a poco las personas que circulaban por la costanera empezaron verse más pequeñas, como muñecos de miniatura.

Bordearon un islote gobernado por una vegetación salvaje. Al mirar atrás se tranquilizaron porque ninguna embarcación iba tras ellos. El bote dejaba una estela de espuma blanca que se abría hacia ambos lados; de repente el motor empezó a perder fuerza.

—¿Acá está bien? —les preguntó el tipo—. El motor toca fondo...

Bajaron en la costa santafesina y el bote desapareció. Maru recostó a Ponzi sobre la arena y le puso una piedra debajo de la cabeza.

—Necesitás un doctor —le dijo.

—Llamá a la obra social, dale.

Maru se alegró de la humorada.

—Sos de hierro, viejo.

—Andá a buscar ayuda antes de que me muera, ofrecé el culo o lo que sea pero traé a un doctor.

—Está bien, esperame acá.

Ponzi lo miró como diciendo “¿adónde voy a ir, boludo?”.

El chico se alejó por una zona embarrada, lidiando con un palo entre la maleza de charcos, troncos, arbustos y restos de basura. Tenía miedo de que apareciera una serpiente. Se quitó el pelo de la frente y vio un cartel de madera pero no alcanzó a leer lo que decía. Aceleró el paso y se detuvo delante de una flecha que apuntaba para la zona baja de la colina.

Siguió huellas humanas, entusiasmado a pesar de las ramas que le pinchaban las piernas. En el llano distinguió a un grupo de personas alrededor de una choza con techo de paja. Se acercó pidiendo ayuda a los gritos. Los hombres tenían el pelo largo y vestían pantalones rotos; las mujeres usaban vestidos cortos sin mangas. Al verlo le pidieron que se calmara y lo escucharon con atención. Uno de ellos gritó “Barba Blanca, vení” y un hombre mayor que tenía el pelo canoso tanto en la cabeza como en la barba, se acercó junto a un joven fornido, llamado Juan. Maru creyó que se había topado con una secta religiosa o un grupo de gitanos, pero se dejó llevar en la caja de una Ford F100 del año de la escarapela. Bordearon la colina por un camino de tierra en mal estado, con serruchos que obligaban a Juan a hacer maniobras zigzagueantes para evitar las grietas. Manejaba con ímpetu, sosteniendo el volante con los brazos embadurnados de carabelas y espadas. Cada tanto miraba a Maru por el espejo retrovisor.

Encontraron a Ponzi sobre la arena con los ojos cerrados. Barba blanca se agachó y le palpó el pulso en la muñeca. Con un gesto le ordenó al musculoso que le echara agua en la cara; éste abrió la cantimplora que llevaba colgada en el pecho y le arrojó un poco. Ponzi los miró con los ojos entrecerrados a causa del sol. Cuando lo tomaron de las piernas y los brazos para subirlo a un tablón, intentó resistirse. Maru tuvo que tranquilizarlo.

Barba Blanca decidió que lo acostaran sobre un catre de tela dentro de una de las chozas reservadas para los “turistas ocasionales”. El resto eran carpas estructurales, lonas atadas a los árboles y galpones de chapa que formaban un gran campamento, una especie de barrio privado pero de hippies. Una mujer de cara alargada y labios finos, le colocó un paño frío sobre la frente. A pesar de los dolores, Ponzi sintió la presencia cercana de unos pezones que lucían exultantes debajo de una blusa sin corpiño. Más tarde apareció un pelado que dijo ser médico. “Tiene una costilla fisurada”, sentenció luego de moverlo para un lado y para otro ante los insultos del ex Teniente. “Necesita por lo menos una semana de reposo absoluto”, decretó. Le ataron dos maderas alrededor del tórax y lo dejaron descansar. Entró en un sueño profundo, dominado por la alta fiebre.

A la media noche despertó sediento. Miró para ambos lados tratando de reconocer dónde estaba. Vio las paredes revestidas con cañas, un balde con agua sobre el piso de tierra cubierto con tapices sintéticos, y un espejo colgado de la pared con una pequeña pileta de baño. La puerta la formaban dos telas entrecruzadas. Murmuró el nombre de Maru, pero no tuvo respuesta. Volvió a caer en el sueño pesado. Al día siguiente, un hippie que dormía en la carpa contigua contó que lo escuchó mencionar el nombre de “Alicia” durante toda la noche. Maru se alegró porque entonces tan mal no estaba, al menos conservaba la memoria.

Las noches siguientes fueron iguales; la fiebre no cesaba. Cuando el médico ya no supo qué sugerir, Barba Blanca ordenó que le prepararan un brebaje de hierbas naturales, que le permitió dormir de forma continua hasta bien entrada la mañana.

En cuanto la fiebre le dio un respiro, pidió que le pusieran el portafolio al lado del catre. Cada vez que alguien entraba para saber si necesitaba algo o para traerle comida, lo alejaba con un grito. Maru tuvo que volver a pedirle que se calmara.

A la semana el médico dispuso que podían retirarle las varillas, pero necesitaba unos días más de reposo para que la fisura terminara de soldar. Sin embargo, Ponzi puso en duda el diagnóstico del doctor porque no contaba con placas para ver el tipo de lesión. Barba Blanca lo consoló ofreciéndole un cigarrillo y le dejó un bastón al costado del catre. Maru volvió a advertirle que se comportara con gratitud porque esa gente le había salvado la vida.

Mientras el ex Teniente dormía, el chico aprovechaba para dar vueltas por el campamento junto

a Juan, por calles de arena mezclada con barro. A pesar de que la mayoría de las viviendas eran de material, también contaban con chozas de paja que en general reservaban para alojar a turistas deseosos de hacer una experiencia fuera de la ciudad. Ofrecían una especie de vuelta al estado de naturaleza, con la salvedad de que no imperaba la violencia del más fuerte, sino un conjunto de reglas rígidas. Las tareas eran realizadas alternativamente por todos los miembros de la comunidad, desde lavar los platos hasta limpiar las herramientas, trabajar en la huerta o ir a pescar. Tenían turnos de trabajo previamente determinados. Juan le contó que la mayoría de las personas al principio ofrecían plata para evitar algunas tareas desagradables como limpiar los baños, pero después terminaban extendiendo la estadía, incluso hubo casos de turistas que luego de regresar a sus ciudades, volvían dispuestos a quedarse.

A Maru le gustaban las caminatas porque charlaban de diversos temas como si se conocieran desde hace tiempo. Además la gente se mostraba amable, cada vez que se cruzaba con alguien, le sonreían y lo saludaban haciéndolo sentir uno más de la comunidad.

Los días transcurrían tranquilos, parecían vivir con ritmo de otra época.

—Si Ponzi estuviera acá te diría “todo muy lindo... ¿pero de qué viven”?

Juan sonrió, como si estuviera acostumbrado a esa pregunta.

—Es cierto, no tenemos tantos objetos ni comodidades como en las grandes ciudades, pero nuestros familiares nos hacen donaciones y además —le dijo moviendo ambas manos —, éstas sirven para muchas cosas.

Maru se sorprendió cuando le dijo que no hacía ninguna actividad especial para tener el cuerpo en buen estado, “solo los trabajos asignados y caminar, eso sí, acá se camina todo el día, los autos no entran, salvo la camioneta para emergencias”.

Por la noche, antes de juntarse en el galpón que funcionaba como comedor comunitario, en donde cada día una familia previamente asignada cocinaba para el resto, Maru vio un cartel que decía: “Vivir y dejar vivir”. Pensó que si había tantas reglas no debía ser fácil “el dejar vivir”, suponiendo que eso implicaba hacer lo que a uno se le antojara. De todas maneras, le gustaba que la gente fuera habladora, hábito que había tenido que limitar junto al ex Teniente.

Lo que más le costó afrontar fue la falta de luz eléctrica. Cuando se ponía el sol, prendían antorchas a querosén y por las mañanas tenían que comprar barras de hielo en el pueblo vecino porque el grupo electrógeno gastaba demasiado combustible.

Ponzi se retorció en el catre por el dolor en las costillas e insultaba al médico que lo había atendido. La culpa de todo la tenía Maru porque lo había obligado a quedarse en ese “reducto de roñosos hippies drogadictos”. A pesar de estar aislado en su choza, el olor a marihuana le llegaba a través de las delgadas paredes de caña. Fumaban desde la mañana hasta que se acostaban, delante de los niños y junto a los viejos. Ellos mismos la cultivaban en una zona alledaña a la huerta.

Después de varios días de insultos y menosprecios del ex Teniente, algunos hippies empezaron a preguntar cuándo se iría.

Por orden de Barba Blanca, dos morenas vestidas con túnicas livianas entraron a su choza y le dieron un pedazo de torta rellena con la hierba de Dios. Al rato empezó a relajarse, a reír sin razón y a cantar tangos tomado de la mano de las señoritas.

Cuando por fin logró sentarse en el catre, apoyó el portafolio sobre las piernas y se puso a probar distintas combinaciones hasta que entrada la tarde (no dejó que le trajeran nada de comer), probó con el 02 04 82 y, como por arte de magia, el maletín cedió. Lo primero que hizo fue ir ayudado por el bastón hasta la improvisada puerta de tela, asomar la cabeza y asegurarse de que

nadie anduviera cerca. Olió de mala gana el aroma reinante de la marihuana y volvió a sentarse en el catre. Leyó en letras resaltadas: “Información clasificada, Ejército argentino, categoría S5, máxima precaución”. Pasó la tarde estudiando expedientes cuyo contenido era más comprometedor de lo que había imaginado. Había nombres, causas y detalles de las operaciones realizadas por los militares entre los años 1976 y 1982. Cuando terminó de revisar los informes, cerró el portafolio y lo ató a una de las patas del catre.

Pasó la noche mirando el techo, con las manos debajo de la nuca, transpirado y fumando un cigarrillo tras otro.

Al despertar se apoyó en el bastón y salió a caminar por una de las calles de arena. Dentro de un área limitada por tablones, un nene y una nena jugaban en un desvencijado tobogán, mientras las madres fumaban sin prestarles atención. Resopló indignado, y se distrajo con alguien que lo espiaba desde una pequeña ventana. Pidió por Maru a los gritos; las madres se dieron vuelta y lo miraron con mala cara, como si un monstruo perturbador de la calma, les hubiera invadido el paraíso.

Maru se asomó por la puerta de su cabaña y lo llamó.

—Tenemos que irnos —le dijo Ponzi apoyado contra un árbol.

Pero el chico no estuvo de acuerdo, fue a buscar a Barba Blanca, y entre ambos lo convencieron de que lo mejor sería esperar a que la fisura desapareciera por completo. No quiso saber nada, y solo lo detuvo el dolor en el tórax, de lo contrario se hubiera ido esa misma tarde.

Cuando el sol comenzaba a salir, Maru vio a Juan lavándose la cara en un piletón lleno de platos sucios. Le tocó la espalda, sonriendo. Había un bidón con agua y jabón.

—Me asustaste —le dijo Juan.

—Disculpá. ¿Qué hacías?

—Me gusta levantarme temprano, hoy me toca lavar los platos.

—¿Hoy es martes? Uh, de noche me toca lavar a mí.

—No te preocupes, si te olvidás alguien te lo va a recordar, hay un grupo designado para hacer que las cosas se cumplan. Y son muy estrictos —agregó con cierto aire de fastidio.

Maru lo escuchaba concentrado en sus ojos azules.

—¿Hace mucho que vienen viajando?

—Bastante, en realidad, no sé, pasaron tantas cosas que perdí la noción del tiempo —pero como no quería entrar en detalles, se ofreció a darle una mano con los platos.

Se pusieron a fregar mirándose de costado sin poder evitar que se les escapara una sonrisa.

Terminaron de secar la vajilla, y Maru le comentó que le gustaría dar un paseo.

—Si querés te muestro un lugar que muy pocos conocen —le ofreció Juan en voz baja.

Lo llevó por un camino de arbustos apartando ramas con una cuchilla. Era un sendero pedregoso y angosto. Cada tanto aparecían restos de caca de cabra. Maru quería decir algo pero su verborragia se había esfumado. Al llegar a una pequeña cascada que desembocaba en una olla de agua clara y calma, Juan se sacó los pantalones y se tiró al agua. Lo invitó a que se sumara, sin embargo Maru se excusó indicándole que no sabía nadar. Juan dio dos brazadas, lo tomó del tobillo haciéndolo caer dentro de la olla. Después lo sostuvo entre los brazos, y Maru escupió un poco de agua.

—Vení, te quiero mostrar algo más —le dijo Juan y lo llevó de la mano hasta la entrada de una cueva que nacía entre las rocas. Dieron los primeros pasos con las manos apoyadas en las paredes, la luz del día se extinguía ante cada metro que avanzaban. En el fondo apareció una pintura rupestre que muy pocos sabían que existía. Juan le dijo que cuando se sentía triste, siempre

venía a la cueva.

—¿Y ahora estás triste? —le preguntó Maru.

Juan sonrió, le pasó una mano por la espalda, con la otra lo atrajo y le dio un beso torpe en la boca. Se abrazaron con fuerza, los dedos ansiosos enrojeciendo la espalda, bajando por la cintura hasta llegar a los calzoncillos abultados. Se dejaron caer sin dejar de besarse.

Ponzi se levantó decidido a probar cómo le respondía el cuerpo una vez más. Estaba cansado de pasar tantas horas tirado en el catre, sin otra actividad más que la de pensar en el portafolio. No llegó a vivir esa época pero la conocía por Andrada y algún otro colega que necesitaba descargar con alguien de confianza sobre las atrocidades que debían realizar y ver. Algunos no tenían prurito en arrojar cuerpos al Río de la Plata o abusar de las cautivas, pero otros sí. Para Ponzi lo peor era la apropiación de bebés, robarle la identidad a una persona desde su nacimiento. Pero una persona, o dos, o tres, o veinte valientes que quisieran voltear el entramado de todo un sistema enquistado en el Estado, era algo impensado que solo se le podía ocurrir a un grupo de trasnochados. Algunos callaron y tuvieron la decencia de mantenerse al margen, de abandonar la profesión o pasar información a los familiares desesperados. Pero no por eso pudieron evitar que el sueño se les trastocara o la sonrisa les viniera alterada. No era la primera noche que pensaba en ese pasado tenebroso, pero sí la primera que tenía las pruebas para condenar a varios de los que habían ideado los crímenes.

Atravesó la cortina y caminó (ya sin el bastón) hasta un círculo demarcado por la sombra de un ombú. Vio a un grupo de personas que al notar su presencia bajaron la vista. Los chicos jugaban tirándose barro y Ponzi miró a los padres como increpándolos. Se alejó en busca de la choza de Barba Blanca, decidido a cantarle “las cuarenta”. Le preguntó a un chico a dónde quedaba y éste le dijo que “al pie de la colina”. Tuvo que atravesar la huerta, el establo, el taller comunitario y una casa de adobe que hacía las veces de sala de primeros auxilios. Barba Blanca descansaba en una reposera de aluminio como las que se usan en la playa. Al verlo levantó la vista, parecía estar en medio de una sesión de meditación. Dio una larga pitada a una pipa de madera que despedía un tenue pero incesante humo; con un gesto lo invitó a sentarse en el suelo. Ponzi le hizo caso, y acto seguido le cuestionó el modo en que vivían.

—La gente se la pasa todo el día sin hacer nada, paveando de un lado a otro, se drogan y no veo muchas duchas encendidas, ¿no hay policía acá? —se lamentó Ponzi.

Barba Blanca lo escuchó con atención, largando bocanadas de humo que sin querer iban a parar a la cara de Manuel.

—Mire —se dispuso a explicarle cuando el ex Teniente hizo una pausa—, yo hasta los cuarenta viví en Buenos Aires, manejaba una empresa de productos químicos, ganaba guita, mucha, no le voy a negar que me gustaba vivir bien... pero no me hallaba, no me sentía pleno, dormía pocas horas, me costaba mantener una relación estable. Probé haciendo yoga y gimnasia, pero seguía sintiéndome vacío. Un verano, estando de pasada por la zona, escuché a unos tipos nombrar a la comunidad y decidí venir. De paso le compraría un recuerdo a la mujer con la que salía en ese momento. Como el tiempo estaba lindo me quedé un fin de semana. Me hicieron lugar en una choza pero me advirtieron que era solo por unos días. Me acuerdo que pensaba contarle a mis amigos como una experiencia exótica, pero sin darme cuenta empecé a dormir derecho hasta las diez de la mañana. Aporté unos pesos a la causa y así me fui quedando. Hacía largas caminatas, reflexionaba, leía, de noche miraba las estrellas acostado en el suelo... ¿Alguna vez se tiró a mirar las estrellas en el medio del campo?” —Ponzi asintió con la cabeza, recordando la noche junto a Alicia—. Yo nunca lo había hecho. Volví a Buenos Aires y retomé la vida de siempre, la empresa, la novia que no amaba, las salidas por Recoleta, el club, la ropa cara, el auto rápido, esas cosas a las que tenía acceso pero que en verdad no me interesaban. En el verano del año ochenta, después

de pasar las fiestas a puro descontrol, resacoso y vacío como nunca antes, decidí vender todo y venirme a instalar acá sin fecha de vuelta. No le digo que pensaba quedarme para siempre, en realidad eso nunca lo planeé, se fue dando... Desde el primer día me di cuenta de que no sería una joda como yo imaginaba. Me llevaron a una asamblea y luego de intercambiar opiniones y discutir cada tema, me asignaron mis tareas, y si no aceptaba las normas de convivencia... pa fuera” —lo ejemplificó agitando la mano para el costado —. Sabe qué pasa, Manuel, los que vivimos acá no tenemos stress porque nos tomamos la vida como un juego, pero un juego serio —le dijo y apoyó la pipa sobre el cenicero de madera.

—¿Y las drogas que fuman todo el día? ¿Eso predicán?

—Vamos, usted sabe que ese no es el problema ni de esta ni de ninguna sociedad.

Ponzi se puso de pie decidido a marcharse, pero al llegar a la cortina se detuvo.

—¿Tiene un cigarrillo? —le preguntó.

—Claro, acérquese —metió la mano en un bolsillo de su ambo blanco y le extendió uno.

—¿Por qué no se relaja un poco?

—Todo el mundo está empecinado en decirme eso.

—¿Sabe lo que pasa?, si seguimos a este ritmo vamos a la locura generalizada.

Ponzi dio una pitada mirándose los zapatos gastados.

—¿Y vivir como pordioseros es la solución?

Barba Blanca hizo una mueca que no llegó a sonrisa.

—La sobreabundancia es más venenosa que la escasez.

—¿Qué tal abundancia con buena distribución?

—Ah, pero mire usted, al final terminó siendo más utópico que nosotros... —le dijo y se echó a reír, tanto que le robó una sonrisa.

Esa noche concurrió por primera vez al salón comedor, un perímetro delimitado por una lona de plástico atada a unos árboles. Cada familia ocupaba una mesa y dos bancos de madera, pero los chicos andaban por ahí buscando a sus amigos. El bullicio era constante, les costaba escucharse porque comentaban lo hecho en el día. La mayoría conocía a Ponzi y tenían posiciones encontradas: algunos lo miraban con recelo. El ex Teniente era el primer militar que pisaba la comunidad y eso trajo discusiones, sobre todo entre los más veteranos, muchos de los cuales habían sido reprimidos o exiliados durante la dictadura. Cuando Ponzi se sentó en la mesa que Maru ocupaba con otros jóvenes, se hizo silencio, las miradas se posaron en él. Un flaco alto de pelo colorado que cenaba en la mesa contigua, se paró sobre el banco y elevando el tono de voz, sugirió que Ponzi, habiendo recuperado su salud, se fuera de la comunidad a primera hora de la mañana. Se justificó diciendo que en internet había documentación que señalaba al ex Teniente como partícipe de la lucha del Ejército contra los grupos de izquierda que se habían levantado durante las décadas del sesenta y setenta.

Ponzi se puso de pie para retirarse, pero Maru lo tomó del brazo.

Se armó un murmullo generalizado en donde nadie escuchaba a nadie, cada uno hablaba y opinaba sin ponerle la oreja al otro. Estuvieron así durante un par de minutos hasta que Barba Blanca le pidió al que tenía al lado que le alcanzara un vaso y un cuchillo y, haciéndolos sonar, pidió silencio. Fue como si alguien apretara el botón de *mute*. Les recordó que nadie podía ser echado por pensar diferente, ni por sus antecedentes, ni por ser antipático, feo, lindo, gordo o flaco. Dijo sentirse avergonzado por la cantidad de prejuicios que habían aparecido esa noche.

La cena continuó en paz, pero a pesar de la insistencia de algunos, Ponzi se llevó la comida a la choza.

A Maru le tocó quedarse a limpiar junto a uno de los jóvenes más empecinados en que Ponzi se fuera.

—Hay lugar para todos —le dijo en un momento, mientras pasaba la escoba por el piso del comedor.

—Hay lugar para todos siempre y cuando... —quiso seguir y las palabras se le trabaron —, con límites, quiero decir.

—¿Por qué no podemos aceptar las diferencias?, ¿acaso ustedes no me aceptaron siendo gay?, con la ideología debería pasar lo mismo.

—Una cosa son tomates y otra son peras —dijo el joven.

Maru lo miró sin terminar de entender.

—Quiero decir, ellos torturaron y mataron gente, eso es diferente a pensar distinto sobre cómo llevar adelante un gobierno.

—Claro, tenés razón, pero él no es un asesino.

—No lo sabemos, formó parte de la dictadura.

—No es un asesino —repitió Maru.

—Puede que esté arrepentido.

—¿Y con eso no alcanza?

—Claro que no, a mi papá lo mataron, yo no hablo por hablar.

Se le humedecieron los ojos, Maru le apoyó un brazo en el hombro.

—No te estoy pidiendo que olvides lo que le pasó a tu papá, pero Ponzi no hizo nada, estoy seguro, es un buen hombre.

—Nos odia.

—No los odia, el pobre se crió en una época distinta, está lleno de prejuicios, a esta altura no creo que cambie, pero nosotros sí podemos hacerlo, ¿entendés?

—Nos trata como si fuéramos delincuentes.

—En esa te doy la razón, es un viejo cascarrabias —le dijo Maru y le robó una sonrisa.

Aún de madrugada, aturdido por el recuerdo de la cena, Ponzi se levantó y salió a caminar buscando despejar la mente. Las estrellas poblaban el cielo de puntos blancos que obnubilaban. Cada tanto había antorchas, una pareja se perdía en arrumacos en un zaguán, dos perros se empecinaban en aullarle a la luna... Daba pasos lentos, como si en cada uno le viniera un pensamiento distinto, sabía que debía irse, que ese no era su lugar, extrañaba a su amigo Andrada ¿qué haría cuando volviera a Buenos Aires? Lo entristeció no cumplirle con la entrega del portafolio. Ni siquiera se había animado a jugarse por Alicia. Levantó la vista y vio a Maru y a Juan besándose en la puerta de la choza que compartían.

—¡Ponzi! —exclamó Maru.

—No perdés el tiempo, eh.

Juan dio un paso al frente como si fuera un custodio dispuesto a jugarse por su jefe.

—Decile a tu amigo que se tranquilice, no le voy a hacer nada.

Maru resopló.

—No la compliques, Manuel.

—No te preocupes —dijo encendiendo un cigarrillo —¿En qué quedó la visita a tu abuela? ¿Ya te olvidaste?

—No seas cruel, viejo.

—¿Cuánto tiempo más pensás quedarte en este nido de vagos? Yo tengo que entregar el maletín.

—¡Pero si no sabés a quién dárselo!

—Claro que sí, solo que no te lo puedo decir.

—Quiero intentar esto —le dijo Maru tomando de la mano a Juan.

Ponzi se los quedó mirando como si aún no se convenciera de la existencia de la homosexualidad; después se dio vuelta y desapareció.

Se acostó con la decisión de irse en la mañana y entró en un sueño de arañas, abejas, serpientes que lo acechaban por un pantanal mientras él no conseguía levantar las botas del suelo. Llevaba el traje de militar, una escopeta en la mano y cada tanto se daba vuelta para chequear la distancia que le llevaba a sus perseguidores. La araña tenía la cara de Videla, la abeja la de Bignone, y la serpiente la de Galtieri. Trataba de correr pero le era imposible. Transpirado y aterrorizado empezó a disparar. Un tiro pasó cerca, otro fue a cualquier lado, pero al tercer intento la cara de Videla explotó en pedazos y la araña cayó al suelo. Lo mismo pasó cuando les dio a los otros. Forzó la vista porque algo borroso se veía en el fondo del pantanal: de un lado reconoció a la sombra que había derrumbado en el living de su casa muchos años atrás; del otro, también borrosos, Martín y Susana lo saludaban agitando las manos.

Desayunaba en un rincón del comedor cuando el colorado que se había levantado en su contra, se le acercó.

—No te preocupes, termino el café y me voy —le dijo Ponzi.

—En realidad, venía a decirle que hoy hay una fiesta que hacemos todos los años y quería invitarlo.

Ponzi apoyó la taza en el plato y lo miró sorprendido.

—¿Ya no soy un viejo ogro que merece el cadalso?

—No estoy seguro, por eso lo invito, para averiguarlo.

Ponzi sonrió.

—Te agradezco, pero me tengo que ir.

Otros jóvenes que preparaban un brebaje, se le acercaron e insistieron en que se quedara. Terminó aceptando, pero con la condición de que le consiguieran una fotocopidora.

Después de almorzar, Juan lo fue a buscar a la choza y se ofreció a llevarlo en la camioneta hasta el pueblo vecino. Fueron por un camino sinuoso que bordeaba la colina. En un momento Ponzi le dijo que Maru era un chico extraordinario y que si él se enteraba de que le hacía algún mal, volvería para liquidarlo con una tanqueta. Juan lo miró de costado, incrédulo, sonrió nervioso.

Llegaron a la hora de la siesta, las calles parecían las de un pueblo fantasma. Estacionaron delante de un kiosco y Ponzi se bajó con el maletín. Le pidió a Juan unos pesos, entró al kiosco y supervisó de cerca el trabajo de fotocopiado de cada hoja del expediente S5.

La fiesta comenzó apenas el sol se escondió detrás de la colina. Ponzi los observaba mientras leía el folleto de convivencia de la comunidad. Eran varias hojas con diversas secciones: derechos, obligaciones, deberes. Tenía unas veinte páginas abrochadas con un ganchito. “Pero esto es una Constitución”, se dijo.

Encendieron los primeros leños y el grupo de jóvenes con pantalones de bambula blancos empezaron a tocar unos tambores. La gente se fue acercando, llevaban guirnalda en las cabezas y agitaban maracas de cotillón. En un costado, sobre una mesa improvisada, decenas de damajuanas de vino. Barba blanca, sentado en su reposera, preparaba su larga pipa. Ponzi se mantuvo alejado, pero cuando Maru y Juan lo descubrieron, le pidieron que se acercara. Sospechaba que el evento terminaría en una orgía gigantesca y aunque le idea le generaba cierta alteración en la entropierna, la presencia de tanto homosexual, lo tenía preocupado. Desde un rincón apareció un grupo de jóvenes cargando guitarras criollas. Los de edad avanzada aplaudían sentados en bancos de

madera alrededor de una improvisada pista de baile sobre la arena que de día funcionaba como plaza. El resto se puso a bailar siguiendo el mandato del cuerpo, dejando que el fluir de los sentidos les indicara los movimientos. Ponzi pensaba en irse a dormir, pero la mano de un morocho lo arrastró hacia la pista. A medida que los demás notaban su presencia, lo saludaban entre sorprendidos y alegres. Buscó alguna salida sin éxito; había demasiada gente. En un momento se dijo que bailar no podía ser peor que la vergüenza que estaba sintiendo e intentó algún tipo de movimiento monocorde que lo hiciera zafar. El resultado fue como si hubieran transportado a un “Arturito” a la región Pampeana. Alguien se apiadó y le pasó una botella de vino; se prendió de ella hasta vaciarla, sacudió la cabeza y al menos logró parecerse a un tronco.

Cuando los más jóvenes comenzaban a cansarse de sacudir el cuerpo, Ponzi hacía rato que charlaba a un costado con Maru, Juan y Barba Blanca. Los de la batería abandonaron los tambores y armaron un fuego en donde había funcionado la pista. Los guitarristas se sentaron mirando los troncos y entonaron una canción de protesta de los años setenta: “Marcha de la bronca”. Ponzi abrió grande los ojos, a pesar de parecerle algo irreverente e infantil, le gustó. Luego cantaron otras de Sui Generis, Pappo, Seru Girán... La Bersuit, los Piojos, hasta el amanecer.

Al día siguiente Maru lo encontró tomando sol en una reposera delante de la choza. Desde una ventana, el morocho que lo había metido en el baile, no lo perdía de vista. Le habían prestado unas bermudas y una remera naranja que lo hacía sentir ridículo.

—¿Me parece que tenés un admirador? —le dijo Maru con el trajín de la noche dibujado en la cara.

—¿Qué?

Maru le señaló al tipo.

—Es esa marihuana que fuman ¿no?

—Tené cuidado, Ponzi, mirá si vos también te enamorás.

—¿Así que estás enamorado?, ¡mirá vos! El tema es que yo pateo para adelante, pibe.

—Sí, pero él está detrás tuyo todo el tiempo.

—¡Querés que lo corra a tiros! ¿No me pediste que fuera amable?

Maru le sonrió, y Ponzi le dijo que debía irse, que si no iba a visitar a su abuela, la deuda estaba saldada.

Maru bajó la vista y escarbó suavemente la arena con el pie.

—¿Por qué no te quedás? ¡Justo ahora que te aceptaron! ¿Qué pasa, tenés apagado el chip del disfrute vos? ¿Siempre tenés que estar metido en la insatisfacción? No te entiendo.

—Un campeón de la Fórmula 1 le dijo a su mujer en plena luna de miel: “La felicidad debilita”.

—La felicidad debería ser el objetivo principal.

—Yo tengo que cumplir con el pedido de mi amigo.

—¡Al fiscal lo mataron, Ponzi, lo mataron! —le dijo levantando la voz.

—Pero no es el único que puede investigar.

Maru se alejó mascullando bronca. Ponzi respiró aliviado; él tenía un estructurado sistema del deber, así se había criado y ya era tarde para cambiar, pero que los demás vivan como quieran, pensó.

Se quedó rumeando el plan durante un rato, después se durmió y cuando despertó aún no amanecía. Se puso los mocasines, una remera gris y unos pantalones de jean gastados que le había dado Barba Blanca. Desató el portafolio de abajo del catre, puso las fotocopias dentro y fue hasta la choza que Maru compartía con Juan.

—Me voy, pendejo —le dijo arrodillado junto a la cama.

—¿Qué hora es?

—Temprano.

—¿Estás seguro de lo que hacés? Mirá que no voy a acompañarte.

—Entiendo, pero tengo que entregar el portafolio, además es peligroso que siga acá, gente inocente podría salir lastimada.

—Bueno —le dijo el chico despegándose del cuerpo de Juan.

—¿Te puedo sugerir algo?

—¿Qué?

—Probá de acostarte con una mujer alguna vez.

—¿Y quién te dijo que no lo hice?

Ponzi se lo quedó mirando, le hizo la venia militar y atravesó la cortina.

Se alejó por el sendero que subía la colina apoyándose en un palo y cuando llegó a la cima, miró hacia abajo y vio un auto azul estacionado en el descampado. Se tiró al piso, avanzó cuerpo a tierra, pero a los pocos metros tuvo que recostarse contra un tronco para recuperar el aliento. Descansó unos minutos y luego asomó la cabeza por entre las plantas. Dos hombres trajeados fumaban apoyados en el capot del auto que parecía ser un Fiat Duna. Sacó un cigarrillo y buscó alternativas. La única opción era volver al campamento de los hippies y no estaba dispuesto a exponerlos. Decidió seguir avanzando. Lo peor eran los cardos, evitar las espinas significaba avanzar lento, prestando atención a cada movimiento, apartar cada rama.

No logró ganar muchos metros. La noche lo sorprendió recostado contra un eucalipto pensando que quizás se trataba de unos turistas que tomaban un descanso, o unos paisanos de vacaciones, o una pareja gay, o unos sabuesos de la AFIP extraviados... Lo mejor sería dormir y esperar a que amaneciera.

Juan se movía sobre el cuerpo boca abajo de Maru, la cama chillaba, jadeaban transpirados. Al terminar se dio vuelta y se acostó con la mirada apuntando hacia el techo de caña. Maru estiró un brazo y empezó a jugar con los dedos en las tetillas de él. La piel le brillaba como una estrella.

—Lindo, ¿me querés?

Juan se tomó unos segundos antes de contestar.

—Bueno... digo, para eso hace falta tiempo ¿no?

Maru le quitó la mano del pecho.

—¿Cómo?

Juan prendió un cigarrillo.

—Vos estás en lo que se llama el estado de enamoramiento.

—Yo te quiero, no necesito más tiempo para darme cuenta de eso. ¿Vos?

—Creo que tenemos buena cama, la pasamos bien...

—¿Nada más? —le preguntó Maru, incorporándose sobre el colchón.

—Mirá, tengo que decirte algo —le dijo sin dejar de mirar el techo. —Acá predicamos el amor libre, sin ataduras, ¿entendés?

—¿Qué me querés decir con eso?

Juan lo miró como diciéndole: “lo que escuchaste”.

—Mentira —se exaltó Maru —, el que quiere predicar el amor libre sos vos, no te excuses en la comunidad.

—Bueno, pero lo aprendí acá.

—Eso no se aprende, ¿de qué estás hablando? Se siente o no se siente y si vos no sentís nada

por mí, te voy a pedir que me lo digas ahora —se lo quedó mirando con ojeras incipientes.

—Siento cosas, claro que siento cosas, no soy un robot, pero como para dedicarme solo a vos, como para estar solo con vos... mirá, eso conmigo no va.

Maru saltó de la cama, se puso las calzas, unas zapatillas Topper blancas, la primera remera que encontró y salió de la choza corriendo.

Los mosquitos no dejaban dormir al ex Teniente, los tenía que espantar cada treinta segundos con las manos. Volvió a sentir que lo mejor que le podía pasar era estar acomodando las pantuflas debajo de la cama en su casa. Tenía sed y hambre. Se puso de pie en busca de un charco de agua.

Maru corría sin destino, con los ojos rojos intentando contener las lágrimas, su orgullo herido luchaba por no llorar. Después de andar durante un rato, se encontró trepando a la colina, apañado por la oscuridad de la noche. Se apoyó contra un tronco y se puso a pensar en lo que había pasado. Quizás Juan tenía razón, quizás era solo una calentura de verano, ¿cómo saberlo?, ¿cómo saber cuándo el amor es verdadero?, se preguntó dándose cuenta de que no tenía la respuesta. Quizás había que poner la energía en otra cosa. ¿Qué podía hacer? Le dolían las piernas, tenía algunos raspones, en la carrera no había podido esquivar las plantas con espinas. Le hubiera gustado tener un celular para llamar a Ponzi y pedirle que lo fuera a buscar, que lo abrazara, que le prestara el pecho para llorar. Qué más da, se dijo, quizás viajar por la ruta con el viejo cabeza dura no era tan malo. La bronca no lo dejaba pensar con claridad, tenía el odio a flor de piel y quería estar lo más lejos posible de Juan. Pero lo que más miedo le dio, fue que parecía ser un signo de la época, ya le había pasado con anterioridad y en varias oportunidades. Cada vez que buscaba cariño más allá de lo sexual, se encontraba con una fría medianera que dejaba los sentimientos del otro lado del muro. Estuvo un largo rato meditando, tenía sueño pero no lograba pegar un ojo, los mosquitos le picaban al igual que a Ponzi. Si Juan quería un amor comunitario, un amor a compartir, allá él. En el fondo, había sido una suerte que se lo aclarara.

Después de tomar un poco de agua, Ponzi se puso a tirar piedritas que rebotaban contra la correntada de un arroyo. Se sacó un zapato y se frotó la planta del pie hasta que escuchó el ruido de hojas secas.

Cuando Maru se agachó para refrescarse con el agua, los ochenta kilos de Ponzi se le tiraron encima, y cayeron al arroyo. El ex Teniente lo ahorcó y le sujetó los brazos.

—Pará, pará —atinó a decir el pibe.

Le reconoció la voz y lo soltó.

—¿Sos vos?, ¡la puta que te parió! —le gritó.

Salieron del arroyo y se miraron con asombro, como aquella vez que la bici de Maru se incrustó contra la puerta del Sierra. Ponzi dio un paso hacia adelante y lo abrazó con fuerza.

—¿Qué pasa, viejo? —le preguntó Maru, dejándose envolver por sus brazos.

—Nada, es que casi te mato.

—¿Te dio alegría verme?

—No confundas las cosas, eh... —le dijo mirándolo seriamente; después se relajó un poco — ¿Estuviste llorando? ¿Dónde está tu novio?

—Es una larga historia.

—Entonces no me la cuentes —le dijo acomodándose el pelo —, no tenemos tiempo.

—¿Qué pasa?

—Están de vuelta.

—¿Los bigotudos?

—No los distingo, pero hay dos tipos abajo que no están de campamento.

Maru lo miró sorprendido, como si no pudiera creer que todavía los siguieran.

Caminaron durante un rato, guiados por la luna. Entre los ruidos de la naturaleza, los charcos sorpresivos y los mosquitos, empezaban a sentir que los catres de las chozas eran verdaderas camas de lujo de las que no debían haberse alejado.

Al dar con un camino de tierra vieron las luces de un auto. Ponzi empujó a Maru a una zanja desde donde pudieron estudiar la situación. Las luces se hacían cada vez más nítidas y el miedo de Ponzi también. “Estamos sonados, pibe”, le dijo. Maru lo miró serio: “vos quedate acá y dejame a mí”, le contestó. Se paró en el medio del camino e hizo señas con la mano. Ponzi se insultó por lo bajo, se consideró un cobarde que mandaba al pibe al muere. Salió de la zanja dando un grito de furia que se apagó cuando vio que Barba Blanca abrió la puerta de la F 100.

Anduvieron unos minutos en silencio hasta la intersección con la ruta estatal.

—¿Qué piensan hacer? —les preguntó Barba Blanca mientras estacionaba la camioneta en la banquina.

—Visitar a mi abuela... —dijo Maru—, con el General —agregó.

Ponzi seguía con la vista en el frente como si no lo hubiera escuchado, como si no estuviera ahí, como si hubiera perdido la capacidad de tomar decisiones y ahora solo se dejara llevar.

—Gracias —le dijo Maru a Barba Blanca.

—Siempre estarán las puertas abiertas por si deciden volver.

Maru le sonrió y se bajó de la camioneta. Ponzi también, pero el barbudo lo llamó con un gesto. Cuando lo tuvo al lado, le dijo:

—La vida es lucha, no importa de qué lado estés.

21

Los levantó un camión que llevaba apilados cajones de manzana. Ponzi pensó que era una suerte que el día estuviera nublado, de lo contrario se cocinarían a fuego lento, porque el camión avanzaba despacio, como si fuera una hormiga cansada de llevar una pesada carga sobre su espalda. A través del vidrio de la cabina, Maru le pidió permiso al chofer para comer una manzana; este asintió tocándose la típica boina de los hombres de campo.

—¿Me vas a acompañar no? —le preguntó Maru dando un mordisco; tenía las piernas cruzadas y el pelo alborotado por el viento.

Ponzi se encogió de hombros, agarró una manzana y la observó como si estudiara el universo; después le dio un mordisco.

—Vos no te hubieses animado a pedirle una ¿no? —dijo el chico.

—Puede que no, ¿por qué?

—Esa es la diferencia entre vos y yo.

—No entiendo, pibe, ¿a qué te referís?

—A mí no me importa lo que piensen los demás.

—Claro, por eso te hiciste puto.

Maru le arrojó el tronco de la manzana y Ponzi tuvo que ladear el cuerpo para que no le pegara.

—No te calentés... ¿ves? No tenés sentido del humor.

—Esa sí que no te la admito. Acá el único que nació sin humor sos vos.

—Estás muy equivocado, ¿sabés las bromas que hacía cuando estudiaba en el liceo?

—A ver, contame una.

—Ahora no me acuerdo ninguna.

—¡Ves!

Ponzi se quedó mirando las cintas rojas que flameaban atadas al paragolpes trasero del camión, buscando en el archivo de la memoria alguna anécdota graciosa.

—¡Ya está! Una vez le bajé los pantalones de gimnasia a un colimba en el medio del patio de entrenamiento, delante de todo el mundo. Nos cagamos de la risa —le dijo buscando su aprobación con un gesto de complicidad.

—Eso es una maldad, no una broma.

Ponzi empalideció. Le dio la espalda y se puso a mirar las primeras casas que aparecían luego de cien kilómetros de verde.

Agarraron por un camino de tierra y el acoplado empezó a moverse como si fuera un samba. Maru tarareaba una melodía y cantaba “It must be love, what i´m feeling...”

—¿Te gusta Roxette? —le preguntó.

—¿Qué cosa? —dijo Ponzi mirándolo de reojo.

—¿No los conocés? La rompían hace unos años.

—Troilo, Gardel, Atahualpa y Piazzolla... los demás son brisas de verano que vienen y se van.

—¿Y los Beatles? Linda brisa ¿no?

—Eran buenos, sumalos a la lista, pero cantaban en inglés y eso era un problema.

—¿Qué problema?

—Pibe, ¿vos sabés que los españoles doblan las películas extranjeras al español?

—Sí, una bosta escuchar a Mel Gibson hablando como un gallego.

—Hay que proteger la cultura nacional...

—El otro día en la tele, no sé qué músico de la década del setenta, creo que fue Litto Nebbia, decía que gracias a la prohibición de pasar música extranjera, ellos se hicieron famosos...

—Es cierto, pero fue en la época de la guerra de las Malvinas, a ellos los favoreció. ¡Justo a esos hippies roñosos!

—Igual que los de la comunidad, ¿no? ¡No cambiás más!

—A esta edad es difícil.

—Pero no imposible —le dijo Maru y se puso a mirar un puñado de vacas que pastoreaban delante de un tambo cercado por un alambrado.

Ponzi pensó que al llegar a Buenos Aires podía preguntarle a Martín por ese grupo extranjero y así sacar un tema de conversación. También pensó que podía comprarle un disco a Maru y enviárselo por correo.

El tipo cruzó el camión al otro lado de la ruta donde había una estación de servicio, y les dijo que tenía que meterse en un establo; se levantó la boina a modo de saludo y se perdió por un camino de tierra.

Se sacudieron el polvo como dos perros sarnosos. Maru pisó unos maníes y se agachó para rescatar los enteros. Caían del bolsillo de un chico preocupado en cuidar el helado de frutilla que llevaba en la mano. Lo acompañaba un hombre alto y flaco, vestido con pantalón azul y camisa a cuadros. Maru le preguntó si estaban cerca de “Esperanza”.

—Sí, está a unos diez kilómetros —le señaló con la mano extendida hacia el frente.

—Qué bueno —dijo Maru delante de un BMW negro—. ¿Nos puede alcanzar? Somos dos —y le señaló al ex Teniente que los miraba con los brazos en la cintura, frunciendo los ojos por la resolana.

—Es que vamos muy cargados —se excusó el hombre.

A través de los vidrios polarizados, Maru notó que en el asiento del acompañante había una mujer de edad cercana a la del hombre, y en el de atrás un perro chihuahua y la silla donde viajaba el chico. Pensó que con un poco de voluntad podían hacerles lugar, pero no tuvo ganas de insistir; eran tan solo cien cuabras, pronto le daría un beso a su abuela.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Ponzi.

—Que iban muy cargados.

—¿Pero vos le dijiste que podías viajar en el baúl?

Maru lo miró con desprecio.

—¿Viste que tengo sentido del humor? Vení, vamos a descansar un poco.

Se sentaron en un banco frente al espacio de tierra donde estacionaban los autos. Ponzi prendió un pucho.

—¿Me vas a contar lo qué pasó con tu amigo?

El pibe lanzó una pequeña piedra a la ruta como si quisiera ganar tiempo antes de contestar.

—Es abierto en algunas cosas y un poco estricto en otras, no quiso acompañarme porque no sale de la comunidad si no es imprescindible. No me gustó mucho ese determinismo, y además, después de hacer el amor, yo le dije que lo quería y él... ¿sabés lo que me contestó?

Ponzi se había distraído con la imagen que se hizo de los dos haciendo el amor.

—...que era demasiado pronto para eso —dijo Maru.

—Puede que sea cierto...

—También me advirtió que quería una pareja abierta para coger con quién quisiera.

—Bueno, ¿no son acaso los tiempos que corren?

—Seré de otra época, entonces, pero conmigo eso no va. Soy monógamo.

—¿Qué? —le preguntó Ponzi.

—¿No sabés lo que quiere decir?

—Sí, pero esa palabra perdió vigencia.

—Al carajo con lo que está de moda, yo soy así.

—Es cierto, estás desfasado a tu época.

—San Martín tenía amantes, Sarmiento también, no tiene nada que ver la época, va en cada uno.

—No le faltes el respeto a los próceres.

El chico lo miró sorprendido. Sintió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Tengo hambre —le dijo mirándolo con cara de perro mojado.

Ponzi lo llevó a la rastra hasta un limonero del otro lado de la ruta.

—Esto se llama supervivencia, pibe. Sostené el maletín —le dijo y movió las ramas para que cayeran un par de limones. Volvieron al banco, y Maru entró al parador a pedir unos sobrecitos de azúcar, pero apenas chupó uno, le lagrimearon los ojos. Ponzi lo comió sin problema.

Parecían dos pordioseros pidiendo limosna, como esas personas que esperan monedas en las puertas de los supermercados, mientras la gente entra y sale tratando de esquivarlos. El encargado les alcanzó un sándwich de jamón y queso y una soda. Les dijo que comieran y luego se fueran porque le espantaban a los clientes. El ex Teniente se ofendió, pero Maru le dijo que estaba bien, que ya era hora de seguir.

Caminaban por la banquina. El sol disminuido por las nubes, les permitió recorrer los primeros kilómetros sin sufrir demasiado el calor. Ponzi iba adelante y Maru detrás, distraído con una mariposa que le revoloteaba alrededor sin decidir dónde posarse.

El ex Teniente pensaba cómo hacer para que el portafolio llegara a buenas manos si a él le llegaba a pasar algo; el solo hecho de verse fuera de este mundo lo estremeció, pero el deseo de hacer algo por el país, después de tantos años, le hizo perder el miedo y seguir pensando en un plan. Podía dejarle el maletín al pibe. No, lo descartó en seguida porque lo conocían e irían por él. Podía entregarlo a la justicia, dárselo a otro fiscal, ingresarlo por mesa de entrada de Tribunales y listo, que se ocupe otro, que investigue el poder judicial, él ya había hecho suficiente, estaba viejo y cansado. Respiró el aire puro de la ruta y miró para atrás.

—Vamos, che; acelerando el paso.

Maru imaginaba a su abuela en distintas situaciones: recostada en el sillón mirando la tele, esperándolo junto a la puerta de entrada con una sonrisa, jugando con él tirada en el piso del living... Sintió culpa por haber tardado tanto en visitarla, sabía que esas imágenes felices estaban atravesadas por el deseo de detener el tiempo, era imposible que después de dos años se encontrara igual, la enfermedad en la vista debía haber avanzado.

Atravesaron las calles del pueblo por la sombra, el sol había logrado burlar a las nubes. Vieron a un chico de unos veinte años cortando el pasto en un terreno baldío. Tenía el torso dorado por el sol, el pelo cortado al ras y unos shorcitos de jean que dejaban a la vista unas largas piernas delgadas. Maru retardó el paso como si no pudiera dejar de mirarlo, Ponzi lo tomó de la mano, y le pidió que se apurara. No era recomendable llegar de noche a la casa de una señora mayor.

En la intersección de las calles “Coronel Espón” y “Concepción”, Maru dijo que estaban a pocos metros. Había bolsas de basura abiertas, latas aplastadas y algunos cartones de vino largando un olor nauseabundo. Maru no recordaba ese estado de abandono la última vez que había estado en el pueblo, y Ponzi recordó los aciagos días del 20 y 21 de diciembre de 2001, cuando la

ciudad de Buenos Aires se había convertido en un agitado y revoltoso campo de batalla entre un pueblo defraudado hasta el asombro y unos policías a caballo reprimiendo a mansalva acompañados de los tanques hidrantes.

Al reconocer el frente azul de la humilde casa, Maru golpeó tres veces la antigua puerta de madera. Luego de algunos segundos apareció una chica de piel morena que llevaba el pelo grueso atado hacia atrás. Preguntó quiénes eran y se presentó como la enfermera de la señora Luisina. Maru la saludó con cierto aire de preocupación. Ponzi se excusó señalando el cigarrillo que había sacado del bolsillo y se quedó fumando en la vereda.

El chico se dirigió de prisa a la habitación, encontró a su abuela acostada, tapada hasta el cuello, con la vista perdida en el techo; la ceguera había empeorado tal como había temido. Se sentó junto a ella al borde de la cama y le acarició las mejillas.

—¿Quién es? —preguntó la viejita.

—Abuela, soy yo.

—¿Sos vos nene?, ¡qué alegría!, ¿dónde estás?, dejame tocarte.

Le buscó la cara con la mano, Maru se forzó por no demostrar angustia.

—¿Dónde anduviste este tiempo que no venías a visitarme?

—Abu... —dijo sin ánimo para inventar una excusa.

—En qué andarás... nene, en qué andarás... —le dijo ella sonriendo levemente.

—Abuela, lo importante es que ahora estoy acá y no me voy a ir, me voy a quedar con vos.

—¿En serio? Llamala a Romina, que vaya a comprar unas facturitas.

—Bueno, ahora le digo, y de paso te presento a mi amigo.

—¿Tenés un amigo nuevo?

—Sí.

—¿Está acá?

—Sí

—Ay, si pudiera pedirle a Dios una bendición sería que me dejara verte con él.

—Ahora vengo, abu.

La ceguera facilitaría la mentira, pensó mientras recorría el pasillo hasta el living y abría la puerta.

—¡Ponzi! ¡Vení, querés!

Ponzi se detuvo a mirar las paredes descascaradas, los cuadros de gauchos a caballo y el sofá cubierto con una sábana raída. Cuando estuvo frente a la abuela, se presentó como un “ex Teniente”.

—¿Ex? —se sorprendió Luisina.

—Es que está retirado —intervino Maru—, pero no por la edad, eh —dijo como para salir del embrollo—, ¿sabés que voy a correr en el Tour de France? —agregó.

—Qué barbaridad, nene, tenés la idea metida acá —y se llevó un dedo a la frente.

—Una locura —se sumó Ponzi—, ¡ni siquiera tiene bicicleta!

—¿Qué pasó con la bicicleta? —se alarmó la abuela.

—Nada, nada.

—No temas desilusionarla, pibe, ¿de qué sirve?

Maru lo tomó del brazo y lo arrastró hasta el living.

—¿Quién sos? ¿Bucay? ¿Querés que le diga la verdad y que se me muera de un infarto?

Ponzi bajó la mirada.

—Ah —agregó como al pasar—, cuando estemos frente a ella, sos mi pareja.

- ¡¡¡Ehhh!!!
—Sí, dije eso ¿y qué?
—¿Y por qué carajo le dijiste semejante cosa?
—Fue lo primero que se me ocurrió. No es para tanto.
—Lo único que te digo es que no se te ocurra tocarme.
—¿No te diste cuenta que está más ciega que Borges?
—¡Vos qué sabés de Borges, pendejo!
—Eso, que era ciego.
—¿Y por qué no lo leés, mejor?
—¡Todo lo interesante pasa por la lectura para vos!

No supo qué contestarle, dio media vuelta y terminó en la habitación de Luisina. Ella tomaba té y comía una medialuna ayudada por la enfermera. Delante de la cama había un televisor blanco y negro. Se sentó en una silla de mimbre frente al aparato, cuidando de no tapar la pantalla. En el noticiero, una chica joven, de rulos rubios prolijamente dominados, dio paso a un cronista que lucía rígido en un salón de la Casa Rosada. Hablaba de la anulación de las leyes de punto final y obediencia debida que se había producido en agosto, por lo que en los próximos días comenzarían los juzgamientos a los militares que perdieron el amparo de dichas leyes, informó. Maru se acercó al escuchar las palabras “juicio” y “militares”. No entendía con exactitud el efecto que tenía el fin de esas leyes, pero creyó que podían involucrar a su compañero de viaje. Las imágenes de archivo recordaban el momento de la votación en el recinto, los aplausos de hombres bien trajeados, y de mujeres con elegantes vestidos.

- ¿Qué quiere decir eso que dicen en la tele?
—Que los militares estamos jodidos —le explicó Ponzi sin quitar la vista del televisor.
—Mierda —dijo Maru—, ¿en serio? ¿Qué hicieron ahora?
—Qué hicimos, ese es el problema.
—Otra vez no me gustaría estar en tus zapatos.
—Va a ser mejor que me vuelva a la capital, el maletín tiene nuevo destinatario.
—¿Ya? ¿Tan rápido?
—Ahora van a venir con todo, ¿querés que lastimen a tu abuela?
—¿Cómo? ¿Qué sucede? —preguntó la abuela, confundida.
—Nada, abu, que Manuel se tiene que ir.
—Qué se coma una facturita antes —dijo extendiendo la bandeja hacia adelante.

Ponzi agarró una medialuna de grasa. Seguía sorprendido, ahora no solo temía a los militares que lo perseguían, sino también al gobierno, a la policía...; recordó el momento en que Videla y los altos mandos los habían convencido de derrocar a Isabel Perón, el plan de miedo fríamente calculado que iban a imponer en la sociedad, la complicidad que se buscaría en ciertos sectores de poder, como la iglesia y el campo; sintió asco, ojalá se hubiera negado como hizo tiempo después cuando empezaron las torturas. Se puso de pie, lo mejor sería entregar el maletín y ponerse a disposición de la justicia.

Ahora en la pantalla se veía a unos jóvenes tomando Gancia en una fiesta glamorosa alrededor de una pileta; usaban sacos de verano arremangados, anteojos negros, camisas coloridas, y sus grandes sonrisas mostraban unos dientes impecables; bailaban junto a hermosas mujeres.

- Eso es vida, che —dijo señalando con el dedo el televisor.
—¡No te hagás el boludo, Ponzi! Me imagino que les harán un juicio justo, con abogado defensor y todo eso..., no te entregues todavía, quizás haya alguna solución. —le dijo poniéndose

delante de la pantalla.

—Puede ser.

—Puede ser, las pelotas, tiene que ser un juicio justo.

—A lo mejor me dan domiciliaria, aunque todavía no tengo setenta. Estoy jodido.

—Vos no mataste a nadie ¿no?

—No, claro que no.

—Bueno, entonces enfrenté la situación como buen militar que fuiste, che.

—No sé —y se dejó caer de espaldas en la cama.

—Vamos, no seas maricón —le gruñó Maru.

—¿Qué pasa, a quién van a detener? ¿Por qué discuten? —preguntó la abuela.

—Nada, abu, tranquila que no pasa nada, hablamos de un amigo de Manuel.

—Es sorprendente...—dijo Ponzi.

—Es lo que es.

El ex Teniente se le acercó para que solo él pudiera oírlo.

—Me tengo que entregar.

—Pará, pará. ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hiciste?

—Perseguir a los montoneros.

—Ajá —dijo Maru, llevándose la mano a la perilla, como si fuera un detective a punto de llegar a una conclusión.

—Me van a meter preso, pibe —le dijo Ponzi cabizbajo.

—Dejate de joder, che, no seas pesimista, ¿te pensás que el mundo entero está en contra tuya? Dejá de preocuparte.

—No sé, no sé, lo que sí sé es que va a ser mejor que me vaya.

—Date una ducha y vas a pensar mejor.

Ponzi aceptó pero antes le dijo que necesitaba fumar; salió a la calle para no perjudicar la salud de la abuela. Cuando volvió, la enfermera miraba un programa de chimentos, mientras Luisina dormía y suspiraba fuerte, como si estuviera cansada de la vida. Escuchó ruidos en el cuarto contiguo y se acercó con pasos lentos, su cuerpo parecía usar las energías solamente para pensar. Encontró a Maru extendiendo un pantalón y una camisa sobre la cama.

—Eran de mi abuelo —le dijo—. Tenés que estar presentable, para la justicia la imagen es importante, si no fijate cómo le va a los ricos y cómo a los pobres.

Ponzi se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Querés que me ponga esa ropa?

—Claro, para ir bien vestido a entregar el maletín.

El ex Teniente se le acercó.

—¿Y vos qué sabés lo que voy a hacer?, ¿acaso decidiste por mí?

El chico le sostuvo la mirada en silencio. Después señaló las prendas sobre la cama.

—Como sea, es mejor que te pongas ropa limpia —le dijo y le sugirió que abriera un poco la canilla de agua fría si no quería que saliera tan caliente.

—Acá tenés una toalla —agregó y se quedó a su lado como una madre que controla a su bebé.

—Si no te molesta... —le pidió Ponzi.

Maru rio.

—Cuando salgas va a estar la cena.

Después de comer un pollo con ensalada y tomar Granadina con hielo y soda, Maru puso un puñado de billetes sobre la mesa, parecía mucho dinero pero eran apenas unos pocos pesos.

—Ni loco le saco plata a tu abuela, nene.

—¿Vas a seguir haciendo dedo?

Ponzi contó mentalmente los billetes.

—De todas maneras no me alcanzarían. Que use la plata para pagarle a la chica que la cuida.

—Ahora estoy yo para cuidarla.

Ponzi meneó la cabeza.

—No seas boludo, pibe. Vos tenés que vivir, no te podés hacer cargo, sos joven.

—Romina también es joven.

—Pero eligió ser enfermera. Y vos...

—¿Y yo qué? —Maru se apresuró a preguntar.

—Vos querías ser ciclista.

—Todavía quiero.

Ponzi lo miró como diciéndole “y bueno..., es como yo digo”.

El chico se levantó arrastrando la silla hacia atrás.

—Estoy muy cansado. Vos dormí en el cuarto; yo me acomodo con la abuela.

Ponzi salió a fumar otro cigarrillo; dejó los billetes sobre la mesa.

A la mañana, en la entrada frente a Maru, evitaba mirarlo a la cara.

—Tendría que ir con vos —le dijo el chico apoyado en el marco de la puerta—, porque vos solo...

—Ya me acompañaste demasiado —lo interrumpió Ponzi—. Espero que la salud de tu nona mejore y que ganes ese campeonato de porquería alguna vez—le dijo y lo miró, sonriendo.

Maru pensó que tenía linda sonrisa, lástima que se riera tan poco.

—¿Cómo hacemos? —le preguntó el ex Teniente.

—¿Cómo, cómo hacemos?

—¿Querés un abrazo o nos damos la mano?

Maru dio un paso hacia adelante y lo abrazó con fuerza; al separarse, Ponzi le puso las manos sobre los hombros.

—Me hacés acordar a mi hijo, aunque él sea mucho más grande y no sea mar..., así, distinto

—Puto, Ponzi, se dice puto. Dejalo ahí, no lo arruines. Andate de una vez, no quiero volver a verte...

—¿En serio? ¿Nunca más?

Maru le pasó un papel con el número de teléfono de la casa de Luisina.

—Andá, dale, y decile al presidente que los ciclistas necesitamos apoyo del Estado.

—El Estado está para otra cosa, pibe —le dijo Ponzi mientras guardaba el papel en el bolsillo.

—La puta madre, ¡me vas a discutir hasta último momento!

Ponzi le guiñó un ojo y se alejó unos metros, después se dio vuelta para buscarlo otra vez, pero el frente de la casa estaba vacío. Miró la altura, el nombre de la calle en la esquina y se fue repitiéndolos en voz baja para guardarlos en la memoria. Si todo salía bien, le enviaría una bicicleta nueva.

Mientras hacía dedo al costado de la ruta, le daba vueltas en la cabeza la idea de entregar el maletín. Dudaba entre llevarlo a Tribunales o a la casa de Gobierno. Si Andrada le había pedido que se lo diera a ese fiscal de Entre Ríos, algún motivo tendría. Hubiera sido mucho más fácil contactar a uno de Capital Federal, quizás temía que cayera en alguien que por presión, miedo, o algún dinero, cajoneara las pruebas. ¿Entonces qué alternativa le quedaba? ¿Llevarlo a la casa de Gobierno? ¿Al gobierno del zurdaje? Sería un despropósito, sería como meterse desarmado en la jaula de los leones, porque sabía que esos tipos usaban como caballito de batalla la búsqueda de verdad y justicia con respecto a los derechos humanos, y además tenían el compromiso con las Madres de Plaza de Mayo... ¿Y si lo quemaba y trataba de salir del país? Difícil, ya debían tener sus datos en las fronteras. Cansado de esperar con el dedo gordo apuntando hacia atrás, se sentó sobre un pastizal amarillento al costado de la ruta. Se le sumó un perro callejero que lo olfateó durante un rato; después se acomodó a su lado y le hizo compañía. Extrañaba aquella época de apogeo militar en donde los problemas se podían solucionar levantando el teléfono. ¿Dónde estarán todos esos jefes de las fuerzas armadas? ¿Retirados? ¿Exiliados? ¿Muertos? En fin, lo cierto era que ninguno estaba para ayudarlo, ya no había contactos, tangentes por las cuales salir ileso. ¿O sí? Quizás algunos todavía podían, pero no era su caso. Arrancó una ramita del suelo y la mordió con la mirada perdida en el asfalto.

Logró que una camioneta lo acercara hasta Curuguazú. Después, en una estación de servicio, se trepó a la cabina de un camión que llevaba ganado y le preguntó a un morrudo de brazos anchos pero de facciones finas, si podía acercarlo a la Capital. El tipo le dijo que subiera, un poco lo arrimaría. Dio la vuelta a la cabina y se hizo tiempo para ver a las vacas que parecían tan resignadas como él a enfrentar su destino.

Cuando el camionero metió sexta, acomodó la espalda en el asiento y se puso a preparar mate descuidando un poco el volante, algo que en otro momento hubiera puesto los pelos de punta de Ponzi, pero se limitó a mirarlo de costado por si debía intervenir. Imaginó que lo metían preso en el penal de Ezeiza y que en el primer día de visita Alicia estacionaba el camión y lo sorprendía con una torta de dulce de leche. Ese pensamiento lo animó, al igual que el sándwich de paleta que le ofreció el hombre. Cuando se hizo de noche pararon frente a un motel. Ponzi se asustó, había escuchado historias de hombres morrudos a los que les gustaban otros hombres. Pero el camionero puso el freno de mano y lo invitó a usar la habitación número 13, él iba a dormir con una “amiga” —hizo el gesto de comillas con los dedos— y como tenía abono, el cuarto estaba pago. Ponzi se alegró, necesitaba una cama, su espalda estaba bastante maltrecha. Al entrar a la recepción, el lugar le resultó conocido, tenía la certeza de que había dormido ahí el primer día de viaje.

El camionero habló con el conserje para que le prepararan un plato de comida. Ponzi no sabía cómo agradecerle, le hubiera gustado compensarlo con algo, pero solo tenía los treinta pesos que Maru le había escabullido en el bolsillo del pantalón.

—Su compañía ha sido suficiente —le dijo el camionero antes de estrecharle la mano y perderse en la oscuridad de la ruta, ante la mirada fija de Ponzi en las luces traseras del camión, que pronto se fundieron con las de un auto que venía en dirección contraria.

La botonera y el catálogo de juguetes sexuales le confirmaron que se trataba del hotel en donde había pasado la primera noche. A la hora de la cena, el conserje le golpeó la puerta y lo invitó a sentarse en una mesa improvisada en la cocina. Saboreó sopa de pescado y un vaso de vino tinto.

Como postre salió a fumar un pucho y recordó el ligustro que separaba el estacionamiento de la ruta; se apoyó sobre un poste de madera horizontal y se dispuso a terminar de definir el plan: a la mierda con el mutis causa, con los códigos de silencio, había llegado el momento de hablar; si era necesario, al portafolio que lo abriera el mismísimo presidente de la Corte Suprema de Justicia. En un principio pensó en llamar a Escorpión, pero después de lo que había pasado con el Coronel Gumi, ya no podía confiar en nadie; menos en militares. Todos debían estar elucubrando un plan para salvar su propio pellejo.

Regresó a la habitación con la intención de acostarse aunque solo fueran las nueve de la noche, pero la ansiedad le jugó en contra y pasadas las doce seguía con los ojos abiertos como una lechuga. Volvió al playón de estacionamiento a buscar en el cigarrillo el efecto sedante. Se sentó en el poste y se puso a patear canto rodado con la punta de los zapatos: si le pegaba de zurda, era Maradona; de derecha, Bochini, en un momento intentó una rabona a lo Borghi y la piedra atravesó el ligustro. Alguien emitió un grito corto y seco. Hubo unos segundos de silencio en los que aprovechó para arrodillarse como un niño avergonzado. Pensó que había zafado, pero el ruido de las pisadas sobre el canto rodado, le indicaron lo contrario. Se apuró a refugiarse detrás de las hojas. Corrió las ramas y distinguió una figura alta, de pelo largo, que iba dispuesta a averiguar quién había sido el agresor. No podía verla con claridad porque la única luz provenía de la lejana recepción, pero cuando le escuchó la voz, ya no tuvo dudas:

—¿Quién anda ahí? —dijo la travesti a punto de dar la vuelta por el final del ligustro.

Ponzi se tiró al piso con torpeza, como esperando un milagro que lo hiciera desaparecer de la faz de la tierra. El ruido de los tacos avanzando sobre el canto rodado era continuo. Un repentino rubor se apoderó de su cara. Sabía que no tenía escapatoria.

—Ey —le dijo la travesti que, vista desde el piso, le pareció aún más alta. Llevaba puesto un minishort de cuero ajustado y una blusa abierta que dejaba al descubierto parte de sus senos—. Así que tirándole piedras a las damas... ¿le parece bien eso? —le dijo, con un enojo que se notaba forzado.

A Ponzi le temblaron las piernas. Se puso de pie y a pesar de la vergüenza, la miró a los ojos. Era igual de alta que él. El corazón le latía como si hubiera visto un fantasma o a un ser de otra galaxia.

—¿Y?, ¿qué espera? ¿No va a pedirme disculpas?

—Disculpame, no sabía que había alguien en la ruta a esta hora.

Ella dio un paso hacia adelante.

—Tendría que invitarme al menos un trago ¿no le parece?

—Eh... —alcanzó a balbucear Ponzi—. No creo, acá no hay ningún bar, además... —dijo, retrocediendo un poco.

—Ya sé, solo quería decirlo, lo vi en tantas películas que me quería sacar las ganas.

Ponzi estaba por darse vuelta para irse, pero ella insistió:

—Aunque podríamos pedir una botella de champagne a la habitación. A mí con uno barato me hace feliz —le dijo, dejando ver unos dientes blancos bien alineados.

El ex Teniente buscó una excusa, pero no se le ocurrió nada.

—Está bien —dijo finalmente dando un soplado.

Ella hizo un gesto con sus pestañas arqueadas.

—Me siento halagada; además, por ahí no pasa nada hoy —le explicó con el pulgar hacia atrás—. Así que, doctor, acepto sin reparos.

—No soy doctor, apenas un militar retirado —le contó Ponzi y le ofreció un cigarrillo; se lo

encendió e hizo lo mismo con el propio.

—Mejor aún, más masculino, como me gustan a mí.

Ponzi tragó saliva. Se preguntó si últimamente había más homosexuales o más gente que se animaba a decirlo.

Al entrar a la habitación ella se sentó en el borde de la cama, y él se quedó parado junto a la puerta, tratando de mirarla con naturalidad.

—Uyy —le dijo —, tenemos un problema, ahora que lo recuerdo no tengo plata, es una larga historia, te juro que esta habitación me la consiguió un camionero que...

—¿Cómo se llama? —lo interrumpió ella, con una calma que no parecía alterarse por nada.

—Manuel Ponzi.

—Yo soy Lulú —le extendió una mano larga y fina, con las uñas pintadas de rojo furioso. Ponzi hizo lo mismo y después buscó apoyo en la pared.

—Coronel —le dijo ella con un tono de voz bastante femenino—, no se preocupe por los gastos, no arruine el momento, usted solo sírvame una copa de champagne.

Ponzi levantó el teléfono y, sin dejar de mirarla, pidió champagne con dos copas. Tenía ganas de abrirse un botón de la camisa pero no quería que lo malinterpretara. Estaba transpirado y un poco pálido.

Lulú le pidió permiso para estirar las piernas sobre el cubrecama,

—Estar ahí parada tantas horas...me cansa —le explicó. Después le preguntó qué lo traía por esos pagos.

—Bueno, digamos que andaba de vacaciones y ahora me toca volver.

—La vuelta a la rutina es terrible. Yo nunca trabajé en una oficina, ¿sabe? Siempre fui libre. Cuando viajo y me preguntan la ocupación, digo: “independiente”. No me gusta tener un jefe, menos un casho.

—Yo fui jefe en una época.

—¿Cómo fue eso? Cuénteme.

—Tenía algunos Generales encima, pero un montón de Tenientes debajo. ¿Y sabés qué? Los que más odiaba eran los condescendientes, los chupa medias, porque te dabas cuenta que buscaban un ascenso. Como ese sketch que hacía Olmedo con Javier Portales, en el que se quedaba sin un electrodoméstico para que el jefe pudiera satisfacer los repentinos caprichos de su amante.

—Ay, Coronel, no sé de qué me habla, yo no había nacido en esa época —le dijo sin ocultar una sonrisa.

El ex Teniente levantó la vista y también se rio. Ya no transpiraba tanto.

—¿Querés que te diga la verdad?

Ella asintió y se acomodó sobre las almohadas.

—Soy un fugitivo. Me siguen tanto militares como la justicia.

—Mire que sé defenderme, eh —le advirtió ella sin que se distinguiera si lo decía en broma o en serio. —Soy cinturón negro de karate.

—La verdad, no te imagino —le dijo Ponzi para que se relajara —. No soy un asesino de... chicas de... la noche.

—Podrás matarme, pero antes tendrás que besarme —le dijo Lulú en el mismo tono indefinido entre la comicidad y la seriedad.

Ponzi le hizo un breve racconto de los últimos días sin saber por qué lo hacía. Le llamó la atención largarse a contar su historia dejando de lado el riesgo que significaba abrirse a alguien que trataba con tanta gente por día. Quizás quería evitar que la conversación tomara un tinte

sexual. Le confesó que en el maletín había información que podía condenar a varios militares de la última dictadura; también le contó que había formado parte del golpe de Estado de 1976. A medida que él contaba, ella se enderezaba como si se fuera poniendo cada vez más nerviosa. Lo miraba con los ojos bien abiertos, a pesar de que ya era tarde y había estado varias horas de pie al costado de la ruta.

—Voy a entregarme —le dijo el ex Teniente dando por finalizado el relato.

—¿En serio? Hay que ser valiente para hacer eso.

—No, hay que querer lavar la conciencia antes del final.

—Usted es joven, General.

—No me digas más, General, por favor, llámame Manuel.

—Disculpame... Manuel.

Se quedaron en silencio unos segundos. Ella se levantó, abrió la cartera y sacó los cigarrillos. Encendió uno y le alcanzó otro luego de darle la primera pitada.

—Vení, Manuel, sentate —le dijo señalando el borde de la cama. Ponzi le obedeció aunque con pasos tímidos.

—Solo quiero volver a casa, estoy cansado de andar escapando.

Ella lo miró enternecida, parecían dos adolescentes a punto de descubrir las bondades del amor.

Golpearon la puerta. Ponzi abrió el pequeño compartimento que permite pasar objetos de un lado a otro. Sostuvo la bandeja con la botella de champagne y dos copas. Tuvo que esforzarse para abrirla.

—Si no puedo, te la doy a vos —le dijo y le guiñó un ojo, pero a ella el chiste no le causó gracia, apenas torció la boca.

—Vení, payaso, sentate —le dijo, y Ponzi se sorprendió, nunca en la vida lo habían llamado así. Ni siquiera de chico.

Llenó las copas sentado junto a ella.

—¿Sabías que si te entregás por...? ¿Cómo se dice?, bueno, como sea, por tu cuenta, quiero decir, la condena puede ser menor, lo vi en varias películas.

—Lo único que sé es que me voy a entregar.

—Yo creo que deberían valorar el gesto. ¿Pero al final de que te acusan? ¿De golpista? ¿Torturador...?

Ponzi se levantó de la cama de un salto.

—No, yo no soy un torturador —se llevó las manos a la cara, como si quisiera arrancarse la angustia.

—Tranquilo —le dijo Lulú —se le acercó, y alzó la copa esperando que él hiciera lo mismo. Las chocaron, pero el ex Teniente miraba el piso.

—Hace como veinte días que ando girando como un boludo por ese maletín —le contó.

—Yo hace veinte años.

—Hace veinte años, ¿qué?

—Hace veinte años que yiro.

Ponzi la miró, quizás por primera vez se animó a estudiarle la cara. Tenía los ojos negros, el rictus denotaba cierta desazón.

—En todo este tiempo pasé situaciones tan espantosas que ni te las podrías imaginar, me corrieron, me pegaron, me asaltaron, me quisieron violar, de todo.

Ponzi se miró los zapatos maltrechos.

—¿Sabés qué creo, Manuel? —le dijo Lulú.

Él levantó la cabeza.

—No queda otra que buscar momentos lindos, para eso estamos, aunque a veces toque sufrir.

Le sonrió, el hecho de que ella se abriera con él lo hizo sentir mejor. La encontraba algo básica, pero sincera; no era poca cosa. De algún modo le pasaba lo mismo con Maru, el chico no tenía mundo, no había salido de la Argentina, ni tomado un avión, ni había ido a la Universidad, pero tenía un alma luchadora que lo hacía sobreponerse ante cada obstáculo... en cambio él, tantas veces abatido por pavadas, tantas veces ahogado en un vaso de agua porque no había donde estacionar, porque la carne estaba cruda, porque el mozo le había derramado vino, porque gobernaban los zurdos e iban a destruir el país...

Le confesó que la había reconocido de su anterior estadía en el hotel, y Lulú se sorprendió.

—¿Me estuviste espiando, pervertido? —le dijo y se echó a reír recostada en la cama. Sus muslos tostados resaltaban sobre el cubrecama blanco; Ponzi la miró de costado, sintiendo curiosidad y pudor al mismo tiempo.

Ella se le arrimó y le susurró al oído que su boca era lo mejor que iba a encontrar en todo Entre Ríos. Él quedó unos segundos desconcertado, sin poder moverse ni decir nada, pero cuando recobró los sentidos, se la sacó de encima con un empujón.

—Dejate de joder, che, ¡se te subió el champagne a la cabeza! —le gritó.

Lulú cayó sobre la cama y lo miró ofendida.

—Quería ver tu cara, nomás. Yo soy fiel hasta la médula, querido.

—Qué fiel ni fiel, si te acostás con cuanto camionero pasa.

—Ese es mi trabajo, hay que separar la paja del trigo —agarró la cartera y le dijo que se tenía que ir.

Ponzi, más calmo, se desabrochó el botón de la camisa.

—Disculpame, no te quise ofender, lo que pasa es que me asusté, cada vez que algo me da miedo reacciono con violencia.

Ella tenía la mirada clavada en el piso, esperó unos segundos y después se fue contorneando las caderas por el pasillo. Ponzi, desde el marco de la puerta, siguió el balanceo de su cola desbordando el minishort.

Mientras esperaba que algún camionero se apiadara y lo llevara hasta Buenos Aires, pensó en Lulú. Él estaba ahí de paso, la exposición en la banquina de la ruta era momentánea, además no tenía que hacer nada con su cuerpo para ganarse el pan, en cambio ella... Le dieron tristeza las prostitutas, pero él también había entregado mucho de su vida por el trabajo. Quizás hasta era la causante de haber perdido a su familia, sin embargo no podía estar del todo seguro, el alma inestable de Susana pudo haberse alejado aunque pasara los domingos arreglando los artefactos del hogar sin chistar. Peor aún, tal vez se hubiera cansado antes. No lo podía saber, pero sí sabía que los sacrificios por la patria, las horas extras, los trabajos “sucios” pero necesarios, los fines de semana adentro del cuartel, los viajes, la excesiva disciplina, la compostura, los horarios, los reglamentos, la venia cordial, sumisa, todo le pareció que había tenido un costo demasiado alto. Sintió un nudo en la garganta, como una bola de lana atravesada que no lo dejaba gritar, porque era eso lo que su bronca le pedía. Tosió un par de veces, carraspeó, el cuerpo se le ablandó hasta caer de rodillas al suelo y aulló, largó un alarido como de lobo perdido en la marea de la vida.

Después miró alrededor, avergonzado. Estaba solo, ni siquiera un perro lo acompañaba. El calor del asfalto le empezó a quemar los pies.

Al mediodía se dio por vencido y volvió a la recepción del motel con la intención de pedirle el teléfono al conserje y llamar a Escorpión para que lo fuera a buscar, o para que le mandara plata o hiciera algo que lo sacara de la ruta. Pero el tipo abrió la caja registradora y le pasó un billete de cincuenta pesos que le permitiría pagarse un micro. Se negó moviendo las manos como si le estuvieran ofreciendo un plato de comida que no le gustaba. “Mire que me ofende”, le dijo el hombre y Ponzi, sintiéndose un desvalido, pero sin más remedio, terminó aceptando.

El tipo lo condujo hasta un Renault 12 que descansaba en la primera cochera del estacionamiento.

—¿Va a dejar todo así? —le preguntó Ponzi.

—A esta hora no hay nadie, don, a esta hora la gente duerme la siesta —le explicó.

Al llegar a la terminal de ómnibus se despidieron con un fuerte apretón de manos y se desearon suerte. Era un viejo y pequeño edificio de paredes descascaradas, cubierto por un tinglado con agujeros. Había solo dos dárseas, una esperaba el micro que iba a Buenos Aires; la otra el que iba a Zárate. Fue hasta la ventanilla ubicada al lado de un puesto de panchos y averiguó los precios. Le alcanzaba para un pasaje hasta Zárate, de todas maneras, desde ahí sería más fácil que alguien fuera para la Capital y lo quisiera llevar. Con los pesos restantes se compró un café y una medialuna en el bar ubicado contra la pared del fondo, junto a los baños. Tenía solo dos mesas, ambas estaban vacías y el mozo se parecía al Manolo de Mafalda, solo que con canas. Después se acercó al puesto de diarios y ojeó las revistas del corazón y la revista Gente que en su tapa anticipaba las “ondas del verano” con dos modelos en bikini. Caer en la cuenta de que se acercaba fin de año y que otra vez lo encontraría solo, lo deprimió. Para colmo ya no estaba Andrada.

Tuvo que salir a tomar aire para no ponerse a llorar en el medio de la Terminal. ¿Por qué no estaba con Alicia? Porque no se había jugado, se contestó. ¿Y por qué no se había jugado? Porque tenía que entregar el maletín. Mentira, se dijo enseguida, esa era la excusa perfecta, tampoco se habría animado sin ese compromiso que casi le cuesta la vida. Porque siempre fue así, el deseo postergado. Ni siquiera tenía el teléfono. Para encontrarla tendría que recurrir a la ayuda de Maru,

rastrear pepinos en medio del bosque o esperar que ella fuera a visitarlo, si es que alguna vez lo hacía. “Fui un tonto” se dijo, y sintió ganas de correr, le pareció que meterse en el micro le iba a dar claustrofobia, que iba a querer bajarse cuando el ómnibus fuera a ciento treinta y que toda la escena sería un papelón. Se compró una Sprite y logró calmarse jugando con la pajita dentro de la lata. Apenas le quedaban unas monedas.

Sentado en un banco de madera junto a la pared, esperó la llegada del ómnibus con el boleto en la mano.

Le tocó ventanilla, lo cual exacerbó aún más su repentina claustrofobia que parecía haber llegado para quedarse. Cuando arrancaron y el micro se tambaleó por las calles de tierra hasta llegar al asfalto de la ruta, sintió un cosquilleo en el cuerpo; lo superó repitiéndose en voz baja que estaba haciendo lo correcto, por más miedo que le diera.

A medida que se acercaban a Zárate, el paisaje perdía en verde y ganaba en galpones de chapa, en edificios espejados, en perros callejeros, en arcos de fútbol con redes rotas y en basura, mucha basura en bolsas rasgadas, como si alguien las hubiera hurgado en busca de comida, de desechos y cartones que se pudieran vender.

Se bajó tarareando “Adiós Nonino”, eso lo hizo recordar el Sierra. Andar sin el auto lo hacía sentir un poco desnudo, sobre todo ahora que llegaba a una ciudad grande, ahora que volvía a ver edificios, negocios, gente amontonada en las esquinas, cemento y poco verde. La zona de la terminal estaba poblada de casas humildes, con el revoque a la vista y las ventanas improvisadas con algún nylon, y con puestos de ropa de segunda y comidas al paso.

Se tomó un colectivo que lo acercó hasta el puente Zarate Brazo Largo. Subió por una escalinata y desembocó al lado de un techo de chapa con un poste de madera. Parecía ser una parada, pero pensó que aunque así fuera, no le alcanzarían las monedas para el boleto. Puso el dedo pulgar hacia atrás como por acto reflejo, se le había hecho un hábito cada vez que veía una ruta. Cantó tangos que hablaban de amores truncados, de mujeres que abandonaban para irse con otro. En la cabeza siempre la imagen de Alicia, como un ángel puro e idealizado gracias al poder de la imaginación. No quiero morir solo, pensó y el viento provocado por un camión lo sacó del letargo.

Un rato después lo levantó un Ford Falcon amarillo que rebalsaba en robustez; lucía brillante, como si alguien estuviera pendiente de los detalles: llantas cromadas, alerón al tono, luces antiniebla... Creyó que lo manejaría un hombre joven, pero al subirse se encontró con un gordo de pelo engominado y a su lado una mujer que también parecía ser devota de los dulces; llevaba puesta una amplia blusa violeta que a Ponzi le pareció ridícula. Se acomodó en el asiento de atrás junto a dos pequeños que jugaban con avioncitos de telgopor y masticaban caramelos con la boca abierta. Lo miraron acurrucados contra la ventanilla como si fuera un bicho raro. En los primeros minutos del viaje solo cruzaron sonrisas tímidas. Llegando a Escobar, el ex Teniente les preguntó si conocían los aviones “Pucará”. Uno de los neños se encogió de hombros; el otro se metió el dedo en la nariz.

—Son lo que lucharon en Malvinas.

Los chicos atinaron a buscar contención en la madre, pero ella estaba concentrada en la lectura del diario.

—En la guerra contra los ingleses —agregó Ponzi, creyendo que si sumaba datos los chicos comprenderían.

Pero se rascaron los rulos endemoniados.

—¿No les hablan de Malvinas en la escuela? —quiso saber.

—Es que van a un colegio inglés —intervino la madre. ¿Usted es veterano de guerra?

—No, pero... —prefirió guardar silencio. Tal vez era mejor así, pensó. Que el tiempo se encargara de borrarlo todo.

—Maaa... ¿cuánto falta para llegar? —preguntaron los chicos.

—Pórtense bien, no molesten al señor —trató de calmarlos la madre, pero la pregunta empezó a repetirse cada vez más seguido.

El padre no prestaba demasiada atención, estaba ocupado maldiciendo a los camiones que trababan el tránsito. Si iba al carril de la izquierda, una fila de autos detenía el paso; si se pasaba al del medio, se liberaba el que acababa de abandonar y el atolladero se trasladaba a su carril.

Los chicos le señalaron el portafolio, y Ponzi les pidió silencio, sonriendo con el dedo índice sobre los labios. Ellos rieron por lo bajo, alegres por el secreto compartido frente a sus padres. La madre leía el diario como si estuviera poseída, meneaba la cabeza con cara de afligida. Cuando pasó la última página, levantó los anteojos y giró el cuello hacia Ponzi:

—Este país se va al infierno —le dijo.

El ex Teniente se la quedó mirando sin saber qué decir. Atinó a encogerse de hombros. Ella volvió la vista al frente. El avioncito de telgopor voló hasta dar en la oreja de Ponzi. La madre consiguió formar una leve sonrisa a través del espejito retrovisor. Le preguntó de dónde venía.

—De visitar a un amigo —le contestó sin dudar, Ponzi.

—Lástima que no lo podamos llevar hasta su casa, usted parece un buen hombre.

Cuando el camino se despejó, el gordo tuvo tiempo de sumarse a la charla y preguntarle a qué se dedicaba. Pero Ponzi no tenía ganas de dar detalles, por eso inventó que trabajaba en la Casa Rosada como asesor económico. La sola idea le dio risa, pero logró que la pareja se mirara sorprendida y no volviera a dirigirle la palabra.

Lo dejaron en la parada de colectivos a la altura de Martínez. Los chicos lo saludaron moviendo las manos desde la luneta trasera. Sintió el aire enviciado de las fábricas. Los autos pasaban volando por los carriles de la Panamericana como si fueran autitos de carrera en una pista de scalectic. Contó las monedas de los bolsillos y sumó cuarenta centavos. Se recriminó haber tomado esa Sprite sin sentir verdadera sed, solo por estar angustiado. Ahora tendría que convencer al chofer para que lo llevara hasta Caballito.

Un colectivo de la línea 15 se detuvo unos metros delante de la parada.

—Te juro que no me alcanza, es una larga historia... ¿me dejás viajar has... —al cerrarse la puerta casi le arranca la nariz.

Se sentó con el portafolio pegado al pecho y buscó mejores ideas para conmovir al chofer. No se le ocurrió ninguna muy original, pero cuando se puso a contar que le habían robado, una señora mayor le hizo un gesto desde el primer asiento y le dio una moneda de un peso.

Encontró el viaje demasiado largo, quizás producto de la ansiedad que le ganaba el pecho ante la proximidad de la llegada a su casa, y sobre todo de la posibilidad de desprenderse finalmente del portafolio y afrontar el destino. La lluvia había inundado la Avenida Libertador y solo se podía circular por un carril. Cada bocinazo lo estremecía, iba sentado mirando por la ventanilla, idealizando el silencio de la choza y las caminatas por las calles de tierra de la comunidad. Le llamó la atención la cantidad de comercios de la Avenida Scalabrini Ortiz, uno tras otro, la gente entrando y saliendo como hormigas. Se alegró al ver el Parque Centenario, ya faltaba poco, y al llegar a la avenida Rivadavia, se bajó. Le tocó timbre al encargado y le pidió el juego de llaves sustituto. Éste le contó que varias veces habían preguntado por él. Temió que al entrar al departamento lo encontrara revuelto, sin embargo todo estaba en orden. Apoyó el portafolio y el

papel con el teléfono de Maru sobre la mesa del living. Después sacó la carpeta con las fotocopias. Buscó un escondite sin mucho esmero, estaba demasiado cansado. Terminó camuflándolas entre dos libros de la biblioteca, y se dio un largo baño de inmersión.

Envuelto en la toalla vio el sol esconderse lentamente detrás de las torres del pulmón de manzana. Quería dormir, mañana sería un largo día, con muchas cosas por hacer. Revolvió el placard en busca del traje para dejarlo preparado y se topó con el viejo uniforme de Teniente Coronel. Hacía casi treinta años que no lo usaba. ¿Por qué no?, se dijo. Quizás había llegado el momento. Buscó un cepillo para sacarle el polvo y lo miró con nostalgia. Había que ver si le entraba. Se puso los pantalones con pocas esperanzas, pero para su sorpresa, le abrocharon; seguramente por lo poco que había comido en las últimas semanas. Cuando terminaba de ponerse la camisa y elegía la corbata, escuchó el timbre del portero eléctrico. Levantó el tubo del aparato en la cocina y preguntó quién era.

—Bajá ahora con el portafolio si no querés que muera la camionera —le dijo una voz gruesa y firme.

Tiró el cuerpo hacia atrás como si la sorpresa lo hubiera sobrepasado. Volvió a preguntar quién era para ganar tiempo, y una gota de sudor le empezó a rodar por la frente.

—Ahora —repitió la voz, amenazante—. Y no hagas tonterías, tiene un revolver apuntándole a la cabeza en este mismo momento en que vos estás poniendo en riesgo su vida.

Bajó por el ascensor sosteniendo el portafolio en la mano transpirada. Por más que buscara una solución no la encontraba. A través del vidrio de la puerta, vio que se trataba de Aristoi, trajeado de negro como siempre. Sentada en el asiento de atrás de un Peugeot 505, estaba Alicia junto a Wanax, también pulcramente vestido. Con poca esperanza, al abrir la puerta le pidió a Aristoi que se acercara.

—Para entregarles el maletín quiero pedirles algo —dijo con voz firme, como si fuera él quien estuviera en condiciones de exigir.

Aristoi sonrió, los dichos del ex Teniente le parecieron ridículos.

Entonces Ponzi dobló la apuesta.

—No me importa si la matan, el tema es que se quedan sin portafolio. Puedo llamar a la policía ahora y sería el final. Estoy un poco cansado, así que la liberan o no les doy el portafolio.

Para su sorpresa, Aristoi dio unos pasos hasta el auto y susurró al oído de Wanax, a través de la ventanilla. Los lentes negros de Alicia no podían ocultar las lágrimas que le corrían por las mejillas. La bajaron sujetándola por los brazos y recién la liberaron cuando el ex Teniente soltó el maletín. Ella se abalanzó para abrazarlo.

—Perdoname, perdoname, me dijeron que tenían a mi hija y me asusté... me engañaron, perdoname —le dijo entre sollozos.

Él la sostuvo por la espalda, intentando calmarla. En un momento ella sintió algo frío en la mano: eran las llaves del departamento de Ponzi. Se bajó los lentes y lo miró como si lo estuviera interrogando.

—Todo va a salir bien —le dijo él guiñándole un ojo —Andá, dale.

Ella se quedó inmóvil, pero la presión de los brazos de Ponzi le indicó que debía hacerle caso. Dio unos pasos y volvió la vista hacia atrás alcanzando a ver cómo lo subían al asiento trasero del Peugeot.

Dentro del auto lo palparon de armas y le ataron las manos con un precinto. A las pocas cuadras preguntó si le convidaban un cigarrillo, pero lo miraron feo. Manejaba Aristoi; Wanax llevaba el portafolio sobre las rodillas. Cuando se acercaron a la zona portuaria, disminuyeron la velocidad. Nadie decía una palabra, ni siquiera gesticulaban, escudados bajo los lentes de sol. Transitaron por unas calles de adoquines en la zona custodiada por Gendarmería hasta dar con un galpón de chapa verde. El portón metalizado se alzó y cuando entraron se encendieron las luces sobre cuatro hombres parados en el medio del depósito. Ponzi pudo distinguir al Gordo Balanza y a dos soldados armados con ametralladoras. El cuarto no supo quién era, pero llevaba un traje militar de alto mando.

Aristoi lo obligó a bajar y lo llevó a los empujones hasta donde estaban los demás. Caminaba deseando que apareciera Maru de algún lado y lo sacara de ahí, que lo salvara nuevamente. Le vendaron los ojos y le ataron los pies a un grillete amurado a la pared.

—¡La puta que te parió, Ponzi, mirá que nos diste trabajo! —le dijo el Gordo Balanza, dando unos pasos hacia él.

El ex Teniente se mantuvo con la cabeza erguida, como si pudiera verlo a través de la venda que le tapaba los ojos.

—Ya bastante cagón fuiste en los setenta, no vaya a ser que ahora te asustes y les largues todo.

—No le hagan nada a ella ni al pibe.

—Sin el portafolio no pueden hacer nada, así que quedate tranquilo. A vos en cambio... Escorpión habló demás... él también está en el horno. ¿Sabés lo que pasa?, con el S5 no se jode, y menos con este gobierno de zurditos.

Ponzi bajó la cabeza.

El Gordo esbozó una sonrisa.

—Tenés buen corazón, Ponzi, ese es tu mayor defecto. Cuando el boludo de Andrada te dio el maletín tendrías que haberlo entregado a la Fuerzas, así te hubieras evitado el trajín de las últimas semanas y hoy podrías seguir viviendo.

—¡Háganlo rápido! —les pidió Ponzi, volviendo a erguir la cabeza.

El gordo se le acercó a pocos centímetros.

—Acá las órdenes las doy yo, ¿entendés? —le susurró al oído.

Ponzi largó un escupitajo que dio en el ojo del Gordo, y este, con la cara desencajada, ordenó que lo ejecutaran.

—Disparen, pero háganlo bien, están por matar a un hombre —alcanzó a gritar Ponzi, al tiempo que los fusiles largaban la balacera.

Maru acomodó un ramo de rosas en una lápida de piedra que decía Luisina Lamiña 1920-2003, y se puso a caminar por entre medio de un jardín plagado de tumbas. Llevaba puesto un pilotín que lo cubría de la llovizna. En el puesto de diarios de la esquina, compró el Clarín. Entró a la casa que había sido de su abuela y dejó el diario sobre la mesa del living. Fue hasta la cocina, prendió la hornalla, puso la pava con agua y revoleó el pilotín sobre el sofá. Se sentó a esperar que se calentara el agua con el diario entre las manos; empezó leyendo el título principal: “En un año, 378 mil desocupados menos”, un poco más abajo y en el centro: “Monotributistas: 50 meses para ponerse al día”; a media altura, sobre la izquierda: “Inesperado cruce diplomático con Uruguay”; debajo de todo, a la izquierda: “Boca puntero del Clausura”; y a la misma altura pero sobre la derecha, una foto de Susana Giménez con gafas negras, subiéndose a un Mercedes Benz: “La diva sola otra vez”. Avanzó hasta la página tres; en la parte inferior, en un pequeño recuadro, leyó: “El Gobierno condecorará a los militares que se negaron a torturar durante la última dictadura”. La pava empezaba a silbar, pero siguió adelante, ahora leía la parte donde se especificaba el nombre de los altos mandos que serían homenajeados. “Manuel Ponzi” leyó casi sobre el final de la lista y se le dibujó una sonrisa que contrastó con los ojos cansados de llorar por la muerte de su abuela. Se pasó la mano por la nariz, tragó mocos. Sonó el teléfono, pero antes de atender apagó la hornalla. De vuelta en el living, levantó el tubo.

—Hola —dijo.

—Maru, ¿sos vos?

—Sí, ¿quién habla?

—Alicia. Escuchame —le dijo parada junto a la biblioteca de Ponzi, con la copia de los expedientes del portafolio en la mano —, tengo que decirte algo.

—¿Qué pasó?

—Se trata de Manuel.

—Ah, yo también tengo que decirte algo de Manuel, ¿leíste los diarios?